

**OTRAS FORMAS DE FILOSOFAR: UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO**

**SERGIO ANDRÉS ARCOS MUÑOZ**



**UNIVERSIDAD DEL CAUCA**  
**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**  
**MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES**  
**2023**

**OTRAS FORMAS DE FILOSOFAR: UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO**

**SERGIO ANDRÉS ARCOS MUÑOZ**

**Directora:**

**Mag. Elizabeth Castillo**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

**MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES**

**2023**

**Nota de Aceptación**

---

---

---

---

---

Directora

---

Jurado

---

Jurado

Popayán, 2023

## Tabla de contenido

Capítulo 1 .....	9
<b>EL VIAJE</b> .....	9
¡Se va para Bogotá, Acá no lo queremos con esas malas juntas!.....	9
Entre la Nacho y el Museo Gaitán.....	15
Pueblo oprimido, adelante revolución.....	29
¿La Distri dónde está? La Distri está en la calle haciéndose escuchar.....	34
El recorrido hasta La Universidad Distrital, sede La Maca .....	36
La Maca.....	38
Líneas de pensamiento en la LEBECS.....	43
El ocaso de la razón.....	53
Experiencia Krishna .....	58
Don Juan y la gran decisión .....	61
Encuentros con El Yagé .....	67
Yachay Wasi, San Agustín.....	69
Los eco-chamánicos .....	73
Fluir, fluir para siempre vivir .....	77
En busca de los Hare Krsna: La frontera.....	80
Con los Hare Krishna .....	82
En la comunidad de Figueira.....	91
Capítulo 2 .....	100
<b>FORMACIÓN DE UN FILÓSOFO EN EL SUR OCCIDENTE COLOMBIANO</b> ....	100
Memorias de Popayán .....	100
Angustias existenciales en mi retorno a la Universidad del Cauca.....	108
Colonialidad del saber .....	109
Filosofías del sur: una apuesta subversiva .....	118
Pensamiento filosófico latinoamericano .....	122
Otras voces: desde el WhatsApp y el Google Meet.....	126
Eider Calambaz .....	126

Marisol serrano Arcos .....	128
Gustavo zorrilla .....	130
Algunas consideraciones sobre la modernidad .....	134
Ciencia y naturaleza en la modernidad.....	136
Capítulo 3 .....	140
<b>APUNTES FILOSÓFICOS COMO “PROFESOR” .....</b>	<b>140</b>
A mí no me diga “Profesor”, a mí dígame por mi nombre .....	140
Apuntes: filosofía intercultural en el colegio .....	146
Vislumbres pedagógicos.....	152
Ya no quiero ser policía, ahora quiero estudiar Filosofía.....	159
Me voy a estudiar al exterior .....	162
Reflexiones finales o conclusiones.....	168
Referencias .....	172

### Lista de Tablas

<b>Tabla 1.</b> Línea de pensamiento en filogenia y ontogenia .....	51
<b>Tabla 2.</b> Líneas de pensamiento en Ciencias Sociales .....	52

### Lista de Fotografías

<b>Fotografía 1.</b> Plaza de Bolívar. Archivo personal. ....	15
<b>Fotografía 2.</b> UN, protesta al rector Moisés Wasserman. Archivo personal. ....	20
<b>Fotografía 3.</b> Grafiti UN. Archivo personal. ....	21
<b>Fotografía 4.</b> Aparición de encapuchados en Plaza Che. Archivo personal .....	22
<b>Fotografía 5.</b> Manifestación simbólica cultural en Plaza Che. Archivo personal .....	23
<b>Fotografía 6.</b> Universidad Distrital, Sede Macarena. Archivo Wikipedia .....	39
<b>Fotografía 7.</b> Marchas en Bogotá. Archivo personal .....	45
<b>Fotografía 8.</b> Cuadernos de Ciencias Sociales. Archivo personal .....	51
<b>Fotografía 9.</b> Cuadernos y pensamientos sobre Ciencias Sociales. Archivo personal...	53
<b>Fotografía 10.</b> El taita y poeta Fredy Chicangana. Archivo personal .....	70
<b>Fotografía 11.</b> Templo Eco Tryly Park, Persú. Archivo personal.....	82
<b>Fotografía 12.</b> El oficio de librero. Universidad de Nariño. Archivo personal.....	107

## **Introducción**

El presente trabajo de investigación tiene como objetivo reflexionar en torno a otras formas de filosofar, que en el trascurso del tiempo y del espacio del proyecto moderno colonial, según lo plantea Dussel (2016), han sido negadas y excluidas por los relatos, prácticas y discursos eurocéntricos de la colonialidad del saber. Para ello, recurrí a la experiencia personal para construir un relato autobiográfico, que me permitiera registrar y evidenciar prácticas y acontecimientos que han marcado mi subjetividad en el plano intelectual, teórico, ontológico, ético, político y educativo. En este contexto, el marco teórico de la investigación se fundamenta en el pensamiento crítico latinoamericano y en las filosofías del sur global, que convocan a cuestionar, interpelar y reinterpretar el papel hegemónico de la filosofía occidental eurocéntrica, entendiendo que es una urgencia y necesidad construir puentes de dialogo con otras formas de ver el mundo, los seres humanos, la realidad y la naturaleza en el plano de lo que se denomina filosofía intercultural, que busca el reconocimiento, el respeto y la aceptación de otras tradiciones filosóficas (Dussel, 2016).

Por otro lado, teniendo en cuenta que la metodología de investigación se estructura en clave autobiográfica, cabe resaltar que el texto está construido en formato de crónicas, relatos y reflexiones, donde se registran pensamientos, sentimientos y percepciones que convergen en el pensamiento filosófico pluriversal y múltiple, que ha hecho parte de mi camino y de las búsquedas existenciales. Mi prioridad es entonces construir y tejer un relato acompañado de esbozos literarios para romper con la escritura académica tradicional de la filosofía, y generar un acercamiento a través del texto con otras personas y culturas, que se encuentran al margen de la academia y que no se ven incluidas en el lenguaje especializado que requiere el abordaje documentos más formales. Escribir en clave autobiográfica, permitir que se escuche la voz del investigados y aproximarse al ejercicio de la reflexión filosófica, es además incluir a mis padres, a mi familia, mis amigos, conocidos y desconocidos, para que puedan sumergirse y reconocer sus huellas en la lectura de un documento orientado por el placer de la escritura.

El texto narra en el primer capítulo mi llegada a la ciudad de Bogotá, con el ánimo de estudiar una carrera universitaria y toda la parafernalia que esto conlleva: desde cursar un preuniversitario, hasta diplomarme en cursos que ayudaron a consolidar mis primeros pensamientos e ideales políticos, marcando definitivamente mi subjetividad; luego, describo mi proceso de formación intelectual en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, como estudiante de Ciencias Sociales y mi encantamiento con la teoría social, y por último, abordo el episodio de mi renuncia, desprendimiento y desencantamiento epistémico de la teoría social con el ánimo de explorar otras formas de ver el mundo y la realidad, emprendiendo un viaje por Sudamérica para acercarme a otras formas de filosofar que lograron poner en cuestión mi percepción del paradigma dominante racional y lógico del que hacer filosófico y del pensamiento en ciencias sociales. En estas reflexiones están presentes las plantas de poder, los taitas, chamanes, Krisnas y comunidades donde me sumergí en un profundo viaje de la conciencia.

En el segundo capítulo, la reflexión giran en torno a mi formación como filósofo en el Suroccidente colombiano en la Universidad del Cauca, reconociendo la explosión de pensamiento filosófico latinoamericano y del sur global que me permitió el conocimiento de la diversidad filosófica del planeta y cuestionar entre debates y diálogos el que hacer hegemónico de la filosofía tradicional eurocéntrica. En este sentido, se aborda el concepto de la colonialidad del saber y su funcionamiento en el programa de filosofía, así como la apertura en menor medida, hacia otras tradiciones filosóficas como la filosofía de la India, el Yoga o lo andino.

En el tercer capítulo narro mi experiencia como docente en diferentes instituciones educativas. En estos espacios pude aprender, comprender y analizar aspectos relevantes de la educación en Colombia, explorando modelos pedagógicos y el diseño curricular; no obstante, en el caso de la asignatura de filosofía, fue preciso elaborar una malla curricular intercultural que legitimara, reconociera y valorara la diversidad filosófica de las culturas que se encuentran a lo largo y ancho del planeta. Este ejercicio académico me permitió tejer diálogos y repensar la crisis del proyecto moderno colonial, proyectando otras formas de vivir y existir como humanidad.

El alcance de este documento debe ser un aporte al pensamiento filosófico intercultural, intentando construir un mundo más justo desde el punto de vista filosófico, reflexionando desde



la perspectiva de las diferentes tradiciones filosóficas para crear, tejer, pensar, sentir, comunicar y conectar en un mundo más humano, armónico y equilibrado con los seres y espíritus que hacen parte de la naturaleza.

## **Capítulo 1**

### **EL VIAJE**

#### **¡Se va para Bogotá, Acá no lo queremos con esas malas juntas!**

A Bogotá llegué en medio del frío estremecedor en horas de la madrugada, los primeros días del mes de octubre del año 2006. Era una llegada poco planeada y diseñada, un poco caótica. Más bien, fue el impulso de mi padre que me arrojó de la casa derecho para la capital, luego de que mi tío Tito, el hermano de mi mamá, les confesara que la noche anterior yo había estado hasta altas horas de la madrugada en el balcón de su casa, bajo la luz de una luna llena con unos amigos fumando marihuana, y que no lo dejamos dormir... Que andaba degenerado, en pantaloneta roja, con chancas de cuero y una camiseta que apenas me cubría del sereno... Que parecía un loco y que a él le preocupaba mi situación.

Al enterarse de esta noticia, mi padre no dudó en comprarme el tiquete de Taxis Verdes y sin consultarme, me alistaron la maleta, algunos víveres para mi tía y me dijeron de manera tajante, “¡se va para Bogotá! ¡Acá no lo queremos con esas malas juntas! Queremos que se vaya a estudiar y que salga adelante”. Y así fue, que desembarqué en Bogotá. Más que un castigo, para mí fue una bendición, estaba en la capital de Colombia, cumpliendo el sueño periférico de vivir en Bogotá.

El primer día, luego de que mi tía Fanny y su marido Chucho partieron para su trabajo, me pegué un baño, desayuné y salí a caminar por la ciudad. Mi tía me advirtió que para poder ubicarme y conocer Bogotá, lo primero era identificar las principales avenidas. La Avenida Primero de Mayo; la Avenida Villavicencio; la Avenida de las Américas; la Carrera Séptima,; la Décima; la Caracas; las Aguas; la Avenida 68; la Avenida Boyacá; Avenida Ciudad de Cali, y la NQS. Además, una forma fácil de ubicarme era tener como referente los cerros orientales, donde

se ubica Monserrate. Nosotros vivíamos en la localidad de Kennedy, en el barrio Nuevo Kennedy, cerca de Casa Blanca y Bomberos un lugar central, pero ubicado al sur de la ciudad, por lo tanto, debía tener ciertas precauciones debido a la inseguridad.

Luego de anotar la dirección en un papelito y guardarlo en la billetera, por si acaso me perdía, salí de la casa del señor Juvenal. Caminé alrededor de unas 8 horas; fui desde la Avenida Primero de Mayo con Villavicencio, hasta la avenida las Américas en Puente Aranda. En ese trascurso conocí al famoso Hospital de Keneedy, que tantas veces había visto por la televisión: un edificio de unos ocho pisos de ladrillo rojo a la vista y con parte de la fachada del color azul del cielo; afuera, de manera imponente, en letras de color azul decía “Hospital de Keneedy”. De una u otra manera, en el fondo sabía que era un hospital importante y de buen nivel. Tanto la localidad como el hospital llevan el nombre del ex presidente de los Estados Unidos Jhon F. Keneedy, quien en los años 60 visito Bogotá con su famoso programa de la Alianza para el progreso.

Fue en esta caminata que me topé con la popular “Cuadra picha”, una de las zonas de rumba más grandes de Bogotá, la zona roza del sur. Allí se escucha todo tipo de géneros musicales, desde el rock, hasta el reguetón, el rap, la ranchera, el vallenato y el metal. Aunque en las noches, lo único que se escucha es la invasión de sonidos que salen de las discotecas y bares, una especie de sonidos sin sincronía, que quieren atrapar a los clientes, hombres y mujeres que salen a la conquista publicitando sus servicios. Se escucha en las entradas los bares: “hoy hay blusitas mojadas”, “tenemos descuento y promociones”, “ofrecemos un buen servicio”, “buen trago a buen precio”, “¡siga, siga!, “ingrese que este es el mejor rumbiadero”, “hay mujeres hermosas”, “se pone buena música”. A este tipo de personas que invitan a los clientes a seguir a los bares y discotecas se le conoce como los jaladores cuyo único objetivo es persuadir a los clientes para que consuman.

En las noches del fin de semana, Cuadra Picha se convierte en un hormiguero de la rumba. Hay gente de todos los sectores, desde empleadas de servicio, hasta ejecutivos encorbatados. Todos quieren rumbiar, todos quieren divertirse, todos quieren darle rienda suelta a sus sentidos. La multitud es impresionante. Por la calles el olor a cigarrillo, baretta, trago, empanadas,

rellenas, fritanga, chorizos, perros calientes y hamburguesas, se confunde con el paso de los transeúntes. Cuadra Picha es la zona de tolerancia de los sentidos, la zona de disfrute después de largas jornadas de trabajo, el lugar de escape del mundo laboral.

Al llegar la noche del primer día, mi tía quedó sorprendida por todo lo que había caminado. Sentía los pies cansados, estropeados, maltratados. El asfalto había dejado su huella en mi cuerpo y el hollín se instalaba como una mascarilla en mi cara. Yo me sentía contento, creía que por fin estaba conociendo la capital y al mismo tiempo estaba siendo parte de ella.

Las primeras semanas fueron un viaje a través de la urbe, transitando en medio de los gritos de chóferes, trancones, personas que cerraban sus ojos y expresaban su aliento de cansancio, la falta de comunicación, la prevención y el miedo y una leve sospecha ante lo extraño, porque en esta ciudad todos son extraños, no se conocen ni se detienen para tomarse un tinto, para saludarse, para hablar, todo se hace a las carreras, todo es de afán, todo se desplaza a un ritmo vertiginoso, casi tembloroso. Precisamente, en mi afán por conocer la capital, me subía a los buses de servicio público, de esos que abundan en la ciudad, y realizaba todo el recorrido de sus rutas. Iba preguntando los barrios, los lugares más notorios, grabando cada espacio en la retina de mi memoria, porque si de algo estoy seguro, es que mi memoria visual es excelente, por eso los grandes letreros, los parques, las avenidas, los edificios, los lugares emblemáticos, se fueron sumando a la geografía visual de mis recuerdos.

Por esos días, ya estaba en circulación Transmilenio, un sistema de transporte articulado, que llegó a la capital con el gobierno de Enrique Peñalosa. El sistema de transporte estaba constituido por troncales, articulados, rutas alimentadoras, estaciones, portales, que se tejen como una telaraña por las principales vías de Bogotá. Los buses eran de color rojo, con pequeñas pintas amarillas, largos, parecidos a un ciempiés, con el piso de color gris como una lija que detiene el movimiento de los transeúntes; además, marchaban a buena velocidad, convirtiéndose en el transporte diario para millones de personas.

En los articulados las sillas eran rígidas y estáticas, elaboradas en un plástico muy resistente y con manijas por todos lados para que la gente que viajaba de pie pudiera sujetarse de algún lugar, porque la mayoría de personas viajaba de pie y se extendía por los pasillos. Los buses.

Había sillas preferenciales para personas adultas o con discapacidad. En las horas de ingreso al trabajo, las multitudes eran el pan de cada día, siempre lucía todo apretujado y amontonado. Si hay algo que me gustaba de Transmilenio, era cuando se subían los artistas callejeros a interpretar alguna canción, no importa si eran vallenatos, rancheras, salsa o música de folclórica, pues siempre lograban imantar con su energía y alejar el frío de la gente. Indudablemente, el género musical que identificaba al sector de jóvenes de la ciudad que habitaba en los barrios periféricos era el Rap. Se trata de pelados que vestían pantalones anchos, camisas holgadas, zapatillas planas y gorras con mensajes urbanos. Su cuerpo estaba inundado de tatuajes y por medio de su lírica reflexionan sobre la sociedad, las drogas, los vicios, la calle, los panas, la policía y el Estado.

Fue justamente por esos días que exploré este género musical escuchando La Etnia, Tres Coronas, Dos Hermanos, Los Nandes, Alcoliricos, Asilo 38, La Zebra y un poco de Gotan Proyet. De todos estos artistas puedo confesar que la canción que más me agrada es “Real” de La Etnia.

Es real, es real / real caminando por la noche en la ciudad real / parchado en la marginalidad real en la esquina / divisando la verdad es real es real / Parchado en la marginalidad, real en la esquina / Divisando la verdad es real es real / raponazo hubo aquí raponazo hubo allá chic chic puya.

Por otro lado, recuerdo que la casa, digo ¿qué casa? el apartamento de mi tía, era pequeño como una cajita de fósforos. Estaba al interior de la vivienda del señor Juvenal, y para llegar al apartamento, obligatoriamente se debía cruzar la sala principal. Era lugar muy pequeño, donde alcanzamos a vivir cinco personas; mi tía Fanny; Juan Pablo, su hijo; Chucho, su esposo; mi hermano Diego, y yo. El apartamento estaba compuesto por una cocina integral para una persona; un baño minúsculo; una habitación para una sola cama, y la sala, aunque en la sala no estaba la sala, sino el camarote de 1.20 donde dormíamos tres personas. En realidad, así eran muchos de los apartamentos de la ciudad. Para mí era difícil asimilarlo y acostumbrarme, porque en mi pueblo la palabra apartamento no estaba en el imaginario de la gente. En San Agustín las casas eran grandes, con patio, materas y hasta animales.

De este modo fueron trascurriendo los días, hasta que pasadas tres semanas de arribar a la capital pude conseguir trabajo en una empresa de pollos ubicada en San Andresito de la 38; se trataba de un sector muy comercial, donde se conseguía cualquier mercancía, electrodoméstico, decoración para el hogar, carros, motos, trago, prendas de vestir, zapatos, zapatillas, tenis, de todas las marcas ¿y lo mejor? ¡A muy buen precio! Era más económico ir de compras a este tipo de centros comerciales, tal vez porque abundaban el contrabando y la evasión de impuestos. Claro está, muchas de estas cosas eran “chiviadas”.

En Pollo Andino, era obligatorio vestir con un overol azul con amarillo, botas amarillas, tapabocas, gorra y guantes de color negro para poder manipular el producto. Era mi primera vez de trabajador en una empresa, con 24 horas en funcionamiento y producción. Yo entraba a las 6 a.m. y tenía que marcar tarjeta. Para poder llegar a esa hora al trabajo tenía que madrugar a las 4 a.m. tardando una hora en bañarme, alistarme y preparar algo para llevar de comer; la otra hora se diluía en el viaje de la buseta, en medio del frío de la ciudad; la distancia era demasiado larga entre mi lugar de residencia y mi trabajo.

La empresa estaba dividida en secciones. La sección de los uniformes verdes, quienes trabajaban toda la noche y les correspondía el sacrificio de las aves; la sección de los zorros de traje azul oscuro, cuya función era internar la mercancía en cuartos de refrigerador a temperaturas bajo cero. Creo que esta era la labor más dura, pues se vestían como si estuvieran en el polo norte; también estaba la sección de los despresadores, con un uniforme blanco, encargándose de sacar las porciones y clasificarlas. En la sección del despacho, que era la mía, la función era despachar todo el producto para las diferentes tiendas, supermercados, plazas de mercado y clubes de la ciudad.

Gracias a este trabajo pude conocer Bogotá de sur a norte y de oriente a occidente. Todos los días tenía que hacer el recorrido en camiones refrigerados a diferentes localidades de la ciudad. Me gustaba sobre todo cuando se entregaba el producto en los centros comerciales o en los clubes del norte, porque eran solamente las pechugas o los pernils, y solo se entregaba el pedido en dos o tres lugares, haciendo que todo fuera más rápido; además, podía estar desprevenido con el dinero que le entregaban por la mercancía, porque en un club o centro

comercial no pensaba que fueran a robar. Estos clubes de la autopista norte eran lugares muy hermosos, era la otra Bogotá, esa que es bien ordenada, limpia, pulcra, bien diseñada, donde se respiraba un aire de tranquilidad. Estos sitios tenían cocinas hermosas, grandes como para chefs; la gente que nos recibía estaba bien presentada y a la entrada siempre nos anunciaba un recepcionista. Claro está, que no eran lugares para todo el mundo y solo se podía entrar con membresías. Allí puede apreciar como vivía la gente rica, junto a sus buenos carros y con todas las comodidades.

Mientras tanto en el sur la cosa era diferente. Cuando uno llegaba a una fama, tenía que estar con los ojos bien despiertos, mirar a todo lado y descargar la mercancía lo más rápido posible, porque dependiendo el sector, se corría el peligro de que nos robaran el dinero recolectado. En determinados sectores del sur, se llevaban los canastos de las pechugas, que al final, no eran más que puros huesos para la sustancia de los caldos, debido a la escasa carne que estaba adherida a las presas que llegaban a este sector !Qué mejor que la comida para conocer el poder adquisitivo de las personas! Por la comida es posible inferir el nivel socioeconómico y el estrato. Mientras que en los clubes del norte se consumían filetes, en el sur se hacían manjares con los huesos y si sobraba dinero era para comprar salchichón.

Algo particular, era la manera de expresarse de la gente en el trabajo, me decían: “¿qué hubo perro, que hubo perrito, entonces qué mi pez, cómo es que es perrito?” Para mí, su acento sonaba como si llevaran una papa en la boca, entonando de una forma muy particular cada palabra. A mí siempre me habían llamado por mi nombre, por eso estas palabras me dejaban un poco perplejo, aunque con el tiempo me terminé acostumbrando y también usando las mismas expresiones.

Mi trabajo era de lunes a sábado, y el domingo me iba de paseo a los museos y al mercado de las pulgas, que se localizaba en los parqueaderos de la carrera séptima. Claro, el domingo la ciudad es un poco fantasma, pues la gente descansa y se queda en casa acostada mirando televisión como una forma de recargar la energía para la semana siguiente. Fue entonces para el mes de mayo que le dije a mi tía Fany que renunciaría al trabajo, que estaba cansado, que no era justo trabajar tan duro y madrugar a las cuatro de la mañana y trasnochar mucho tiempo cuando

me correspondía trabajar para otras ciudades. Que ya no quería seguir con la rutina, tener hora de entrada y no hora de salida, que me fastidiaba salir cansado a coger buses y llegar a la casa derecho a comer y dormir. Me sentía cansado, extenuado, además, le dije que a mí lo que me interesaba de Bogotá era ingresar a la universidad y no trabajar en una empresa toda la semana y toda la vida. Y así pasé la renuncia y me enfoqué en estudiar, en cambiar ese ambiente de trabajo, quería cambiar el trabajo físico por el trabajo intelectual. Justo en ese momento, empezó mi aventura en el mundo académico.



**Fotografía 1.** *Arcos (2006). Plaza de Bolívar. Archivo personal.*

### ***Entre la Nacho y el Museo Gaitán***

Con el ánimo y la voluntad de poder ingresar a la Universidad Nacional de Colombia, más conocida dentro del público académico y estudiantil como *La Nacho*, en el mes de agosto del año 2007, empecé a realizar un preuniversitario, de esos que abundan en la Avenida 26, frente a la misma universidad, porque en Colombia para poder ingresar a la universidad pública, infortunadamente uno tiene que competir con otros estudiantes por un cupo para la carrera que quiere estudiar. Parece un derecho, pero en la vida real es más un privilegio, y lógico, mi puntaje no era el más notable para lograr acceder, sobre todo porque mi bachillerato lo había terminado en uno de esos colegios sabatinos de poca monta, donde reciben a los estudiantes que no tienen interés por el estudio, que solo asisten para obtener el diploma; sin embargo, en ese momento

tenía la esperanza de obtener un buen resultado en la prueba, además de aprobar el examen interno que realizaba *La Nacho*.

Me acuerdo bien que el edificio era de unos tres pisos, blanco y moderno, con escaleras de hierro y un letrero de color rojo rechinante que decía “Pre-universitario para ingresar a la U”. El edificio tenía grandes ventanales de vidrio de color azul, por donde se miraba el reflejo de los carros que pasaban como cohetes por la 26. Diariamente, circulaban cientos de jóvenes de la manera más fiel y sagrada a estudiar, todos unidos por el sueño de ingresar a la universidad. Eran estudiantes pastusos, huilenses, costeños, santandereanos, boyacenses, vallunos, bogotanos, paisas, es decir, de diferentes regiones del país.

La gran mayoría de docentes del *preu* eran estudiantes de la Universidad Nacional. En especial, me acuerdo de Alain, un tipo flaco y alto, de bozo, muy delgado, piel blanca, cabello largo y ojos cafés, con algunas expresiones orientales. Siempre andaba en su bicicleta *San tropel*. Estaba estudiando antropología en los últimos semestres y era una persona con un espíritu crítico y analítico. Por lo general, nos hablaba de los TLC, de las semillas transgénicas, de la autonomía alimentaria, de las importaciones y exportaciones de comida, de la importancia de conocer y andar el territorio. Incluso, una vez, nos puso a dibujar una casa. Unos dibujaron una casa en el campo, otros diseñaron apartamentos, algunos hicieron casas sobre el mar y yo me hice una casa grande, con patio y animales. Con esos dibujos podía leer nuestro imaginario, conocer algo de nuestra subjetividad: nos estaba cartografiando.

Alain no parecía orientar un curso preuniversitario, sobre todo cuando se ponía a *tirar línea* hablando sobre el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Alain se emocionaba y le brillaban los ojos cuando decía que Gaitán fue un hombre que representó al pueblo, a los pobres, a los excluidos, a los subalternos, a los trabajadores, a la periferia. Refería que luchó contra esas familias oligarcas que han gobernado el país durante los últimos dos siglos de vida republicana, aduciendo que ellos eran los directos responsables de la falta de justicia social y la pobreza del país. En alguna de sus clases leímos de Gaitán la “Oración por la paz” y escuchamos uno de los discursos pronuncio en el Teatro Municipal, en el año de 1948, días antes de su asesinato, donde señala:



No me vengan con hipocresías, que conocemos sus nombres y el pueblo los conoce. Y saben que esas pequeñas minorías se defienden mutuamente, por encima de sus ideas para defender sus intereses, en contra de los intereses del pueblo que trabaja, en contra de la clase media y en contra de la clase trabajadora, en contra de los profesionales y en contra de los intelectuales, en contra de los industriales y los cafeteros... que no tienen el teléfono de las influencias políticas que funciona igual para las voces de la oligarquía conservadora que para las voces de la oligarquía liberal (Discurso de Jorge Eliecer Gaitán, 1946)

Para Alain, era importante conocer el pensamiento de Gaitán y que los estudiantes investigaran la historia reciente de Colombia. Porque con la muerte del caudillo se desencadenaría una violencia recalcitrante en los territorios, entre los diferentes actores armados y el Estado Colombiano. Este conflicto ha dejado cientos de miles de muertes de campesinos y prácticas de mutilación conocidas con nombres como corte corbata, corte de franela, corte de oreja, decapitación, corte mica, castración, sacar el feto y corte de florero entre otros, así lo indica la investigación de Uribe (1978), quien explica que estas prácticas se llevaban a cabo después de las masacres ejecutadas en los patios de las casas de los campesinos, generalmente, en las veredas más apartadas de los municipios, donde se imponía un régimen de terror y miedo, aumentando en el contexto rural el recelo y la polarización bipartidista entre liberales y conservadores.

Fueron precisamente estas venganzas familiares a punta de machete, escopetas y cuchillos, las que hicieron correr ríos de sangre, convirtiendo a los campesinos en los más perjudicados, sumando un problema más a su analfabetismo, su pobreza y a las dinámicas de exclusión social. Son ellos los que en últimas terminan poniendo los muertos que alimentan las cifras del conflicto armado colombiano, encontrando un origen común en la conocida época de la violencia que transcurre entre los años 1948 y 1964 (Uribe, 1978).

Al regresar a mi pueblo, San Agustín, para disfrutar de la temporada de vacaciones con mis amigos, seguía teniendo espacios durante las noches solitarias y frías y en algunas horas de la madrugada, para recordar de manera sigilosa algunas frases del pensamiento de Gaitán. En

ocasiones, nos reuníamos en alguna casa, especialmente en la de Humberto Ordoñez, que era un modesto liberal cómplice de nuestros propósitos e ideales. Revisábamos las frases que queríamos plasmar en las paredes blancas con verde del pueblo y las escribíamos en una pequeña hoja; luego, nos vestíamos de negro, con gorros y chaquetas, caminábamos muy rápido, con el corazón en la mano y los nervios de punta, hasta que lográbamos que en alguna de las paredes de las familias clasistas, como los Sánchez, quedaría escrito en letras temblorosas el mensaje:

*“Yo no soy un hombre, soy un pueblo”*

*“El pueblo es superior a sus dirigentes”*

*“Por la restauración moral de la sociedad colombiana”*

*“Pienso, luego desaparezco”*

*“Abajo la oligarquía colombiana”*

Escribíamos unas 10 frases en menos de 20 minutos. Era una acción de la clandestinidad que tenía que ejecutarse en el menor tiempo posible. Era una satisfacción poder cumplir el objetivo y salir avante en la misión, en medio de la incertidumbre y la adrenalina, que al final, era la que nos hacía caminar como gatos en el silencio perturbador de la noche. Con estas acciones, lo que se buscaba era que la población de San Agustín conociera el pensamiento de Gaitán y su memoria; que reaccionara frente a los atropellos del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Pero no fue así, pues el resultado logró el efecto contrario. En un “programita” llamado *El gallo*, de la emisora Uno A Estéreo, los “pseudoperiodistas” expresaron que “quienes hacían los grafitis eran unos resentidos sociales (...) Unos desadaptados que necesitaban ir donde el psicólogo para un tratamiento (...) Que por favor respetaran las paredes”. Mejor dicho, la situación fue asumida como un escándalo y un acto que alteraba la cotidianidad de los lugareños. Pero ¿Qué se podía pedir a una emisora parroquial, que tenía por dueño a un conservador más recatado que el cura y a unos periodistas sin formación política, que además eran incapaces de darle significado al arte callejero? Al final en las reuniones concluíamos que no entendían el significado y la intención de in graffiti, peor si sabía hacer campaña para el mejor postor en temporadas electorales.

En la medida en la que iba conociendo el pensamiento de Gaitán, repasando sus discursos, la opinión de analistas, biógrafos y la lectura de varios sus libros, destacando *“Ideas socialistas*

en Colombia”, también decidí involucrarme de forma más activa, participando anualmente en las marchas y conferencias para conmemorar el 9 de abril, donde se reivindica el pensamiento de un hombre que quiso recuperar la dignidad y el respeto del pueblo colombiano, a través de un verdadero proyecto de nación como lo explica Ospina (2014), un plan de gobierno donde cabíamos todos los colombianos, desde la Amazonía, hasta el Caribe, pasando por el Pacífico y la Zona Andina. Donde negros, indígenas, blancos, mestizos, pobres y trabajadores, por fin harían parte de un proyecto de país y de nación.

Por otra parte, cada vez que salía de las clases del pre universitario me dirigía religiosamente hacia la Universidad Nacional por la entrada de la 26. Me quedaba gran parte del día, leyendo, conociendo, observando o compartiendo con algunos amigos o con mi primo William, que estaba estudiando en *La Nacho* para ser jefe de enfermería. El, era el primer familiar que ingresaba a la mejor universidad de Colombia. Al principio nadie creía que él fuera capaz hacer una carrera, incluso se le burlaban o le hacían chistes de mal gusto, diciéndole que era vanidoso por tan pretencioso propósito, que mejor se presentara a una universidad como la Surcolombiana o la del Cauca, porque era más fácil pasar. Pero él fue perseverante y conquistó su objetivo.

Años más tarde, mi primo William pudo comprender que en Colombia no todo se resume en *La Nacho*, que también hay universidades de gran proyección en las diferentes regiones como la universidad Tecnológica de Pereira, donde actualmente estudia la carrera de medicina, luego de conocer las excelentes condiciones de formación académica, la experimentada planta de profesores, los avances en el campo investigativo y los vínculos de publicación con revistas indexadas. Tal vez, el único pecado es que se ubica en la periferia, como lo describen algunos teóricos de la dependencia como Wallerstein (2005) o Rojas (2010).

En mi caso particular, desde el primer momento en que ingresé a conocer la Universidad Nacional sentí una sensación de asombro y alegría; estaba impactado por el mundo académico, todo era desbordante, nuevo y amplio. Ya era parte, sin serlo, de la Universidad Nacional. Creía que por fin se estaba concretando el sueño, en medio de gente tan diversa y exótica en su forma de hablar, de vestir y de ser. Claro, en *La Nacho* conocí esa diversidad de tribus urbanas,

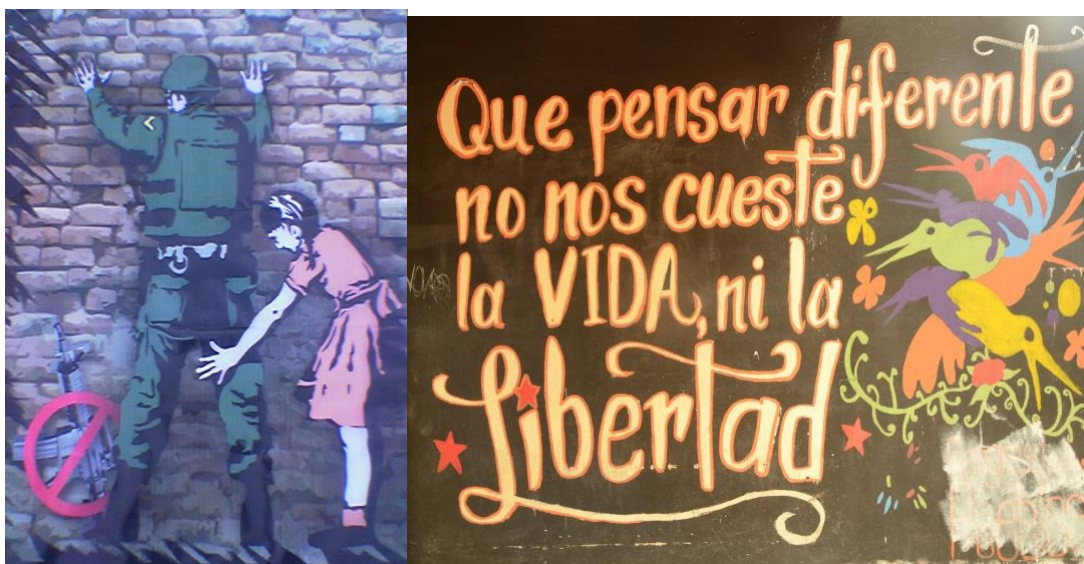
peinados, estudiantes con barba hasta el pecho, *punks* con creastas hasta el cielo y con botas de obrero, *Skates* con zapatillas planas y patinetas, intelectuales con gabán y una pipa en la boca, roqueros y metaleros de pelo largo y uno que otro revolucionario con su boina y la bandera cubana que recitaba los versos de “Nuestra América” de José Martí.

Al principio, y de cuando en cuando, para conocer la planta física de la universidad caminaba largas jornadas con mi primo William. Íbamos a la plaza Che Guevara, a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas donde había estudiado Gaitán, cuyos salones parecían salas de audiencia que ubicaban al profesor en un pequeño atrio, mientras los estudiantes se encontraban como en un teatro griego, esparcidos en cómodas sillas de un tribunal de audiencia judicial. Mi primo me llevó a la sede de la Facultad de Humanidades y Filosofía, que era donde yo quería estudiar. Conocí el edificio Orlando Fals Borda, que es la casa de los sociólogos, La Perrera, la Facultad de Ingeniería, la Facultad de Ciencias Económicas, el estadio, las zonas verdes, los potreros para las vacas y caballos, el Museo de Arquitectura Leopoldo Rother, la biblioteca central Gabriel García Márquez, el auditorio León de Greiff y la torre de enfermería, que por su puesto, era el lugar donde estudiaba mi primo. Pude entonces, constatar con mi propia experiencia que la universidad Nacional tenía el campus universitario más grande de Colombia y uno de los más hermosos de Latinoamérica.



**Fotografía 2.** Arcos (2007). UN, protesta al rector Moisés Wasserman. Archivo personal.

Durante los paseos de reconocimiento universitario, me impresionaba la cantidad de grafitis y pinturas que se encontraban en las paredes de los edificios. Todo lucía pintado de color y alegría, sombra, violencia, terror y rebeldía. Era una fiesta cromática de la vida, donde los artistas por medio del arte callejero y urbano alzaban su voz de protesta contra el sistema político colombiano, la policía, el Esmad, el ejército, el Estado, las ideologías del uribismo, el imperialismo gringo y la cultura facha y mojjigata del país. Leía los grafitis como una estela de luz del espíritu crítico y revolucionario de los estudiantes.



**Fotografía 3.** Arcos (2006). Grafiti UN. Archivo personal.

También estaban los murales de los movimientos estudiantiles, reivindicando especialmente la memoria de Jaime Garzón, el Che Guevara, Gaitán, la minga indígena, la libertad de pensamiento, Simón Bolívar, Camilo Torres, Jaime Bateman Cayón, Bernardo Jaramillo Ossa, Carlos Marx y su melnuda barba. Reivindicaban la voz y las luchas de los pueblos con el ánimo de construir un mejor país y con la esperanza de transformar la realidad social del territorio. En la Universidad Nacional, el arte siempre ha sido poesía y le ha dado voz a la rebeldía.

Una de las cosas que me gustaba presenciar en aquellos tiempos, lo confieso, era cuando de un momento a otro comenzaban a sonar las papas bombas, que eran el pre aviso en la plaza Che Guevara, de la aparición de los encapuchados, quienes vestían de overoles negros y azules con

los rostros completamente tapados. Se formaban de manera ordenada en la plaza y salían con banderas de la nueva Colombia, mientras la gente se apilonaba en torno a ellos; luego, uno de los encapuchados vociferaba un discurso increpando a los estudiantes y expresando su voz de protesta y rebeldía. En esos momentos me emocionaba saber que los capuchos invitaban a la revolución, a la transformación política de este país, y sobre todo, a la toma del poder por el pueblo y para el pueblo. Resultaba intrigante y enigmático mirar un grupo de personas haciendo todo un performance o una puesta en escena para comunicar una idea, entendiendo que si lo hacían con el rostro desnudo, probablemente terminarían siendo “desaparecidos” por los organismos de inteligencia del Estado.



**Fotografía 4.** *Arcos (2006). Aparición de encapuchados en Plaza Che. Archivo personal*

Para mí el lugar más significativo y simbólico de *La Nacho* era la plaza Che Guevara, no solo porque allí se encontraba la silueta de El Che en la pared del auditorio León de Greiff, junto al rostro de Camilo Torres, ubicado en la fachada de la biblioteca García Márquez, sino porque representaba un lugar de encuentro para miles de estudiantes a través de manifestaciones de teatro, música, cine, risas y telas que colgaban de los árboles, conciertos, discursos de líderes estudiantiles, protestas, encuentros de boxeo, fiestas, tragos, mariguana, libros, diálogos, venta de cine alternativo, etc. La plaza Che era la representación de la libertad humana y de pensamiento; un lugar donde se vive revolución de los sueños y la utopía por un mundo más humano; una muestra de la diversidad cultural que caracteriza la Universidad Nacional,

configurando uno de los aspectos más interesantes del universo estudiantil. En fin, la plaza Che era un océano de poesía revolucionaria.



**Fotografía 5.** Arcos (2007). *Manifestación simbólica cultural en Plaza Che.* Archivo personal

La plaza Che, denomina con este nombre en memoria del médico argentino que viajó por gran parte del territorio americano, conociendo las injusticias sociales del continente y las condiciones reales de millones de personas que viven en los contextos más miserables, paupérrimos y de pobreza extrema, cuyas observaciones impactaron de manera profunda su sensibilidad y con el pasar del tiempo lo convirtieron en uno de los líderes de la revolución cubana, que luchó con los denominados “barbudos” para derrocar la política y el régimen del dictador Fulgencio Batista.

Para mí El che, era por aquel tiempo un símbolo de inspiración. Primero, porque con sus viajes me seducía a recorrer, a caminar y a viajar por Suramérica, para conocer el continente, los pueblos, sus realidades, sus vidas, sus costumbres, su comida, los paisajes, los valles, los mares y las montañas; segundo, porque me interpelaba a cuestionarme la realidad de un continente donde millones de personas viven en la pobreza y la miseria, y me sugería la urgencia de buscar unas mejores condiciones para una vida digna de la población latinoamericana, así fuera por medio del camino revolucionario de las armas

Durante esta misma época exploré la música social y de protesta. Conocí las letras de Mercedes Sosa, Víctor Jara, Violeta Parra, Piero, León Gieco, Facundo Cabral, y en especial, las canciones del cantante cubano Silvio Rodríguez. A propósito, ¿cómo no recordar los bellos poemas musicales de Silvio? entre ellos “Ojalá”, “Fábula de tres hermanos”, “La maza”, “Quién fuera”, “Mujeres”, “Sueño con serpientes” o “Te doy una canción”. Recuerdo de manera especial la letra de “La canción del elegido”:

*Siempre que se hace una historia  
Se habla de un viejo, de un niño o de sí  
Pero mi historia es difícil  
No voy a hablarles de un hombre común  
Haré la historia de un ser de otro mundo  
De un animal de galaxia  
Es una historia que tiene que ver con el curso de la Vía Láctea  
Es una historia enterrada, es sobre un ser de la nada  
Nació de una tormenta  
En el sol de una noche  
El penúltimo mes.  
Fue de planeta en planeta  
Buscando agua potable  
Quizás buscando la vida  
O buscando la muerte eso nunca se sabe.*

Es verdad que la música deja una huella imborrable en las fibras más íntimas de nuestro ser, donde la sonoridad transmite la fuerza y la potencia que integran la razón y el sentimiento de nuestra sensibilidad. Esta idea respalda la intención de luchar por un mundo más humano, más justo, más equitativo, donde la utopía se convierta en un sueño a la vuelta de la esquina. ¿Cómo no cuestionarse frente a las injusticias, la vida, la existencia, el amor y la guerra con la música social?



Todos este cuestionamiento frente a las injusticias me llevaron los días sábados a asistir a la sede del Partido Comunista Colombiano, que estaba ubicada en la Carrera 16 número 31a-49 del barrio Teusaquillo, de la localidad de Chapinero. Era una casa antigua de dos plantas y piso de madera en cuyos pasillos estaban los cuadros de Lenin, Fidel Castro, el Che, Mariátegui, Marx, Roza Luxemburgo, la revolución rusa y la revolución cubana, entre otras. En este lugar conocí al filósofo y profesor de la Universidad de los Andes Sergio de Zubiria Samper y al escritor, periodista y defensor de los derechos humanos Carlos Lozano Guillen, quien en ese momento era el director del Semanario Voz y que de vez en cuando compartía sus conocimientos con los neófitos estudiantes de las juventudes comunistas de Colombia.

La mayoría de jóvenes que asistíamos éramos estudiantes de la Universidad Nacional, la Distrital, la Pedagógica y una que otra universidad privada, todos con ánimo de demostrar sus dotes intelectuales sobre la teoría marxista-leninista y la lucha de clases. Había estudiantes de ciencias sociales, derecho, ciencia política, antropología, sociología, filosofía y hasta de ingenierías, soñando con la toma del poder, creyendo en la reencarnación del Che Guevara y sintiéndose llamados a organizar las bases populares para ejecutar la revolución y por fin tomarse el poder. Pero esto era una mentira, porque solo se trataba de un grupo pequeño que escasamente tenía contacto con el pueblo y era lo más hermético, sectario y cerrado posible.

Entre los primeros textos que nos compartieron, estaban el Manifiesto del Partido Comunista; El Elogio de la Dificultad, de Zuleta; La Izquierda, de Santiago Alba Rico; ¿Qué debe ser un joven comunista?, de Guevara; la biografía del Che, del periodista Jon lee Anderson; Antes del Fin, de Sábado. También había una que otra lectura de Eduardo Galeano, Historia y Lecciones del Neoliberalismo del pensador social Perry Anderson. Además, nos recomendaban una serie de películas y documentales para entender la realidad de Latinoamérica y Europa, dentro de las que recuerdo: Diario de motocicleta, Machuca, Voces inocentes, La noche de los lápices, Novecento, El orden criminal del mundo, Las uvas de la ira, los documentales de Michael Moore, El fin de San Petersburgo, Che, Estado de sitio y La batalla de Argel. Se trataba de una descarga de contenido bibliográfico y fílmico que invitaba a luchar por una sociedad con justicia social, equitativa, y democrática, donde fueran respetados los derechos básicos y fundamentales de cada persona, dignificando la condición de los seres humanos.

Recuerdo que al momento de leer el texto de Perry Anderson sobre el Neoliberalismo, se hacía énfasis en su intención de limitar la intervención del Estado y dejar que la sociedad fuera regulada por el mercado. Esto quería decir, que las políticas neoliberales estaban a toda costa en contra del estado de bienestar planteado por el economista Keynes, y por lo tanto, el Neoliberalismo lo que buscaba era el enriquecimiento de unos pocos, en contravía de la mayoría de la población. Precisamente eso era lo que estaba sucediendo en Colombia, con las políticas del presidente Álvaro Uribe Vélez, quien era el mandatario de turno de aquel tiempo. En ese momento, pude comprender que el Neoliberalismo no era algo abstracto, sino que se materializaba en la realidad política y económica del país, a través de la venta y la privatización de los bienes del Estado por cuenta de las multinacionales o empresarios, que se quedaban con esos activos, y que en últimas, eran políticas que generaban más pobreza y miseria para trabajadores, obreros y campesinos. En resumen, este enfoque neoliberal terminaba por afectar de manera directa a los más excluidos.

El Neoliberalismo representa la pérdida de los derechos laborales de los trabajadores y la pauperización del trabajo, debido a que se eliminan las horas extras y los dominicales y se trabaja por prestación de servicios con contratos raquíticos de tres meses. Se trata de una especie de fantasma que no deja dormir a la clase obrera y proletaria, pues la tiene en constante incertidumbre, haciendo que sus vínculos laborales sean frágiles, tal como lo describe Galeano (2012) en el documental “El orden criminal del mundo” donde explica que el trabajador está preso del miedo a perder el trabajo y por lo tanto acepta las condiciones que le imponga su jefe. De este modo, el trabajo se transforma en una simple mercancía que se puede desechar y cambiar a cualquier momento, afectando la estabilidad laboral conseguida durante años, en medio de protestas, huelgas y marchas, que justo en ese momento se veían amenazadas por las políticas neoliberales. Nos decían que el neoliberalismo había ingresado a Colombia con el gobierno de César Gaviria a comienzos de los años 90 y a Latinoamérica con la dictadura de Pinochet, cuando derrocó y asesinó al líder del pueblo chileno Salvador Allende. En fin, que se trataba de una plaga que había que erradicar, porque era el último rostro del capitalismo y como tal, el causante de la pobreza y miseria de Colombia, Latinoamérica y el mundo, dejando como ganadores a los grandes empresarios y a las multinacionales que operan en el globo terrestre.

Al tiempo que asistía a las reuniones del partido, luego de terminar el preuniversitario, me matriculé a la Corporación Centro de Estudios Miguel Antonio Caro (CEMAC) en el mes de octubre del año 2008. La sede era una casa de dos pisos; en el primero, estaba un garaje blanco con verde, con un tablero y sillas de plástico, un espacio muy amplio, donde se compartían las clases de los diplomados; en el segundo piso, quedaba la oficina del secretario con un escritorio de madera y una máquina de escribir, junto a la oficina del doctor Ferney Ríos Gonzales, quien tenía más títulos y pergaminos que un político colombiano, pues toda su oficina estaba adornada de condecoraciones, medallas, títulos y diplomas. Esto hacía que su ego intelectual fuera tan grande como la distancia hasta la China.

En el CEMAC realicé varios diplomados: Gestión Ambiental y Recursos Naturales; Elaboración de Proyectos; Neurolingüística Emocional y Racional, y en Ciencia Política). Por ese proceso de formación no tuve que pagar ni un solo peso. Para mí este sigue siendo uno de los aspectos más importantes de Bogotá, pues la gama de posibilidades que se ofertan para acceder al estudio es muy amplia y tanto el conocimiento como el aprendizaje, siempre están a flor de piel. Mi mayor interés se centró en el diplomado de Programación Neurolingüística (PNL) socializado por el docente Rosero, un ex militar, pensionado de la Fuerza Aérea de Colombia, dedicado a dar conferencias sobre PNL.

Rosero era un tipo alto y delgado, que coordinaba sus manos de manera parsimoniosa y siempre decía que: “los seres humanos somos energía (...) Nuestra vida depende de lo que nosotros mismos creamos en nuestra realidad a partir de nuestros pensamientos y emociones”. Sus clases estaban mediadas por ejercicios muy prácticos, donde se integraban y relacionaban los dos hemisferios del cerebro. El hemisferio izquierdo, que en este caso coordina la parte motriz derecha del cuerpo y se encarga del pensamiento lógico, matemático, racional, analítico, lineal, y material y el hemisferio derecho, que controla y coordina el lado izquierdo del cuerpo, representando el lado intuitivo, abstracto, artístico, e interno de cada ser humano. Aunque estas teorías puedan estar ser en la actualidad seriamente cuestionadas, para mí, en ese momento, eran una realidad una nueva verdad que se arrojaba a mi espíritu.

En las clases de PNL tuve por primera vez la oportunidad de practicar meditación. En ese momento, me senté de la manera más cómoda posible en el suelo, con los pies cruzados en posición de loto, cerré los ojos y los pensamientos se precipitaron como cascadas; no podía estar con la mente tranquila, pues sentía que no podía controlar mis pensamientos. Al inicio, me generaba dificultad estar concentrado y al mismo tiempo estar atento a la respiración armónica y pausada, percibiendo los latidos del corazón y el fluir de la sangre por el cuerpo, pero al cabo de unos minutos, la tranquilidad y la calma fueron conquistando mi sensibilidad y fui entrando en un estado de relajación y concentración que pocas veces había experimentado en mi vida. Esos encuentros eran gratificantes; estaba comenzando a explorar otras formas de conocerme como ser humano, de arrojarme a los abismos de mi propio mundo interior, donde por momentos reinan el orden y el caos, el amor y el odio, la locura y la lucidez, la vida y la muerte.

Me acuerdo que el instituto estaba ubicado como a dos cuadras de la casa museo Jorge Eliecer Gaitán, una casa ubicada en chapinero, cuyo interior representaba un viaje a la época del caudillo. De una u otra manera la casa reflejaba algo de la intimidad del “negro”, que era como lo apodaban las clases racistas de la oligarquía colombiana. En su biblioteca, se reconocía su asidua lectura de Dostoievski; en la habitación contigua a la biblioteca estaba una pequeña cama para su estudio durante largas horas de la noche. En su baño, se encontraba la evidencia de sus ejercicios para controlar su respiración y entonar los discursos que terminaron por mover masas y el traje que llevaba el día en que lo asesinaron, sin duda, el testigo silencioso que da cuenta de los lugares por donde ingresaron los impactos de bala. También se ubican en la casa las fotografías de su familia y de la nostalgia y esperanza de un hombre y un pueblo que soñaba con una Colombia renacida, trasformada.

Así transcurrió este periodo de tiempo de mi vida. Desde agosto del 2007, hasta abril del año 2008, en medio del pre, *La Nacho*, el partido y el CEMAC. Era un momento clave para dedicarme a estudiar, para dar los primeros pasos en el mundo académico de la capital, en medio de las ideas del Che, el neoliberalismo, Zuleta, el manifiesto, de Gaitán, Sábato, y algo de teoría política marxista.

### ***Pueblo oprimido, adelante revolución***

Hoy más que nunca creo firmemente que la vida no es un proceso lineal. No se va derecho desde un punto X hasta un punto Y, sin extraviarse, sin salirse del camino, sin perder el rumbo. No vamos por una línea bien trazada y delimitada que rige nuestro destino, sino que la vida puede tener eventualidades lineales que deriven en incertidumbre, pues está llena de montañas, curvas, espirales, valles, aciertos y desaciertos, que le terminan por dotar de sentido la existencia. Esto lo digo, porque en el trascurso de mi vida lo he experimentado con mi propia experiencia. Cuando ya me creía estudiando en la Universidad Nacional, de un momento a otro, por cuestiones del azar o del destino o simplemente por cuestiones externas, terminé estudiando Contaduría Pública en la Universidad Surcolombiana de la ciudad de Neiva. Y claro, no fue por una decisión personal, bien meditada y reflexionada, sino por el capricho de mis padres. Ellos querían que estudiara una carrera “de esas que dan plata y estatus en la sociedad”. Para mi papá, Dagoberto, era fácil buscarme un trabajo bien remunerado por medio de la politiquería, porque en los pueblos la gran mayoría de trabajos gravitan en torno a los políticos de turno.

Fue así como en el segundo semestre del año 2008, ya estaba residiendo en la calurosa ciudad de Neiva. Me encontraba a las riberas del río Magdalena, en medio de un valle árido donde las chicharras parecían siempre a punto a explotar de tanto silbar a eso del mediodía y en horas del crepúsculo, donde los sancudos parecen chapulines y las pequeñas lagartijas aparecían entre las ventanas y en las paredes de las habitaciones, deambulando de un lugar a otro. En Neiva vivía en el barrio residencial de Santa Inés, en la casa del señor Arcadio, pero no el Buendía de Cien años de soledad. Se trataba de Don arcadio, un señor que siempre andaba en pantaloneta y sin camiseta, mestizo, chaparro y barrigón, acostumbrado a dormir en un catre. La casa estaba habitada en su mayoría por estudiantes de San Agustín: *El chicharro*, que cursaba licenciatura en artes; Edwin, estudiante de psicología; Erminzul, aspirante al grado de educación física; Fidel, matriculado en literatura, y yo, estudiante de contaduría. Era una casa de un solo piso con un palo de mango a la entrada.

Don Arcadio, era grosero y por molestar a Fidel siempre le decía “*ahí vamos dijo el poeta y se murió de hambre*”. Cuando Fidel lo escuchaba se ofuscaba, se ponía rojo y le daba un

pequeño ataque de histeria. Le respondía entre los dientes, “*Viejo hijueputa! ¿Qué va a saber de poesía? A lo mejor no ha leído nada y va hablando mal de la poesía (...) ¡Viejo barrigón, ordinario! ¿Qué va tener sensibilidad para el mundo de las palabras o para el mundo de la poesía?*”

Fidel sigue siendo poeta. Desde que lo conozco escribe poesía. Siempre lo acompañaba a donde se hacen los burros en la universidad y el humo se elevaba como una nube en el espacio. “*Burros*” se les llama a los que fuman marihuana como desesperados y se quedan meditabundos, ensimismados. En ese lugar, se hablaba de poesía y literatura. Ahí escuché hablar del gran escritor huilense José Eustasio Rivera, quien en su obra “*La Vorágine*” describe ese mundo misterioso e indomable de la selva, donde los caucheros desangran la esencia de los árboles. También escuché hablar de Vargas Villa, de Fernando Vallejo y sus lapidarias frases: “*! Cuál Dios, cuál patria! ¡Pendejos!, Dios no existe y si existe es un cerdo y Colombia un matadero.*”, de la Cátedra Agustiniana, de El Quijote. En fin, aprendí sobre literatura colombiana, latinoamericana y universal, que era lo que en medio de las tertulias se hablaba, se vociferaba y balbuceaba. Aunque en ocasiones, tan solo el humo era el testigo silencioso de dichas conversaciones. Recuerdo también los poemas de Raúl Gómez Jattin, que se convirtió en un referente para los literatos de la Usco, quienes recitaban sus poemas como loros, lo único que les faltaba era hacerle una escultura en la plaza de los burros y trasladar sus restos fúnebres con el ánimo de orarle con sus santos poemas. Pese a esto, mi poema favorito de Jattín sigue siendo “*Casi obsceno*”:

*Si quisieras oír lo que me digo en la almohada  
el rubor de tu rostro sería la recompensa  
son palabras tan íntimas como mi propia carne  
que padece el dolor de tu implacable recuerdo.  
Te cuento ¿Sí? ¿No te vengarás un día? Me digo:  
Besaría esa boca lentamente hasta volverla roja  
Y en tu sexo el milagro de una mano que baja  
en el momento más inesperado y como por azar  
lo toca con ese fervor que inspira lo sagrado.*

*No soy malvado trato de enamorarte  
 intento ser sincero con lo enfermo que estoy  
 y entrar en el maleficio de tu cuerpo  
 como un río que teme al mar,  
 pero siempre muere en él.*

Fue entonces en medio de tertulias en la plaza de los burros donde trascurrieron muchas de las horas en la Usco, tal vez porque me interesaban más esos nichos donde se dialogaba de poesía, historia y literatura, que las frías y escuetas clases del salón, con materias que solo miraba, porque no me interesaba escuchar ninguna. Yo no me imaginaba como contador público en una oficina, llevando la contabilidad de un negocio, de una empresa o de algún politiquero. O como decía mi mamá: *“Dando la firma y nada más (...) Hasta por firmar le pagan (...) Para todo se necesita un contador”*. No, eso no era lo que mi alma deseaba; de alguna manera me sentía insatisfecho y un poco frustrado, porque claramente no existía ninguna afinidad con esa profesión.

A las clases de matemática uno no fui sino una sola vez. Me sentía completamente perdido en el universo de los números. No me acordaba de lo más básico. Y eso que mi fuerte en el colegio siempre fueron las matemáticas. En realidad, las humanidades habían remplazado de lleno el mundo de la matemática, la lógica, los cálculos y la estadística. A la clase de Introducción a la contaduría iba de vez en cuando y leía los pocos artículos que se dejaban como complemento a la explicación de un profesor que repetía los exámenes de un semestre a otro. Rara vez asistía a la materia de Administración, donde en uno de los pocos debates me tildaron hasta de guerrillero, por defender el pensamiento y el proyecto político del gobierno de Hugo Chávez en Venezuela, que para ese entonces estaba en su apogeo. A la clase de Constitución asistía a una que otra sesión, con un profesor que se sabía la Constitución Política del 91 al revés y al derecho, recitándola casi de memoria.

Si había algo con lo que no estaba de acuerdo en el programa de contaduría, era su mirada estrecha, utilitaria, mecanicista, centrada en metodologías descontextualizadas del mundo social y humano. Era claro que no se reflexionaba en torno al ser humano de manera integral, crítica y

humanista. No sé por qué mis padres no me compraron el pin para ingresar a estudiar literatura; en ese caso otro hubiera sido mi destino, a lo mejor hoy estaría dando clases como profesor de literatura.

De la Usco me encantaba su himno. La primera vez que lo escuché en el auditorio Olga Tony Vidales parecía que se me fuera a salir el corazón, pues la piel se me estremecía. Una felicidad inundaba mi alma, creyendo que por fin había llegado el tiempo de la revolución y de los cambios en la sociedad colombiana. Me asombraba que el himno de la universidad, en cada oración y párrafo, estuviera hablando de revolución, transformación, cadenas, patrón, esclavitud, y libertad, y que en sus oraciones enunciara *“pueblo oprimido, adelante revolución”* (...) *“Intelectuales, adelante revolución”*. Parecía que el himno no hubiera sido compuesto por Jesús María Vidal, sino por el combo de El che Guevara, Fidel Castro, Mao, y el sub comandante Marcos. Pero mentira, la Surcolombiana estaba en manos de los clanes políticos del departamento, que de cuando en cuando eran los encargados de elegir la rectoría y mantener el aparato burocrático de la Universidad.

Cabe recordar que para ese momento, los clanes políticos del departamento del Huila eran el clan Villalba del partido liberal y el clan Andrade del partido conservador. En mi municipio de San Agustín, el alcalde era el conservador José Antonio Muñoz, un médico que decidió volverse político. El alcalde de Neiva era el conservador Héctor Aníbal Ramírez Escobar y el gobernador era el conocido conservador Pajarito Sánchez. Junto al senador conservador Hernán Andrade, quien era un seguidor acérrimo de las políticas de la Seguridad Democrática de Álvaro Uribe Vélez, en el Huila todo era conservador, se respiraba el color azul del sectarismo y tradicionalismo. Claro, el Huila era un bastión del uribismo; en general, gran parte de la población del departamento del Huila tenía afinidad política e ideológica con aquella política de turno.

Siguiendo los principios revolucionarios del himno de la Usco, decidí participar en las marchas y protestas de la universidad, que recorrían el centro de la ciudad y el parque Santander, en medio del bochorno y el calor de la calle y de los infernales rayos del sol. Tras llegar al edificio de la gobernación se vociferaba *“esos son, eso son los que roban la nación”*.



Desde la ventana del edificio se asomaba una que otra persona y miraba las marchas, tal vez de manera inquisidora o pensando “*ahí están los guerrilleros de la Usco*”. Se arengaba por las principales calles y se retornaba a la universidad. El sudor corría por el cuerpo mientras los estudiantes se difuminaban como aves por los pasillos de la universidad y en la plaza de las ágoras se agotaban los discursos de los líderes estudiantiles.

Me acuerdo tanto que en ese periodo la gran mayoría de movimientos estudiantiles estaba a la expectativa frente a la pregunta ¿Cómo iba ser la reacción de la policía y el Esmad frente al bloqueo de las principales avenidas y en el entorno de la universidad, por parte del movimiento estudiantil? Ya en el primer semestre del año habían sido quemados unos policías con gasolina. Un hecho que indignó a la prensa colombiana y varios sectores de la sociedad, pero que al mismo tiempo había alimentado el ego de los movimientos estudiantiles. Con ese hecho, la Usco se dio a conocer ante el resto de universidades como una universidad que estaba *parada en la línea* y con un fuerte movimiento estudiantil que era capaz de hacer lo que fuera por defender los derechos de la universidad pública.

Por otra parte, admito de todo corazón, que nunca logré tener afinidad ni con la carrera, ni con la ciudad, ni con la universidad. Después de haber vivido en Bogotá, Neiva me parecía una ciudad a la que le faltaba esa diversidad cultural que me encontré en la capital. Ya no estaban el Chorro de Quevedo, el centro histórico, *La Nacho*, los museos, las grandes bibliotecas, la candelaria, los cuenteros, las conferencias, los conciertos, la plaza de Bolívar, el septimazo, entre otros. En el fondo de mi corazón habitaba un sentimiento de nostalgia por Bogotá. En Neiva no caminaba mucho, solamente lo necesario, de la casa a la universidad y viceversa. Lógico, con ese clima no dan muchas ganas de caminar, de salir a pasear. Nunca me pude acostumbrar al clima. Esos calores del medio día me parecían infernales; sudaba a chorros solamente caminando un par de cuadras. Era un bochorno y la única manera de soportarlo era estar bajo la sombra de los árboles, del techo de las casas o en la universidad. Era un calor tan alborotado, que a eso del medio día lo único que daban ganas era de pegarse una siesta al lado del televisor.

Para mí la Usco era una especie de colegio grande, comparado con el campus de *La Nacho*. Si bien, ya era un estudiante formal de la universidad, no puedo decir, que por ser universitario

me sintiera conforme con aquella decisión. Como ya he dicho, y lo reafirmo, como me iba a sentir identificado con la universidad, si desde un principio la carrera que estaba estudiando no era lo que a mí me gustaba, y peor aún, creo que los sueños también estaban involucrados, porque no me identificaba con los lugares ni con los espacios de interacción. Claramente, mis sueños no estaban en la Usco, ni mucho menos estaban asociados con la carrera de contador público, ni con la ciudad de Neiva.

Cuando finalizó el semestre en el mes de noviembre, les dije a mis padres que había tomado la decisión de no seguir estudiando Contaduría Pública, porque no era la carrera que a mí me gustaba “*Que deseaba regresar a Bogotá y seguir intentando estudiar filosofía en La Nacional (...) Que sabía que algún día lo lograría, y que para ello me debía preparar más para el examen*”. Fue una noticia que no le gustó mucho a mi mamá, pues en ese momento, casi llorando, me suplicó que no abandonara la universidad.

### ***¿La Distri dónde está? La Distri está en la calle haciéndose escuchar***

Cuando me enteré de la respuesta de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, anunciándome que había sido admitido al programa de Licenciatura en Ciencias Sociales, me encontraba en la playa bajo el sol de Santa Marta. Estaba disfrutando de las olas del mar y los atardeceres en la arena. Era mi primera en la Costa Atlántica, luego de un recorrido de unos 15 días *a dedo* como se dice popularmente, a *puro retaque*. Había partido de Bogotá con apenas \$250.000 pesos en el bolsillo, en medio de un viaje improvisado con el ánimo de iniciar una aventura y viajar por Sur América, pero iniciando por el norte de Colombia, con rumbo a Venezuela, Brasil y posteriormente, a los demás países del cono sur.

Para llegar a Santa Marta, pasé por todo el Magdalena Medio, tierra atestada de paramilitares. En la entrada de Puerto Boyacá existía un aviso enorme que decía “*Puerto Boyacá, capital antisubversiva de Colombia*”; este contenido me indicaba que me encontraba en la cuna del paramilitarismo. Recuerdo que para no asustar a mis dos compañeros, que eran Dimar y el viejo Hugo, no les hablé del libro “*A las puertas del Ubérrimo*” del senador Iván Cepeda, que por aquellos días pude leer. Pero, si sabía por sus páginas, que me encontraba en el lugar donde los paramilitares estaban intentando hacer un modelo en menores proporciones de un Para-

Estado, es decir, las instituciones del Estado colombiano sometidas a la lógica criminal de los paramilitares y políticos afines a dicha manera de pensar de la región. En el fondo, sabía que en ese pueblo era donde entrenaban y habían entrenado bandas de mercenarios y asesinos a sueldo, bajo las órdenes del famoso israelita Jair Klein, en los años ochenta.

Por momentos, se respiraba un miedo sutil que invadía nuestros corazones. Pero la verdad era que nosotros estábamos durmiendo en carpa y caminando como mansas palomas, en medio de una zona roja, un territorio donde existía el conflicto armado colombiano ¡Por dios!, antes no nos disfrazaron con camuflado y botas de caucho, con un fusil en la mano y un tiro en la sien, para demostrar las políticas de la seguridad democrática y hacernos pasar por falsos positivos; como era la lógica de las fuerzas militares para esos días. Con razón cuando llegamos al parque principal de Puerto Boyacá y nos dirigimos al primer restaurante que encontramos para poder desayunar, un hombre trigueño con poncho y sombrero nos advirtió que era mejor que saliéramos del pueblo sino queríamos tener problemas. También, una señora a la cuál le pedimos un vaso de leche mientras estaba ordeñando algunas vacas en la entrada de Puerto Boyacá, nos advirtió: “*Mijos, esta es zona de paracos, es mejor que no caminen por este lugar*”. Al final, en menos de media hora, ya estábamos de nuevo en la Panamericana, esperando un bus que nos llevara a cualquier destino hacia el norte. En esos momentos de espera y con los ánimos agitados, un soldado nos insinuó que ese pueblo era muy peligroso para los que andaban echando dedo y tenían el pelo largo y que era peor si fumaban mariguana, según nos informaba a través de lo que parecían sus cautas suposiciones.

De Puerto Boyacá, luego de estas referencias, salimos como *alma que lleva el diablo*. Fuimos a Puerto Berrio, donde hay petróleo hasta por las nubes y salen enormes bocanadas de humo de las petroleras. Agua Chica, San Alberto, Maicao, Riohacha, el Parque Tairona y Palomino fueron quedando atrás con el pasó de los días; hasta que por fin llegamos a la bella Santa Marta. Durante nuestra estadía supimos gozar del mar, la arena y la playa hasta saciarnos. Para ese entonces, estábamos el viejo Hugo y yo, Dimar había abandonado el viaje en Puerto Berrio por miedo a perder sus comodidades, a las cuales estaba acostumbrado como buen hijo de profesor de pueblo.

En Santa Marta, con la noticia de haber pasado a la Universidad Distrital, todo cambió y los planes de continuar hacia Venezuela se desplomaron como una cascada. Decidimos regresar a Bogotá nuevamente a formalizar mi ingreso a la universidad. Pero en el viaje de retorno, nos encaminamos por los Santanderes y cruzamos caminando desde la ciudad de los parques, como es conocida Bucaramanga, hasta el pueblo turístico de San Gil. Fueron unos 100 kilómetros en tres días, a punta de panela y agua, sumando algún aporte voluntario de los habitantes de la región. Atravesamos el estéril Cañón de Chicamocha y su famoso parque de diversiones. Ya extenuados por aquella caminata, los pies ampollados y el cuerpo maltratado, no nos quedó otra opción que pedir un salvavidas. Nos comunicamos con William, el hermano de Hugo, para que nos prestara dinero y así cubrir lo que nos faltaba para completar la ruta. Y así fue, desde el pueblo de Socorro directo a Bogotá llegamos en bus, bien cómodos, pero cansados del viaje que duró aproximadamente un mes. Fue una experiencia vivida entre tractomulas, buses, hostales de medio pelo, la carpa, los susurros de los paracos, potreros, casas de familia, volquetas, camionetas y cuanto transporte nos alzara. Esa fue una pequeña temporada de mi vida que trascurió entre los meses de abril y mayo del año 2009, previo a mi ingreso a la Universidad Distrital, y al mismo tiempo, representaba mi primer intento frustrado por salir de viaje *al sur*.

Al respecto, conviene decir que en Colombia se corre mucho riesgo para viajar *a dedo*, o *a carona*, como se le dice en Brasil o haciendo *auto stock*. Primero, por los grupos armados que se encuentran en los diversos territorios y ejercen un control en las diferentes vías del país, sobre todo, si son paramilitares. Segundo, por los habitantes de calle que se desplazan de ciudad en ciudad en busca de lo que no se les ha perdido, como buenos andariegos; tercero, por los diferentes grupos de jóvenes de las barras bravas de los equipos del fútbol profesional colombiano, que siguen a sus ídolos en todas las canchas y se movilizan por las vías del país, aprovechando que viajan en masa para robar; además portan *puñaletas* o cuchillos para asegurar su supervivencia en la cruda realidad de la carretera.

### ***El recorrido hasta La Universidad Distrital, sede La Maca***

Para el segundo semestre del año 2009 ya me encontraba de nuevo viviendo mi sueño de estudiar en Bogotá, no en *La Nacho*, pero si en la Universidad Distrital Francisco José de

Caldas, nombrada de este modo en honor a uno de los próceres de la independencia en Colombia, durante las primeras décadas del vertiginoso siglo XIX. Eran los primeros días del mes de julio, y lo primero que hice fue buscar una morada donde habitar. Con ese propósito me contacté con mi primo Gregorio López, quién era estudiante de Ingeniería Electrónica de la Distrital y vivía cerca de la sede de ingenierías, ubicada en la carrera séptima, frente a la Universidad Javeriana.

Luego de llegar a un acuerdo me fui a vivir con mi primo a una casa ubicada en el barrio Palermo en la localidad de Chapinero, en la calle 48 entre carrera 16 y 17. Una casa conocida por su estilo arquitectónico inglés. En la entrada tenía un pequeño antejardín con rejas de hierro y columnas de una piedra amarilla a la vista. Había unas pequeñas escaleras para ingresar a la casa; además toda su fachada era de un tipo de ladrillo fino sin repellar y unas diminutas ventanas en madera que permitían apreciar los cerros orientales. Era una casa de tres plantas, donde se conjugaban la madera y el concreto, y los pisos eran de madera que brillaba con el pasar de la cera. Con Gregorio compartíamos la habitación del tercer nivel. Una habitación abrigada, con espacio suficiente para dos camas y sus respectivos escritorios. En realidad, la estadía en esta casa fue muy cómoda y agradable. Allí, vivíamos estudiantes de diversas universidades, que con cierta frecuencia encontrábamos espacio para sentarlos a dialogar.

El barrio Palermo era modesto y tranquilo para caminar. Su construcción se remonta a las primeras décadas del siglo XX, donde empezaron a marcarse las diferencias sociales en Bogotá. Los políticos, familias adineradas y empresarios iniciaron un proceso de migración más allá del centro histórico con el ánimo de vivir en espacios con mejor diseño arquitectónico y con las condiciones necesarias para satisfacer sus necesidades particulares. La idea era encontrar lugares con mayor orden, zonas verdes, mayor tranquilidad, silencio y limpieza.

Para llegar desde el barrio Palermo hasta la Universidad Distrital, por lo general lo hacía caminando. Me agradaba mucho el trayecto, además, siempre he sido un caminante. Transitaba por la Universidad Católica, la Piloto, la Distrital y su Facultad de Ingenierías; atravesaba el Parque Nacional, en medio de árboles que contenían en sus hojas el *Esmog* de los carros, veía uno que otro deportista que trotaba o caminaba a la luz del día. Más adelante, me sumergía por

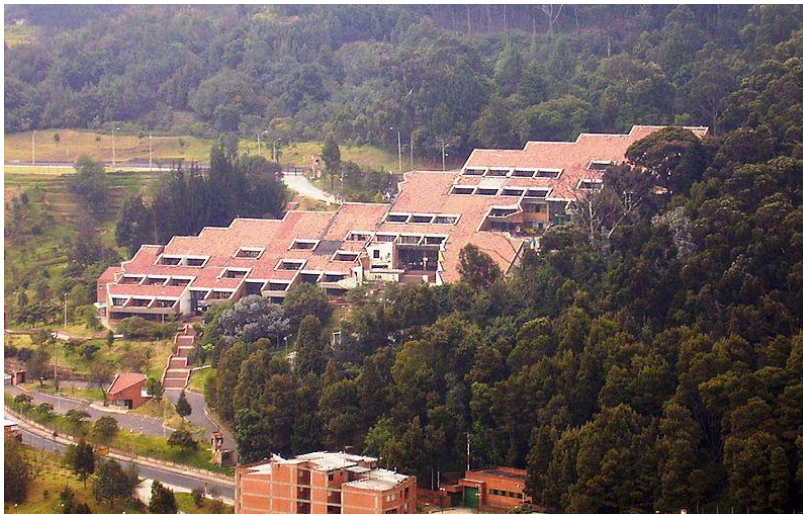
el barrio de La Perseverancia, por unas escaleras empinadas que me trasportaban hacia los cerros orientales. Me acuerdo que La Perseverancia era un barrio popular, que a simple vista era estigmatizado por cualquiera. En el parque central de *La Perse* como se le llamaba, estaba el busto de Gaitán, ya que allí también había pronunciado sus discursos y los obreros eran sus más fieles seguidores. Además, *La Perse* también era famosa por el festival de chicha tradicional que se celebra desde la década de los ochenta y su mercado tradicional campesino. Precisamente, los primeros habitantes del barrio fueron campesinos que empezaron a llegar a la ciudad, luego de la guerra de los Mil Días, y que con el tiempo hicieron parte de la capital. Muchos de los habitantes del barrio trabajaron para Bavaria, empresa que ayudó a gestionar el lote para la construcción de las viviendas, pero que en últimas, terminó impulsando el consumo de cerveza y la prohibición de la chicha.

Bavaria buscó posicionar a la chicha como un símbolo de bruteza, del pasado, de lo indígena, de la cultura campesina y a la cerveza como un símbolo de progreso y desarrollo de la ciudad. ¿Qué me iba a imaginar en esos recorridos por La Perseverancia que la familia materna de mi compañera de vida y de camino, Natalia del Mar, era de este barrio? Eso sí, fue una sorpresa cuando nos conocimos. Pasaba tan cerca de la casa de sus abuelos, pero tan distante de su presencia, que solo el tiempo tenía el privilegio de ser testigo silencioso de nuestro encuentro. Este era el recorrido principal para llegar a la Universidad Distrital, porque cuando salía de estudiar, en las horas del crepúsculo, me dirigía por el barrio La Macarena hasta llegar a la carrera séptima y buscar el destino que me llevara rumbo a la casa del barrio Palermo.

### ***La Maca***

La Macarena es la sede de ciencia y educación de la Universidad Distrital Francisco José de caldas. Ubicada en la localidad de Santafé, bajos las faldas de los cerros orientales, se levanta como un terreno empinado, con escaleras que van ascendiendo hasta el edificio de la facultad. Si uno quiere hacer ejercicio en Bogotá, no necesita más que subir las escaleras de La Distrital todos los días para quedar en forma y tener un buen estado físico. Me acuerdo que cada vez que llegaba a la cima, mi corazón palpitaba de manera sofocada y el frío de la ciudad se me escapaba

por entre los poros. A *La Maca* se llegaba un poco agitado, por eso, de vez en vez, era bueno hacer *un pare* para contemplar la ciudad.



**Fotografía 6.** Arcos (2022). *Universidad Distrital, Sede Macarena. Archivo Wikipedia*

La fachada de La Macarena es de ladrillo, a la vista color rojo marrón. La construcción y diseño estuvo a cargo de uno de los grandes arquitectos de Colombia: Rogelio Salmona, el otrora arquitecto que dirigió el diseño y la construcción de las famosas Torres del Parque, unos edificios altos que quieren tocar las nubes de los fríos cerros orientales. Su ubicación es contigua a La Plaza de Toros La Santamaría, detrás de El Planetario. El rojo de los ladrillos se eligió por ser el color preferido de Salmona, sumando espacios verdes que embellecen el decorado, con escaleras que se entrecruzan como serpientes. Cuando pasaba por Las Torres del Parque, me acordaba de Fernando Vallejo y su libro *El desbarrancadero*, cuando decía que su hermano Darío, el que murió de sida, había vivido en este lugar, en un apartamento pequeñito, desordenado y desastroso.

El interior de *La maca* está inundado de escaleras que también se entrecruzan como formando un laberinto. Escaleras van, escaleras vienen, de aquí para allá, de allá para acá. Para ir de un salón a otro, siempre están las escaleras; para ir al baño, para ir a la cafetería, a los auditorios, a la biblioteca, afuera y adentro. Es un mundo donde las escaleras son el puente principal de comunicación. Al principio, me costó guiarme por sus escaleras internas y de vez en

cuando me extraviaba, pero con el tiempo aprendí las rutas de memoria. Las escaleras también eran el lugar de espera para la clase de turno, porque los salones por lo general siempre estaban cerrados; uno se sentaba en las frías escaleras, mientras el celador abría determinado salón de clases. Los salones por lo general tenían puertas y ventanas que se comunicaban con un amplio balcón, que a su vez, conducía al techo, donde uno se podía subir a contemplar el cielo y la hermosa panorámica de la ciudad. El techo era de concreto, de color rojo, perfecto para el ocio, para descansar, sentarse a dialogar o leer las fotocopias de asignadas en las materias.

En las frías escaleras conocí a Julián, un tipo que vestía ropa de buena marca y siempre estaba bien presentado; su corte de cabello era estilo militar y se peinaba para el lado izquierdo; se piel blanca y una estatura de 1.65 cm. Casi siempre tenía un estado de ánimo serio t sonreía poco. Vivía en un buen barrio de Bogotá, en la zona de Galerías, en la localidad de Chapinero y tenía su propio apartamento. Su padre trabajaba en el gobierno de turno, por lo que su posición social era bien cómoda; sin embargo, no tenía nada que ver con algunos estereotipos de los estudiantes de las facultades de humanidades de la universidad pública. Siempre andaba peluqueado y ordenado; era buen lector, inteligente y ensimismado, porque poco le gustaba compartir con las personas; prefería estar donde no hubiese ruido. Con el tiempo nos hicimos buenos amigos y fue una de las personas que en un principio me ayudó con los asuntos académicos.

Señalo que Julián me colaboró en lo académico, porque para ese entonces su capacidad de análisis e interpretación de los textos, era más fina y aguda que la mía. Nos hicimos juntos en las exposiciones, en los talleres y hasta para presentar el informe final de todas la materias en el primer semestre. Reconozco que él terminó haciendo el trabajo y la exposición final, y por supuesto, obtuvimos buenas calificaciones. Para ese momento, yo sentía que el nivel académico de la carrera era más riguroso y potente de lo que yo esperaba o a lo que estaba acostumbrado, por eso tenía que hacer un esfuerzo mayor para poderme adaptar a la carrera. Esto lo logré con disciplina y trabajo, pues al cabo del primer año de clases, luego de leer los textos unas cuatro veces de manera rigurosa y profunda, podía señalar las principales ideas, tomaba apuntes, resaltaba los párrafos más importantes de la lectura y participaba en las socializaciones para despejar las dudas. Y claro, tenía que ser así, puesto que los profesores vociferaban y siempre



estaban comparando la licenciatura con las demás licenciaturas de la Universidad de Antioquia y la Universidad Pedagógica. Decían que la de nosotros era una de las mejores en todo el país, por no decir que era la mejor, Esto los llenaba de orgullo, y de paso, a mí me iba creciendo el ego intelectual.

En ese momento, reconocía que en la licenciatura había estudiantes con buen rendimiento académico, pero creía que, a pesar de que ellos y yo habíamos estudiado en colegios públicos, estudiar en Bogotá otorgaba una ventaja mayor frente al resto de las regiones, debido a las posibilidades que existen en el universo cultural e intelectual de la capital, reflejadas en las excelentes bibliotecas, dotadas con miles de libros, salas de exposiciones, cines, eventos académicos, cursos de lectura, museos, teatros y buenas librerías. Para mí también era un mundo nuevo, con una oferta cultural muy amplia comparación con mi pueblo.

En San Agustín, apenas se realizaba por esa época uno que otro evento cultural, por lo general, enfocado en lo folclórico, como sucede con la festividad insignia de San Pedro. En estas celebraciones se baila sanjuanero, se canta el sanjuanero, se escucha el sanjuanero y en los colegios se enseña sobre el sanjuanero, sí, todo es sanjuanero. A mitad de año, para el mes de junio, solo se ven reinas, caballos, se escucha música popular y se multiplican los borrachos en todas las calles del pueblo. En las cabalgatas, es frecuente ver presumir a los gamonales y terratenientes de la región, mientras las personas se reúnen en el parque principal para debatir cual es el caballo que mejor paso tiene, ya sea de trocha, galope o paso fino. Diría que por los caballos se puede, de manera superficial, conocer la mentalidad de los participantes y la familia a la que pertenecen. Esta es la cultura a la que estaba acostumbrado y no a la de las librerías, teatros, conciertos, poetas y eventos académicos.

En la universidad descubrí que algunos de mis compañeros ya tenían una identidad política o cultural definida. Por ejemplo, Julio, que era un tipo delgado y de nariz aguileña, con cabello ondulado y largo, era seguidor del Anarquismo y estaba en un movimiento juvenil llamado Minga Techotiva, con sede en el sur de la ciudad; Jairo Angarita, un muchacho barbado, conocía bastante de la religión católica y sobre el universo jesuita, siempre tenía en su memoria las ideas de Camilo Torres, Simón Bolívar y Santander, además, era un buen historiador; Laura, una chica

delgada, feminista y mestiza, defensora de los derechos humanos, siempre involucrada con el movimiento estudiantil; Gonzalo, un lector empedernido, que constantemente bajo su brazo portaba el texto de algún filósofo, por eso conocía sobre Marx, Kant, Vallejo, Fernando González y Estanislao. En cambio, yo no tenía identidad política, ni cultural. Si bien es cierto que conocía algunas teorías políticas, no me encasillaba por completo en ellas. Pero eso no me acomplejaba, al contrario, me sentía orgulloso de mis orígenes y de mi pueblo. Para mí era un motivo de orgullo invitarlos a conocer San Agustín, a disfrutar de su magia, su pasado ancestral y sobre todo, su riqueza arqueológica.

Teniendo en cuenta la diversidad política y cultural de mis compañeros, las clases eran muy participativas y estaban llenas de preguntas y dudas. Eran muy enriquecedoras y se aprendía bastante en la interacción. En las horas del descanso, las charlas y diálogos eran muy amenas, acompañadas de un tinto, en cualquiera de los miradores de La Macarena, en especial, si uno se encontraba en la plaza *La aburrida*, conocida así según los relatos, por una escultura de una mujer que se encontraba cabizbaja, con expresiones de tristeza o melancolía. Pero de aburrida la plaza no tenía nada, era todo lo contrario, un lugar para el arte, la cuentería, el café, los vinos, la contemplación de la ciudad y múltiples eventos.

La Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales (LEBECS), contaba con una planta de profesores excelente. Eran investigadores, publicaban en revistas indexadas, iban a dar conferencias a otras universidades, tenían revistas y semilleros de investigación, publicaban libros y en su gran mayoría ya tenían doctorados realizados dentro y fuera del país. Dentro de la planta docente se reconocían antropólogos, politólogos, historiadores, geógrafos, filósofos, lingüistas, sociólogos, y licenciados en ciencias sociales; por esta razón, en la licenciatura existía una diversidad de formas y maneras de interpretar, analizar y comprender la sociedad. En *La Distri*, yo ya sentía y percibía como un estudiante universitario, pues sabía que estaba ampliando mi referente teórico y conceptual para transformar la sociedad y comprendía de manera más profunda la realidad política, social y cultural del país.

Cuando retornaba a San Agustín, en tiempo de vacaciones, sentía que mi intelectual continuaba creciendo lentamente. En las conversaciones con mis amigos o con estudiantes de

otras universidades como la del Cauca o la Surcolombiana, yo intentaba que se notara mi crecimiento intelectual y teórico adquirido en la Distrital. En ese sentido, yo conocía un poco de Historia, Antropología, Ciencia Política, Geografía, Sociología, Psicología y Filosofía, respaldado en un campo teórico amplio de autores y teorías. Además, percibía un cambio en mi lenguaje, pues ahora era más técnico y especializado, propio de la academia, dándole una mejor perspectiva a mi subjetividad. En las conversaciones, empezaba a citar autores y sus planeamientos e inevitablemente me sentía más inteligente por los saberes aprendidos. Estaba convencido de que estudiar en Bogotá me daba cierto estatus académico frente a las universidades de otras regiones; por eso en los diálogos quería destrozarse los argumentos y opiniones de los demás, intentando dejar en evidencia que mi opinión era la más acertada. En el trasfondo lo que se evidenciaba era una lucha de poder epistémico.

El único lugar en San Agustín donde se socializaban las Ciencias Sociales y asuntos académicos era la fundación KAFCA, un lugar para la promoción de la cultura. Su coordinador, Humberto Ordoñez, era de los pocos intelectuales del pueblo, que con regular frecuencia invitaba al lanzamiento de un libro o programaba charlas magistrales. Por lo general, siempre asistíamos las mismas personas. En estos encuentros conocí a William Ospina, Nahum Montt, el escritor de *El esquimal y la mariposa*, Piedad Bonet y su hermosa poesía, Robert Drennan, Héctor Ilanos, Antanas Mockus, entre otros. Después de cada conferencia, nos quedábamos en la fundación con el círculo más cercano, compartiendo entre música y vinos hasta la madrugada. Se escuchaba canción social, y al finalizar, Humberto siempre hablaba de la nostalgia de la revolución cubana y de su frustración al no formar parte de la guerrilla. Eso era lo que el vino nos mostraba, en un círculo reducido de académicos y en medio de las frías noches y los pocos campos de fuga de San Agustín. Por esos días, ya empezaba a identificarme como un intelectual, como alguien que deseaba el conocimiento y mantenía una estrecha relación con los libros, los autores, y las teorías.

### ***Líneas de pensamiento en la LEBECS***

Ahora bien, revisando los cuadernos de las materias de la Licenciatura en Sociales, que aún conservo después de más de 10 años y que siempre me acompañan donde quiera que vaya; puedo

decir, que en los tres semestres que estudié de Sociales, se identifican tres grandes líneas de pensamiento; no sobra decir que esta es una interpretación mía, porque a lo mejor durante estos años la malla curricular de la licenciatura presentó cambios y ajustes.

La primera línea de pensamiento tiene que ver con los procesos ontogenéticos y filogenéticos y la componen las siguientes materias: desarrollo afectivo valorativo, desarrollo cognitivo, procesos de aprendizaje y análisis del discurso; la segunda línea de pensamiento está relacionada con el campo de las Ciencias Sociales y cada una de sus disciplinas, con sus respectivas materias: pensamiento en ciencias sociales, historia de la pedagogía, instituciones sociales, pensamiento analítico y dinámicas regionales; la tercera línea de pensamiento político está integrada por las siguientes materias: historia del socialismo, geopolíticas del siglo XIX y XX, y revoluciones burguesas.

En primera instancia, tengo de decir que la línea de pensamiento con la que más afinidad tengo es con la política. Las clases de geopolíticas del siglo XX y XXI, estaban a cargo del profesor Miguel Ramírez, quien tenía un buen sentido del humor en sus explicaciones. Era delgado, siempre con su gabán, tenía una voz chillona y pegaba unos brincos un poco dramáticos que nos hacían reír; decía que los movimientos estudiantiles no le querían por sus posiciones anarquistas y se burlaba de los estudiantes que quemaban banderitas de los Estados Unidos en la Plaza de Bolívar. Por su puesto, yo era uno de ellos, de los que salíamos a marchar en defensa de los intereses de un Estado Social de Derecho, porque si algo si caracterizaba a los estudiantes de sociales de La Distrital, era salir a marchar a la Plaza de Bolívar o a *taponar* la vía Circunvalar, agarrándose a piedra con el Esmad. En las calles del centro histórico retumbaba “*¿La Distri dónde está? ¡La Distri está en la calle haciéndose escuchar!*”.

Ramírez, de manera sarcástica, nos mandaba a estudiar, a leer, a investigar. Decía que la revolución se hacía con la teoría y que el conocimiento era parte fundamental de cualquier proyecto de cambio y transformación social.



**Fotografía 7.** Arcos (2009). *Marchas en Bogotá.* Archivo personal

El profesor Ramírez había estudiado ciencia política, sociología e historia en Rusia y Suiza. Era un pensador occidental y un fiel anarquista, a pesar de que en sus clases no hablaba de anarquismo. Pero por los rumores de pasillo de la, se sabía de su afinidad política con el movimiento. Varias veces lo encontré como ponente en algunos espacios donde se impartían charlas o conferencias. No obstante, para sus clases leíamos a Max weber, Carl Popper, Platón, Keynes, George Orwell, Hegel, sobre guerras mundiales.

En su primera clase, nos habló de la importancia de la geopolítica en el mundo y la constitución de bloques como la Unión Europea, el BRIC, FMI, ONU, BM, OMC. Nos hablaba de cómo en el mundo ya no imperaba una sola potencia mundial, como Estados Unidos, sino que estábamos transitando a un mundo multipolar, con China, Rusia y los nuevos bloques económicos y políticos. Decía que la política era una ciencia que nos permitía leer la complejidad del mundo. Siempre citaba a Max Weber, comentando que “la política era toda acción en búsqueda del poder” y el “poder la capacidad de imponer la voluntad a otros, incluso contra una eventual resistencia”; esas eran las definiciones de poder y política, es decir, la política genera cohesión por medio de la fuerza, la represión, y la imposición. Por otro lado, la política se legitima por medio de los discursos, las ideologías, la mistificación y su debida justificación, según sean las conveniencias de determinado actor político.

Para el docente Miguel Ramírez, siguiendo a Weber, el Estado moderno debe racional y próspero en el contexto del capitalismo moderno, en medio de la lucha bélica por parte de la

clase burguesa. Y además, el Estado se funda en una burocracia profesional como manera de organizarse y un derecho racional. En este escenario, existen funcionarios profesionales y bien especializados que trabajan como un ejército en la defensa de determinado régimen político y administrativo. El estado racional moderno, controla el dominio de las instituciones y tiene el monopolio del poder legítimo de la ley y las armas de las fuerzas militares. El Estado es un aparato burocrático, nos decía Ramírez cada vez que hablaba. Desde la perspectiva sociológica funciona como una empresa que arroja riqueza para quien está en el poder, y cierta estabilidad económica para quienes les genera dependencia (por medio del empleo, el sueldo, la pensión y el ascenso).

Por otro lado, el profesor Ramírez analizaba que históricamente en el desarrollo de las sociedades han existido las visiones totalitarias del mundo, donde no se aceptan otras formas de pensar y sentir, sino que se impone un pensamiento hegemónico y totalizador. Así lo expresaba Popper, explicaba Ramírez, “existen sociedades abiertas y sociedades cerradas”. La sociedad abierta se caracteriza por que los individuos adoptan decisiones personales, libres y se puede hacer uso de la racionalidad y el pensamiento. Este tipo de sociedad abierta es abstracta, porque no se cuenta con la presencia de los otros, y se resaltan el individualismo, la competencia, la envidia y la ambición. Mientras que la sociedad cerrada, apela a los instintos más tribales y pasionales. No importa el individuo sino la comunidad, lo mágico y lo colectivo. Este tipo de sociedad es tribal, y se lo compara con un organismo interrelacionado. Fueron los griegos quienes dieron los primeros pasos para diferenciar la sociedad cerrada de una sociedad abierta, transitando de una sociedad mítica a una forma de sociedad basada, ordenada y planificada por la razón.

Los planteamientos de Ramírez tenían también el fin de analizar la primera y la segunda guerra mundial. Eran espacios temporales donde se reflejaba el tipo de sociedad cerrada, que no permitía la diferencia, y permanecía bajo el pensamiento totalitario de los diferentes ismos. El ismo del comunismo, socialismo, fascismo, nazismo, franquismo. Todos los ismos van a los extremos, son cerrados, autoritarios, hegemónicos, y totalitaristas. El profesor era crítico de todas estas posturas políticas, porque pensaba que dichos planteamientos imperaban con el ánimo de coartar la libertad de los individuos.

En las clases de Historia del Socialismo, a cargo del profesor Frank Molano, se hacía una apología al socialismo. El profesor nos contaba que el movimiento nació como una alternativa al sistema económico capitalista del siglo XIX, luego de una serie de acontecimientos como la Revolución Francesa y la Revolución Industrial, que cambiaron el mundo de manera rotunda. En ese ejercicio genealógico e histórico, el profesor Frank nos informaba las características y autores de los diferentes socialismos, ya que no se puede hablar de un solo Socialismo en general, sino que se tiene que especificar la corriente. En primer lugar, se puede hablar de un socialismo utópico, donde no existe el sujeto histórico; un segundo socialismo es el anarquista; el tercero, el socialismo marxista; el cuarto, el socialismo que lucha progresivamente contra el capitalismo por medio del parlamento de la Internacional Socialista; un quinto socialismo es el planteado por Vladimir Lenin, que se sustenta en la organización política para la toma del poder por medio del partido, pero siempre y cuando se transformen las estructuras de la sociedad y la cultura.

En este sentido, el profesor Frank Molano, nos decía que los primeros socialistas utópicos fueron (Charles Fourier, Saint Simón, Robert Owen, Etienne Cabet y la peruana Flora Tristán). Lo que buscaban este tipo de autores era crear una sociedad más justa e igualitaria, para que los individuos vivieran de manera más pacífica y en condiciones económicas dignas. Hay que resaltar, que cada autor tenía sus planteamientos, por ejemplo, Charles Fourier proponía un Falasterio, un tipo de vida en comunidad con un proyecto político y económico que beneficiara a todos sus ciudadanos. En este tipo de comunidad, no existe la propiedad privada, se trabaja la tierra de manera colaborativa y se trata de vivir una vida auto sostenible, con los productos que se producen en el interior de la comunidad.

En el Falastario, se tenían que construir grandes edificios para la vivienda de sus habitantes, donde por lo general moraban unas 300 personas. Estos edificios estaban dotados de bibliotecas, talleres, comedores, salas de reunión, salas de estudio, hospedaje para viajeros, salas de baile. Es decir, ajustados con las mejores condiciones para sus integrantes. En este tipo de proyectos los espacios son comunes y prima lo colectivo.

Molano nos explicaba que en el caso de Owen se promovía una sociedad más igualitaria. Desde su perspectiva como empresario, buscaba elevar los salarios a los trabajadores, brindar una buena seguridad social y condiciones dignas de vivienda, educación y salud. Por su parte, Etienne Cabet planteaba la conveniencia de una sociedad ideal. Para ello expuso sus ideas en la novela “Viaje por Icaria”. En Icaria, hay una lengua propia, no se compra ni se vende nada, se le paga a los visitantes por estar allá y se corre con todos los gastos, por eso está prohibida la moneda y el uso del dinero; además, las casas tienen fachadas inglesas o francesas y los barrios poseen bonitos jardines y maravillosas aceras.

Estas eran algunas de las ideas de los socialistas utópicos que analizábamos con Molano, a las que según Federico Engels, se les conoce como socialistas utópicos por sus planteamientos poco realistas y difíciles de llevar a cabo en la vida real. No obstante, yo pensaba que el aporte de los socialistas utópicos radicaba en la capacidad de invitar a pensar y diseñar un mundo diferente al planteado por el sistema económico capitalista, que de acuerdo con el profesor Molano, se caracterizaba por el monopolio, la gran industria, las multinacionales, la competencia, el progreso, el desarrollo y el confort.

Posteriormente, en la mitad del siglo XIX se inauguró una nueva etapa del Socialismo con las teorías de Carlos Marx. A este tipo de socialismo se lo conoce como socialismo real. El profesor era feliz hablando del marxismo, se acomodaba las gafas y la boina y se abalanzaba contra el tablero de manera apasionada a explicar las diferentes teorías. El tablero en menos de nada, se llenaba de ilustraciones, mapas conceptuales y anotaciones de todo tipo. Nos señalaba que si bien, en el transcurso de sus clases, apenas había tiempo para leer el manifiesto del partido comunista, la idea era incitar y provocar la lectura de los tres tomos de El Capital y de la Ideología alemana, entre otros.

Con Marx, me quedó claro el concepto de la lucha de clases, recordando cuando durante mi primera etapa en Bogotá ingresé a trabajar en la empresa de Pollos Andino. Desde la perspectiva marxista, yo había sido un simple proletario, que todos los días de la semana madrugaba a vender mi fuerza de trabajo a cambio de un salario para poder pagar mi arriendo, la comida y los gastos personales; y lo poco que me quedaba, lo debía destinar como un ahorro para el estudio. Claro,



en ese momento gracias al enfoque marxista tomé conciencia de que, en este trabajo, mi condición era la de un obrero que estaba trabajando en circunstancias de explotación para el dueño de la empresa, cumpliendo largas jornadas laborales y en horarios por fuera de lo establecido. Peor aún, esas horas extra ya no las pagaban como tal, debido a las reformas laborales en el gobierno de Uribe. Sabía a qué horas ingresaba a marcar tarjeta a la empresa, pero no tenía hora de salida. Así, las ocho horas de trabajo se prolongaban algunos días a 12, o 15 horas, mientras que el dueño, al que nunca conocí, era quien disfrutaba de las utilidades y riquezas producidas por parte de los trabajadores asalariados. Yo era el simple proletario, una herramienta en el engranaje de la producción de la economía capitalista, y el dueño, el señor burgués, era el propietario de la empresa en la que trabajaba.

Por su parte el Socialismo Anarquista, como lo nombraba el maestro Molano, tenía una política que consistía en rechazar cualquier forma de autoridad que se ejerciera desde el Estado. Para los anarquistas, el estado es una institución represora de las libertades de los seres humanos, que se siente con el derecho de ejercer la fuerza por medio de las armas. Los anarquistas rechazan la idea del marxismo respecto a las clases sociales, no buscan la toma del poder, rechazan las luchas políticas y propugnan por la construcción de alternativas asociativas y comunitarias, donde el individuo sea consciente de sí mismo y no necesite de la regulación de instituciones externas.

Por último, en la clase de Historia del Socialismo se analizó como el marxismo se consolidó y afianzo en la Europa Occidental, con pensadores como Lukács, Korsch, Gramsci, Marcuse y Walter Benjamín, Lefebvre, Adorno, Sartre, Althusser y la escuela de Fráncfort. Lo anterior hasta la desaparición de la Unión Soviética, con la caída del muro de Berlín. De acuerdo con los textos trabajados en clase y sus respectivos autores, el profesor Frank Molano siempre nos interrogaba con las siguientes preguntas: *¿Cómo sería mi vida en un proyecto socialista? ¿Qué experiencias sociales podrían referirse o asociarse con dichos proyectos? ¿Qué críticas personales hay a las posibilidades de desarrollar tales propuestas?*

Estas preguntas, retumbaban en mi cabeza, ya que para ese tiempo me costaba trabajo imaginar una sociedad diferente a la que estaba acostumbrado y en la cual había crecido, con

todas sus creencias y formas de hacer política, economía, cultura y educación. Por supuesto, las ciencias sociales eran una herramienta para leer la sociedad y transformarla por medio de una revolución; era consciente de que para hacer ese tipo de cambios que se proponían desde estas corrientes, debía haber proceso gradual, de largo aliento, que implicaba la transformación de la subjetividad de la sociedad. Tal vez, el referente más cercano de un proyecto socialista era el modelo cubano, un símbolo de dignidad y heroísmo de un pueblo.

Cabe señalar que en la clase de Revoluciones Burguesas, con el profesor Carlos Julio Buitrago, trabajamos las principales ideas de Marchal Berman, Eric Hosbaun y Fernan Braudel en torno a las lecturas de La Modernidad, los orígenes del Capitalismo, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. De igual forma, admirábamos estos procesos revolucionarios por haber transformado la política y la economía en el mundo. Ciertamente, la influencia de la Revolución Francesa desde su carácter ecuménico permitió que sus ideas llegaran a suelos americanos. Inspiraron la independencia por parte de los criollos y mestizos de Colombia frente al imperio español. Sin duda, la Revolución Francesa fue un proceso dónde se acabó con el viejo orden monárquico y se convirtió en la base para los nacionalismos, los partidos políticos, la separación de poderes en el orden político del Estado, y lo más importante, para la expansión de las ideas de libertad, fraternidad e igualdad.

De este modo, mientras que en Francia se desarrolló la Revolución Francesa, Inglaterra fue la cuna de la Revolución Industrial y consolidó el sistema económico del capitalismo. Las ciudades empezaron a llenarse de obreros campesinos que abandonaban sus campos con el ánimo de trabajar en una fábrica por largas horas de trabajo, los ríos empezaron a sufrir con las toneladas de desperdicios que salían por las cañerías; el aire se empezó a manchar con las fumarolas negras que salían de las chimeneas de las fábricas; batallones de obreros repetían movimientos mecánicos y la producción se aceleraba de manera masificada, por lo que la búsqueda de mercados se hacía más que necesaria. Fue así como las ciudades en el siglo XIX comenzaron a ser el símbolo del progreso y la civilización.



**Fotografía 8.** Arcos (2009). Cuadernos de Ciencias Sociales. Archivo personal

Ahora bien, considero importante hacer un esquema de la línea de pensamiento de filogenia y ontogenia y la línea de pensamiento en Ciencias Sociales, con el objetivo de conocer los planteamientos teóricos que hacen parte de la formación en la licenciatura en Ciencias Sociales, teniendo en cuenta materia, autor trabajado en cada área y temas de reflexión.

**Tabla 1.**

*Línea de pensamiento en filogenia y ontogenia*

Materia	Autores	Temas
Desarrollo cognitivo y procesos de aprendizaje.	Humberto Maturana	El lenguaje, las emociones y la educación
	Jerome Bruner	Teoría del desarrollo, lenguaje y desarrollo cognitivo Neurociencia y ontogenia
Desarrollo Cognitivo y procesos de aprendizaje	Jerome Bruner	Lenguaje, significado, cultura, revolución cognitiva
	Jean Piaget	Representación, asimilación, acomodación, constructivismo cognitivo, y teoría del desarrollo ontogenético
	Lev Vygotsky	Giro lingüístico en psicología, desarrollo e interacciones sociales, lenguaje
	Sigmund Freud	El incesto, el tótem y tabú Neurociencia y ontogenia
Desarrollo afectivo valorativo	Michael Cole	Filogenia, teorías de la evolución de la especie humana desde la perspectiva científica
	Erik Erikson	Etapas del desarrollo
	Sigmund Freud	Etapas del desarrollo del niño desde una perspectiva psicoanalítica y la construcción del YO
	Jean Jacobo Rousseau	Lectura del texto el Emilio

Nota: información tomada de los cuadernos de la licenciatura

**Tabla 2.**  
*Líneas de pensamiento en Ciencias Sociales*

<b>Materia</b>	<b>Autores</b>	<b>Temas</b>
Pensamiento analítico creativo	Edgar Morín	Educación
	Karl Popper	Reflexiones en torno a la ciencia, la falsación de teorías, los presocráticos y la racionalidad
	Platón.	Teoría del saber.
	Thomas Kuhn	El desarrollo de la ciencia y sus respectivos cambios.
	Rene Descartes	La importancia de la Razón, del sujeto y la duda metódica.
	¿Preguntas?	¿Por qué la educación no enseña a pensar? ¿Por qué la educación reprime el pensamiento crítico? ¿Por qué la educación solamente tramite datos e información? ¿Cuál es la importancia de la creatividad en la educación?
Dinámicas Regionales		Preguntas, historia y definiciones de la Geografía.
		¿Qué es la geografía? ¿Cuál es la importancia de la geografía en las ciencias sociales? ¿Por qué la geografía es una ciencia?
		El legado de Humboldt y Carl Ritter. . Geografía radical, geografía humanista, geografías posmodernas
	Olivier Dollfus	Concepción del concepto de espacio geográfico. Diseño del espacio urbano.
Pensamiento en Ciencias Sociales		Preguntas, historia y definiciones de historia, ciencia política, sociología y geografía ¿Qué son las fronteras? ¿Qué es el estado? ¿Qué es el poder? ¿Qué son las instituciones? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es el espacio geográfico?
Historia de la pedagogía	Jaume Aurell	Definición, características y genealogía de las diferentes corrientes históricas del siglo XX
	Carlos Antonio Aguirre Rojas	La historiografía occidental Historiografía de la educación
	Jorge Arlando Melo Gonzales	Historiografía colombiana
		Historia de la educación y la pedagogía.
Análisis del discurso	Gunther Rolf Kress	Características y definiciones de discurso, texto y lenguaje.
	Edmund Husserl	¿Qué es la fenomenología? ¿Qué es la epojé fenomenológica? Actitud natural, conciencia intencional y conciencia trascendental
	Jerome Bruner	Modalidades del pensamiento (paradigmática y relatos)
	Martin Heidegger	El dasein y el concepto del ser
	John Platt	La era pos humana y la inteligencia artificial
		Poesía e ironía en el lenguaje

Nota: información tomada de los cuadernos de la licenciatura



Fotografía 9. Arcos (2009). Cuadernos y pensamientos sobre Ciencias Sociales. Archivo personal.

**El ocaso de la razón**

Sin lugar a dudas, existen momentos en nuestras vidas en los que nos encontramos con personas, ideas, teorías o escritores, que dejan una huella imborrable en nuestra existencia; a tal grado que su forma de ver el mundo se convierte en un faro de luz para guiar nuestro caminar por la senda de la vida. Es como si las ideas de algunos pensadores “se metieran en nuestros

pensamientos y para corroer el alma, mostrándonos que el camino del conocimiento es más absurdo y fangoso, de lo que habíamos imaginado” (Guerrero, 2021, p. 93).

Fue justo para finales del mes de agosto del año 2010, mientras estaba estudiando la Licenciatura en Ciencias Sociales, que comenzaron a llegar a mis manos los libros de Carlos Castañeda, Srila Prabhupada, Krisnamurty, Taisha Abelar, Florinda Doner, Eckhart Tolle, Samael Weor y Alejandro Jodorowsky, entre otros. Fueron ellos, quienes con sus ideas y maneras de interpretar el mundo, la vida, la sociedad y el ser humano empezaron a socavar los sueños de la razón, al plantearme otras formas de conocimiento del ser humano desde una perspectiva filosófica diferente, potente y profunda. Por esos días, también empecé a asistir los martes y jueves a conferencias de la Gnosis, en una casa de dos plantas por la avenida 54 con carrera 20. A la entrada de la casa había un pequeño letrero en madera color azul, con un sol en el centro y tres llamas de fuego que partían desde el medio del círculo, con unas letras color dorado que decían: *Gnosis*. En el primer piso se encontraba una escalera de concreto en medio de una escueta sala que conducía al segundo nivel. Todo se veía desolado porque estaban en remodelación. El polvo que se adhería a las paredes y los escombros se apilaban en el suelo. En el segundo piso se encontraba una habitación que había sido transformada en un salón de clases, con algunas sillas rimax de color blanco y una pizarra donde quedaban grabados los garabatos del profesor, llamado Antonio. En la parte superior del tablero se hallaba una imagen en blanco y negro de Samael Aun Weor que contemplaba a los asistentes. En la otra habitación estaba ubicado el templo donde los más avanzados en la Gnosis hacían sus prácticas y rituales. En el resto de la casa vivían algunos miembros de la organización, pero este era un espacio reservado.

Antonio era mestizo, con cara fina, nariz aguileña, delgado y siempre usaba unas gafas grandes que le cubrían gran parte de su rostro. Tenía una voz clara, suave y vestía con pantalones de sastre y camisa de manga larga. Siempre estaba muy formal. Reía poco, lo que daba la impresión de que era una persona seria, disciplinada y muy dedicada en su trabajo. En las clases lo primero que nos enseñó fue que la gnosis es un conocimiento que se remonta a las grandes culturas como la de los griegos, los mayas, los incas, el budismo y los vedas. Es un conocimiento que hace referencia al estudio e investigación de uno mismo, partiendo del axioma socrático de “conócete a ti mismo”. Siempre ha existido en todas las culturas de la humanidad, allí donde el

hombre busca saber ¿quién es, para dónde va, de dónde viene?, explorar su vida interior y hallar respuestas a preguntas existenciales que le quitan su paz, lo inquietan y despabilan su sueño. En este contexto, la Gnosis me fue presentada como un conocimiento universal del ser humano, el cual no se restringe a una determinada religión.

El profesor Antonio, de manera paciente, nos hablaba de los grandes temas que ocupaban el pensamiento de los gnósticos. Entre ellos, el desarrollo de la personalidad, los egos, los múltiples yoos que habitan en cada uno de nosotros, los chakras, la naturaleza de todo en el universo formado por luz, calor y sonido, el cuerpo astral, karma y dharma. En fin, un sinnúmero de ideas y teorías que contradecían lo que estaba estudiando en la Licenciatura de Ciencias Sociales, estructurada bajo el imperio de la razón. Las teorías gnósticas se me presentaban como un abanico de nuevas interpretaciones del ser humano. Me daba cuenta que los gnósticos contemplaban al ser desde una perspectiva psicológica, filosófica, metafísica y esotérica anclada en algunas tradiciones filosóficas de oriente y de las antiguas culturas andinas.

El profesor se refería al ser humano como una máquina y esta idea me parecía descabellada, desmedida, mecánica y fría. Consideraba que los gnósticos eran muy extremistas al comparar los seres humanos con una simple máquina, porque una máquina es algo mecánico, de hierro, que se puede apagar y prender; así, mientras que nosotros somos personas que sentimos, pensamos, tenemos deseos, sueños, necesidades y problemas, una máquina no piensa, ni siente, no se emociona, no llora ni grita. Antonio sostenía de manera categórica que la idea de máquina humana se basa en la subsistencia, dónde el ser humano solo se preocupe por satisfacer las necesidades básicas de la vida como comer, dormir, satisfacer deseos, tener una casa donde protegerse del clima, trabajar, y procrearse. Era una idea que no compartía. Me costaba trabajo comparar al ser humano con una simple máquina, era una idea que me fastidiaba y me incomodaba. No podía admitir esa descripción reducida y limitada del ser humano en general.

Pero todo era una metáfora, una representación simbólica que describe el estado actual del ser humano, enajenado, inconsciente y alienado, lejano de su propia realidad interior. Era un recurso de confrontación, que retaba mi propia autodefinición como ser humano y ampliaba mis cuestionamientos ontológicos, permitiéndome la posibilidad de percibirme no solo como un ser

de carne y hueso con emociones, sentimientos y pensamientos sino como un alma. Allí, lo que más me entusiasmaba era las meditaciones y ejercicios que los gnósticos practican para lograr el conocimiento y el desarrollo de la conciencia. Por ejemplo el ejercicio que se denomina *La clave sol*, me parecía interesante, porque me convocaba a una auto-observación constante. Consistía en lo siguiente:

S-SUJETO: ¿Quién soy yo?

O-OBJETO: ¿Qué estoy haciendo?

L- LUGAR: Plano físico.

*La clave sol*, según el profesor es la herramienta que nos permite ser conscientes del despertar de la conciencia, porque por medio de esta somos conscientes de la identificación, la fascinación y la atención que se da en un determinado momento de la vida diaria, en cuanto a nuestros pensamientos y emociones. “*Por ejemplo –decía- imaginémonos que pasa una mujer hermosa, con minifalda y un vestido escotado, que por su hermosura atrae nuestra atención. Nuestra mente y emociones se ven arrasadas por un campo de atracción*”. *La clave sol* es ser consciente de que yo soy ese sujeto que me dejo fascinar por los atributos de esta bella mujer, que va pasando por un determinado lugar. Mis pensamientos se ven arrasados, atrapados, identificados y enredados por la belleza de la dama y entonces la mente comienza a imaginar cómo sería esta mujer si estuviera desnuda y un sinnúmero de especulaciones.” (Sánchez, 2009) En este sentido, el ejercicio se usa para hacernos conscientes de que debemos estar atentos, pendientes y presentes en el aquí y en el ahora; para no identificarnos ni dejarnos fascinar por cualquier acontecimiento cotidiano. *La clave sol* servía para analizar y observar nuestra vida y nuestra subjetividad, siendo conscientes para no actuar de manera mecánica y automática.

Así, para poder aplicar *La clave sol* en la vida diaria me compré una agenda dónde registraba de manera detallada, cuantas veces fuera necesario, lo que sentía y pensaba. Anotaba si estaba triste, alegre, si sentía rabia, envidia, celos, egoísmo, en fin, ser consciente de mí mismo en cada momento de la vida con el ánimo de transformar dichos sentimientos, pensamientos, emociones y tratar de explorar sus causas con el ánimo de transformar y cambiar mi sensibilidad. Auto-observarnos para no seguir actuando de manera mecánica y automática. Cada acto de la vida se debía realizar de la manera más consiente, nos decía Antonio. Cada apunte en la libreta era



una auto-observación de nuestra propia subjetividad, de lo que pensamos, sentimos y deseamos. Era una tarea titánica de autoconocimiento.

Para poder entender de manera detallada *La clave Sol* que Antonio nos había explicado, nos puso como tarea leer el libro *El poder del ahora* de Eckhart Tolle, en el cual se hace una síntesis de las filosofías orientales. Con Antonio, profundizamos especialmente el tema del control y manejo de la mente: la tarea consistía en observar los pensamientos para empezar a vivir en el aquí y en el ahora. Por lo general, decía Antonio, nuestros pensamientos están en el pasado o en el futuro, pero rara vez nuestro pensamiento está en el presente. Lo que tenemos que hacer, es ser conscientes de nuestros pensamientos en cada momento de nuestras vidas y darnos cuenta que la mente es una herramienta que debemos educar y aprender a usar de manera consiente. La mente, según los planteamientos de Tolle (1999), se ha convertido en ese verdugo que no permite conectarnos con el ser y terminamos distanciándonos de nuestra vida interior. En este sentido, Tolle considera que:

La mente lo está usando. Usted está identificado inconscientemente con ella, de forma que ni siquiera sabe que es su esclavo. Es casi como si estuviera poseído sin saberlo y por lo tanto toma a la entidad que lo posee por usted mismo. El comienzo de la libertad es la comprensión de que usted no es la entidad que lo posee, el que piensa. Saber esto le permite observar a esa entidad. En el momento en que usted empieza a observar al que piensa se activa un nivel más alto de conciencia. Entonces usted comienza a darse cuenta de que hay un vasto reino de inteligencia más allá del pensamiento, que el pensamiento es sólo un minúsculo aspecto de esa inteligencia. También se da cuenta de que todo lo que importa verdaderamente -la belleza, el amor, la creatividad, la alegría, la paz interior- surgen de un lugar más allá de la mente. Usted comienza a despertar. (p. 19)

Para mí era compleja la idea de que se podía dejar de pensar y controlar los pensamientos. Que pensar de manera no controlada era una enfermedad según lo establecía Tolle (2009), que no tenía que identificarme con la mente, que no éramos la mente y que la mente era la que no permitía que se desarrollara y manifestara el silencio interior, donde no hay juicios, análisis, comparaciones, duda o crítica. Estas eran ideas que iban en contra de lo que me habían enseñado

en mi cultura y en especial en el mundo académico, donde se supuestamente se estimula el pensamiento crítico, el análisis y la duda; pero en estas teorías era todo lo contrario, porque decían que la mente es una herramienta para el conocimiento y para la vida, pero que si observamos la mente y los pensamientos se descubre un nivel de conciencia que está más allá del pensamiento.

La mente según los Gnósticos es como un escalón en la esfera del conocimiento y para entenderla y aprender a controlar los pensamientos, nos enseñaban a observar los pensamientos. Para esto, nos sentábamos, cerrábamos los ojos y mirábamos las diferentes imágenes que corrían por nuestra mente. Los recuerdos desfilaban como imágenes de una cámara fotográfica, desordenados y de un lado para el otro. Me imaginaba lo que iba a pasar con mi vida en el futuro: ser profesional, viajar, escribir, dar conferencias, ser político, estar en la Casa de Nariño. Estos eran los pensamientos más recurrentes y repetitivos, pero debo confesar algo: ¡Qué dificultad representaba poner la mente en blanco y quedar en un estado de reposo y silencio! Estas eran las prácticas que se hacían con el ánimo de comenzar a ser conscientes de nuestros pensamientos y poder controlar la mente.

Cuando ya había participado de las 21 conferencias de la “Primera cámara”, el profesor Antonio me sugirió, de manera respetuosa, que para ser un gnóstico y seguir avanzando en la “segunda cámara” tenía que cambiar mi forma de vestir y además debía cortarme el cabello, que para ese momento me llegaba a los hombros. Me negué de manera rotunda y le expliqué que mi apariencia y mi forma de vestir no tenían nada que ver con el conocimiento, pero él me respondió que si no cumplía con las sugerencias, no podía seguir participando de la gnosis. En ese momento decidí terminar mi vínculo este tipo de conocimiento, pues no me gustó la idea de transformar algunas prácticas que hacían parte de mi libre albedrío.

### ***Experiencia Krishna***

Recuerdo que los Krishnas iban por lo general todos los viernes a la sede de La Macarena a invitar a los estudiantes para que participaran en las actividades de su templo y en últimas, para que fueran devotos. Para ello, compartían comida vegetariana, que era deliciosa, y hablaban de *La revolución de la cuchara*. Decían que esta revolución consistía en concientizar a los seres

humanos para que no continuaran alimentándose y sacrificando animales. Que no era necesaria la proteína animal, que los seres humanos podían vivir sin consumirla y que esta se encontraba en otros alimentos como los granos. No compartían la postura de la ciencia que consideraba que una buena dieta dependía de los alimentos de origen animal. “No”, decían, “*con el consumo de carne se está generando sufrimiento animal, estamos asesinando a los animales para satisfacer nuestros deseos del paladar*” (Devotos 2010). Y peor aún, las condiciones en las que se criaban los animales eran desastrosas, paupérrimas y violentas, todo porque lo único que les interesa a los grandes comerciantes de carnes de animales era generar más riqueza, sin importar las condiciones en que esta se desarrollara. Era una crítica a las grandes multinacionales y comercializadoras de carnes.

En esos momentos me acordaba y me llegaban a la memoria imágenes de cuando en mi pueblo de San Agustín asistíamos al matadero a mirar asesinar las vacas los fines de semana, para los días de mercado que eran los domingos y lunes. Las vacas pasaban por un callejón de tubos de hierro hasta que llegaban a su destino. A las que no caminaban rápido, les ponían un tábano en la cintura o en la cola y entonces pegaban un brinco como respuesta a semejante corrientazo eléctrico, se quejaban, balaban, era como si intuyeran el final de sus vidas. Cuando llegaban donde la persona que las iba a asesinar, el *matarife*, que es como se le conoce popularmente, metía los animales en un cuarto de ancho de un metro y medio y de dos metros de largo, donde apenas quedaban estrechas y sin oportunidad de correr. Por unas escaleras pequeñitas subía el matador, se hacía en la parte alta de la habitación y con una barra bien afilada empuñada, cogía impulso y se abalanzaba sobre la nuca de la vaca. Si no era *tinoso*, repetía el movimiento hasta que el animal quedara echado en el piso y los chorros de sangre salieran como las explosiones de un volcán. Luego, se abría una compuerta y a la vaca medio viva, la iban colgando de una pata con unas poleas que la levantaban del piso. Parecían vacas voladoras. Ya suspendidas en el aire, unos hombres con un uniforme blanco y con unos cuchillos *mata-ganado*, que brillaban por estar tan afilados, iban penetrando por medio de la piel toda la carne. En esos momentos de agonía los animales se retorcían del dolor. Para uno de joven era todo un acontecimiento mirar el sacrificio de las reses. Todo un espectáculo del horror y de la muerte.

Claro, los Krishnas tenían razón, el daño y dolor que se le causa al reino animal no tiene límites. No lo hemos dimensionado. Todo se debe a las lógicas de nuestra cultura, encaminadas al consumo de carne. En la publicidad mediática la invitación es a comer carne, de res o de cerdo. En nuestra sociedad, se hace apología al ganadero, mostrándolo como un actor social con poder y prestigio. En el mismo sentido, para mi familia el consumo de carne está asociado inclusive con el estrato socioeconómico: si no se consume carne es símbolo de pobreza. Sin embargo, no reflexionamos si está bien comer carne o ¿cuál es el sufrimiento que se les está causando al reino animal?, ¿cuáles son los impactos ambientales por el consumo de carne? Simplemente se aceptan las prácticas culturales y se interiorizan en el diario vivir. A modo general, pensaba que no somos conscientes del proceso de producción cárnica, de la crianza, la forma en que se asesina a los animales, las drogas que se les suministran para su alimentación; así como tampoco dimensionamos las mutaciones orgánicas y genéticas que ocasionan los químicos que se les introducen por medio de vacunas. Por lo general, uno lo que ve es el plato de carne en la mesa, que desprende un rico olor, bien sazonado y asado, y no todo su trasfondo.

Lo que me llamaba la atención era la relación que hacían entre el consumo de carne y los impactos ambientales. Los devotos explicaban que gran parte de la deforestación de la amazonia colombiana o brasileña era para la crianza de ganado, o para el cultivo de soja o maíz que se usa para la alimentación de estas especies. Según los datos de los devotos pude entender que El consumo de carne implica cultivar muchísimas más hectáreas, toneladas de proteínas que podrían ser consumidas directamente por el hombre y que son desperdiciadas cada día para alimentar a los animales, pues solamente el 10% de las proteínas y calorías con que alimentamos al ganado se vuelve a recobrar con la carne que comemos, el resto se pierde. Según Cifras de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, 2009), para alimentar el ganado se utiliza el 95% de la producción mundial de soja y el 44% de la de cereales, es decir, los animales consumen 600 millones de toneladas de cereales anualmente, mientras entre 40 y 60 millones de personas mueren de hambre cada año.

Para sensibilizar a los estudiantes de la Universidad Distrital, los Krishnas llevaban pendones con animales en condiciones de extremo maltrato y sufrimiento, era una manera de impactar la sensibilidad de la comunidad. Fue en esos días que tomé la decisión de ser una

persona vegetariana, no volver a consumir carne en mi vida y tener otro vínculo y relacionamiento con el reino animal. En mis platos de comida no se volvió a ver la carne. Se fue de mi vida por completo. En el fondo sentía tranquilidad, porque no estaba generando más sufrimiento a los animales y consideraba que mis aportes por un mundo más humano y sensible comenzaban con prácticas cotidianas como la comida y no con grandes revoluciones armadas. Comencé a pensar que no habría paz entre los humanos mientras el trato con los animales no sea diferente, no simplemente instrumental en beneficio de nuestras necesidades. Si bien este tipo de planteamientos eran coherentes, no sabía por qué en el mundo académico no se reflexionaba sobre el tema del vegetarianismo y su impacto en la sociedad, por qué no se analiza qué beneficios trae ser vegetariano tanto para la salud como para el medio ambiente. No me imaginaba a los profesores hablando del impacto ambiental que produce el consumo de carne, pero sin dejar de ser carnívoros y cambiar su dieta por lo vegetariano. Pensaba cuánta coherencia hace falta entre lo que se piensa, se dice y se hace. Somos buenos para los discursos pero en la práctica nuestras ideas no se reflejan.

### ***Don Juan y la gran decisión***

De un momento a otro, la casa del barrio Palermo, donde vivíamos con mi primo Gregorio, empezó a ser la pista de aterrizaje de amigos y familiares que llegaban de San Agustín con el objetivo de conseguir trabajo, guiados por los sueños de salir adelante y alcanzar un estado de bienestar y progreso. De este modo llegaron mi hermano Fabián Arcos, el amigo Federico, el escritor Óscar Corso, Julián Ordoñez y Uriel Arévalo. La casa estaba invadida de paisanos, con quienes noche tras noche nos dedicábamos a leer *Las enseñanzas de Don Juan*, del escritor Carlos Castañeda; a pintar algunos cuadros decorativos, y a ver documentales. Cuando Julián y Uriel llegaron, lo único que hacían era hablar de Castañeda y decir que nosotros éramos un huevo luminoso. Esa idea en un principio no lograba asimilarla, pero con los días y el estudio de la obra completa fui entendiendo su significado.

Recuerdo que la primera vez que tuve el libro de *Las enseñanzas de Don Juan*, fue en un viaje que realicé a Tandarido, en pleno corazón de la bota caucana, allí donde el río Caquetá separa los departamentos del Cauca y Putumayo. En este lugar los franciscanos estuvieron haciendo el

proceso de evangelización de los pueblos ingas. El viaje tenía el objetivo de realizar ceremonias de yagé donde el taita German. Uriel, quien era mi compañero en el recorrido, me presentó a Carlos Castañeda y me explicó que el autor era un antropólogo que se convirtió en brujo bajo la tutoría de Don Juan Matus. No le presté mucha atención y ni siquiera leí el libro. No era el momento de encontrarme con lo planteado por Castañeda y más bien nos dedicamos a tomar yagé durante una semana, por varios días consecutivos, hasta quedar extenuados en medio de la selva.

Pero mi segundo encuentro con Castañeda fue muy diferente. Comencé a leer la obra completa. En menos de 2 meses ya me había leído los doce libros que por fortuna estaban en la biblioteca de la Universidad. Fue un encuentro impactante, provocativo, desafiante y desestabilizador de mi forma de ver el mundo. Fue un llamado a convertirme en un hombre de conocimiento, en un hombre de poder, mejor dicho en *un brujo*. Aparte de las clases, no hacía otra cosa que interiorizar y asimilar lo que Castañeda decía en sus libros. Para mí no era complicado entender el papel de las plantas de poder en el hombre de conocimiento, porque por mi propia experiencia ya había tenido la oportunidad de tener varios encuentros con la planta ceremonial del yagé y los hongos.

Castañeda me había impactado en lo más profundo de mi alma. Había tocado las fibras más sensibles de mi ser y comenzaba a arrebatar esa visión de mundo que la razón y la academia estaban construyendo en mi subjetividad. Ya no le encontraba sentido a los relatos y discursos de la política, de las revoluciones, del Estado, de la lucha de clases, de la toma del poder, de las protestas y la marcha. No le encontraba sentido salir a tirarle piedra al Esmad por horas y horas hasta quedar extenuado y con los ojos irritados a causa de los químicos de los gases lacrimógenos. Castañeda me desestabilizaba, me movía las bases epistemológicas de la razón, pero al mismo tiempo me abría las compuertas de la imaginación para la búsqueda de otros conocimientos más allá de lo académico. El autor me invitaba al mundo de lo desconocido, al mundo de la magia, donde cualquier cosa podía pasar con el hombre de conocimiento. Me seducía a buscar el saber en los pueblos indígenas donde aún perviven sus prácticas ancestrales sobre el uso en los rituales de las plantas de poder, como el mismo Don Juan les decía al peyote o a los hongos.

Sus palabras, sus frases fueron quedando grabadas en los recovecos de mi memoria. ¿Cómo no recordar a Castañeda cuando hablaba de la muerte, del miedo, del camino del corazón, de la historia personal, de la tensengridad, del desatino controlado, de parar el mundo, del punto de encaje, de ser acechador o cazador, de ser impecable en lo que hacemos, de los enemigos del hombre (el miedo, el poder, la claridad y la vejez)? Estos eran temas que me convocaban a escudriñar el mundo de la brujería, el mundo del poder personal de un hombre de conocimiento. En este orden de ideas me acuerdo de algunas frases que aprendí de memoria y las recordaba ante determinadas acontecimientos de mi vida. Según Castañeda se puede decir: “Un guerrero piensa en la muerte cuando las cosas pierden claridad. La idea de la muerte es lo único que temple nuestro espíritu” (Castañeda, 2008, P.6). “Un guerrero no tiene honor, ni dignidad, ni familia, ni nombre, ni patria; solo tiene vida por vivir y, en tales circunstancias, su único vínculo con sus semejantes es el desatino controlado” (Castañeda, 2008, P.7). “Un guerrero elige un camino con corazón, cualquier camino con corazón, y lo sigue, y luego se regocija y ríe” (Castañeda, 2008, P.7) “Casi nunca nos damos cuenta de que podemos suprimir cualquier cosa de nuestras vidas en cualquier momento y en un abrir y cerrar de ojos” (Castañeda, 2008, P.9)

Estas eran citas claras y sencillas, pero con un contenido que enriquecía la búsqueda desesperada por la cual estaba atravesando por esos días. Sentía una sensación de alivio y de locura cuando me dejaba permear por dichos pensamientos de Don Juan. Creía que el camino de mi vida se encontraba un poco desorientado y que gran parte de mi vida y mis sueños e ideales se marchitaban como una flor en verano. Don Juan había llegado para “*joderme la vida*”, para arrancarme los sueños de ser un intelectual consumado, metido en el mundo académico y arrojarme para los mares de la conciencia, donde no existen los egos y las historias personales, donde el cambio en la manera de vivir era lo único que importa. Donde la revolución es transformarse a sí mismo y no estar esperando que lo que uno tiene que cambiar lo cambie el Estado o la política.

En esos días el personaje de Castañeda se había convertido en algo tan real, que imaginaba a al autor visitando a Don Juan en su casa de Sonora, sentado en un guacal al lado de la puerta de la casa. Y de repente en un movimiento improvisado, lo veía *sacando de quicio* a Castañeda, mientras este no hacía más que rascarse la cabeza o refunfuñar de lo bravo. Me imaginaba a Don

Juan como un indio yaqui burlándose de Castañeda por considerar que la razón era la única forma de adquirir conocimiento. Veía a Don Juan saliendo por el chaparral, en medio de esas tierras áridas, caminando a toda marcha de poder, con las manos como si estuvieran sujetando algo, sabiendo que con las manos entreabiertas hacía la marcha de poder y se cansaba menos. Me imaginaba a Don Juan horas y horas hablando con el antropólogo Carlos Castañeda en medio del desierto, rodeado por el misterio que entraña la naturaleza. Pero no, Don Juan no era un indio loco, ni excéntrico, ni desquiciado; Don Juan lo que encarnaba era la tradición de los chamanes del antiguo México, que con su sabiduría y conocimiento caminaban por la senda del guerrero, de quién aprende a conocerse a sí mismo y a mirar la vida como un misterio absoluto para conquistar los designios de la vida y la naturaleza.

Para esa misma época, en algunos pasillos de la universidad se escuchaba el ronroneo de algunos estudiantes diciendo que había un profesor que gozaba de buena fama porque era un experto en el filósofo Federico Nietzsche. Se decía que él era tal vez una de las voces más destacadas en el conocimiento de la obra del *filósofo del martillo*. A sus clases solamente pude asistir dos veces finalizando el semestre; pero esas dos sesiones fueron definitivas para tomar la decisión de retirarme de la universidad. El profesor tenía una estatura de 170 cm, de piel color blanca, con una barba espesa del color de las nubes que cubría su mentón. Hablaba pasito, con una voz seca y se tornaba colorado cuando se emocionaba. Los estudiantes lo escuchábamos religiosamente. La clase era magistral y él era el único que hablaba. Solamente paraba cuando se acercaba a beber un poco de agua, de un frasco que reposaba en su escritorio acompañado de una fila de libros (que de seguro eran de Nietzsche). Se paseaba de un lado a otro por el salón y escribía muy poco en el tablero. Hablaba tanto de Nietzsche que parecía que fuera su reencarnación. Los académicos tienen esa facultad, terminan conociendo e interpretando más a un filósofo que a su propia vida, pensaba para mis adentros, pues solo hablan desde un determinado autor, y repiten sus pensamientos hasta el cansancio.

El libro que estaban analizando en clase era el Zarathustra, una obra que por gusto ya había tenido la oportunidad de leer y releer varias veces. Ya había pasado mi época *nicheana*, pues hacía ya varios años Zarathustra me había desvelado, me había provocado una crisis existencial. Pero una cosa es analizar un texto desde mi postura de aficionado y autodidacta y otra muy



diferente analizar un texto bajo la tutoría de un experto, que ha consagrado gran tiempo de su vida a estudiar a un mismo autor. En todo caso, yo me sabía de memoria el bello comienzo del prólogo de Zarathustra:

Al cumplir los treinta años Zarathustra abandonó su patria y los lagos de su patria, y se retiró a la montaña. Allí podía gozar de su espíritu y su soledad, y así vivió durante diez años, sin fatigarse. No obstante, al fin su corazón experimentó un cambio; y cierta mañana en la que se levantó con la aurora naciente, se encaró con el sol y le dijo (...)  
(Nietzsche, 1982, P 33)

Esta era una frase que recitaba cuando por circunstancias de la vida hablaba del Zarathustra. Me fascinaba la historia de una persona que se iba a la montaña a encontrarse a sí mismo, en medio de la naturaleza y los animales. Era la vida de un anacoreta que estaba hastiado de la sociedad y de la cultura y decide buscar dentro de su propio corazón a pesar de los obstáculos que la vida le presentaba. Así, con el pasar de los años, se había transformado y regresaba a predicar el súper hombre. En la obra se reconoce el amor a la tierra, el amor a la sensibilidad y un desprecio a la metafísica platónica que reina en nuestras creencias y cultura, una reflexión donde se le encuentra mayor sentido a la vida después de la muerte y no a la vida y el amor a la tierra.

Solamente bastó la explicación del profesor en torno al último hombre que plantea Nietzsche, para tomar la decisión de abandonar la Universidad. El último hombre es el hombre moderno, el antagónico del súper hombre, el que todo lo empequeñece; es el hombre de rebaño que no tiene la capacidad de pensar por sí mismo. El último hombre es ese espíritu frío y calculador que no tiene un espíritu creativo, sino que se conforma con los valores establecidos, lo que la sociedad le indique y le señale, que le dice que está bien y que está mal. Yo me imaginaba el último hombre como el que vive para trabajar y no vive para vivir; el que está esclavizado por sus deseos y sueños del progreso y el éxito; un hombre de esos que convierten su existencia en una vida mecánica: que no se preguntan por la libertad, la creatividad, ni por encontrarle sentido a su vida; un hombre que vive como un animal: nace, crece, se reproduce y muere.

El último hombre para mí era el hombre de estas grandes urbes, que vive alejado de la naturaleza, en medio del ruido, que no tiene tiempo para sí mismo, porque la vida se le va en la oficina, en medio de la burocracia y las falsas comodidades del progreso. Que no se asombra con el sonido de los pájaros, que no conoce el firmamento, porque el cielo lo alumbran las bombillas. El que vive en un apartamento como si fuera un pájaro enjaulado en medio de las deudas e hipotecas. En fin, en el tiempo del último hombre “todos quieren lo mismo, todos son iguales; y quien no se conforme, al manicomio.” (Nietzsche, 1982, p.41)

Cuando salí de la clase del último hombre ya la decisión estaba tomada. Tenía que abandonar la universidad y salir a viajar por Sudamérica. Ya estaba cansado de la interpretación racional del mundo. Me fastidiaba tanto el positivismo como el cientificismo, la política como la historia patria, las revoluciones como las democracias. Quería buscar otros tipos y formas de conocimientos no académicos, ni dominadas bajo el imperio de la razón. Quería conocer taitas, chamanes, brujos, curanderos, yoguis, monjes, anacoretas, clarividentes, otras formas de conocimiento. Me quería perder en las selvas de Suramérica. Sentía el llamado de las plantas de poder y quería recorrer los mismos pasos de Castañeda, salirme de ese mundo de seguridades, donde todo está bien puesto y ordenado para que se continúen repitiendo los mismos ciclos viciosos de trabajar para poder sobrevivir. Abajo se iban los sueños de ser un intelectual para producir libros y estar en las frías aulas de un salón de clases; necesitaba aventura, magia, y lanzarme al vacío, como dice Jodorosky (2008). Fue desde ese momento que emergieron la sanación y la creatividad, sintiéndome identificado con las palabras de Nietzsche (1982) cuando expresa “Yo os lo anuncio: es preciso llevar algún caos dentro de sí para poder engendrar estrellas danzarinas. Yo os lo anuncio: aún se agita algún caos en vuestro interior” (p.31). Era un caos y un desasosiego el que perturbaba mi alma, la sensibilidad más profunda de mi subjetividad.

Fue entonces un viernes en la tarde, la primera semana de noviembre del año 2010, que abandoné Bogotá. Atrás quedaban la vida citadina, la Universidad, los amigos, la licenciatura, el Chorro de Quevedo, el centro histórico, las bibliotecas, la Plaza de Bolívar, la casa del Barrio Palermo, mi tía, los trancones, *La Nacho* y todo el mundo académico. Al único que me encontré cuando iba de salida fue al profesor Víctor Ávila, que me preguntó para dónde iba al ver que

bajaba rápido las escaleras. Le conté que me retiraba de la universidad y me iba a viajar por Sudamérica. Me miro de arriba abajo con una expresión de cariño y me dijo que si era que estaba loco, que por qué abandonaba la universidad. Le contesté que quería viajar por Sur América y que ya estaba cansado de la manera racional de ver el mundo desde la academia. Nos dimos un abrazo rompecorazones y me encamine a la casa a empacar las maletas con rumbo a la ciudad de Popayán.

### ***Encuentros con El Yagé***

Cuando llegué a la ciudad de Popayán para los primeros días del mes de noviembre del año 2010, pensaba que mi estancia duraría pocos días; mientras dejaba todo listo para continuar viajando por Suramérica; pero la vida no es como uno piensa, sino como ella misma se va desarrollando. A veces creemos tener el control de nuestro destino, pero de un momento a otro los planes y proyectos pueden cambiar. El viaje hacia el sur se terminó postergando por dos razones. La primera porque conocí a Natalia del Mar en una noche estrellada, en medio de un evento cultural de la María Piendamó, organizado por el CRIC. Fue un encuentro que despertó la sensibilidad y la magia inexplicable del amor, entre poesía, miradas y besos. La segunda razón, porque en esa búsqueda de otros conocimientos, conocí al profesor de la Universidad del Cauca William Mina, quien en ese momento me habló de la comunidad de Figueira, en Brasil y del escritor Trigueirinho. Sus palabras llegaron al fondo de mi corazón y de inmediato sentí conexión con la comunidad de Figueira. Entonces, decidí sin pensarlo dos veces, visitarla. Sin embargo, el profesor Mina me dijo: *“Sergio, primero tienes que prepararte y luego, sí te dejan, estar una buena temporada (...) Para eso, te voy a presentar a unos amigos que tienen una red de servicio aquí en Popayán, asociada a Figueira, para que conozcas el proceso y cuando estés listo puedas viajar.”* Sentí que sus palabras fueron sinceras y decidí radicarme en Popayán mientras me preparaba.

Así, mientras pasaban los días, me matriculé como estudiante de Antropología de la Universidad del Cauca. Tenía muy buenos referentes del programa por parte de algunos amigos que estaban estudiando la carrera. Pero la razón principal era la influencia de Carlos Castañeda. Pensaba que los antropólogos estaban dedicados a la investigación de los pueblos indígenas y en

especial al estudio de las “plantas de poder”, como las llamaba Castañeda. Ya me imaginaba realizando trabajos de etnografía a taitas de la Amazonia colombiana, escribiendo sus relatos e historias en torno a la planta ceremonial de *El ayahuasca*, efectuando ceremonias con el taita Querubín Queta del pueblo Kofán, en la frontera colombo-ecuatoriana en el departamento del Putumayo.

En el programa de antropología no estuve sino hasta la Semana Santa, después no fui a ninguna clase más. Sentía que ese había sido el último esfuerzo por estar en la academia, pues era el tercer intento de estudiar en la universidad. La antropología tampoco me convencía; era una ciencia social más de las que *grosso modo* ya había tenido la oportunidad de estudiar en La Distrital. Definitivamente pensaba que hasta allí había llegado mi sueño académico, “mi delirio racional”. Comprobaba que los discursos se repetían, pero con diferentes profesores en la enseñanza, porque los autores variaban muy poco. Las mismas escuelas y corrientes teóricas, cada disciplina intentando ser superior a las otras, con sus diferentes técnicas de investigación. Los mismos temas: política, religión, Estado, colonialismo e historia.

En cambio, yo lo que estaba buscando en ese momento eran los conocimientos no aprendidos en la academia, que se encontraban en la periferia, en un templo hindú o budista, con un taita, con una planta de poder. Me interesaba un conocimiento que transformara mi subjetividad, que se pudiera vivir y expresar en la relación con los otros. Mi búsqueda partía de lo epistemológico y me llevaba a una transformación ontológica; es decir, a un cambio de subjetividad y por ende, era una apuesta ética en mi relacionamiento con los otros.

En este sentido, después de que me retiro del Programa de Antropología, desde Semana Santa hasta julio del año 2011, continúe viviendo en Popayán para asistir a la Red de Servicio y prepararme para ir a Brasil a la comunidad de Figueira, en Carmo da Cachoeira. Ahora bien, en ese lapso de tiempo, recuerdo que asistí y organicé con el taita Elohin, de la comunidad de Los Pastos, algunas ceremonias de yagé en el municipio de San Agustín. Fue un tiempo en el que estuve viajando entre el Cauca, Quindío, Huila y Putumayo. De acuerdo con lo planteado, lo que voy a narrar en este apartado son algunas sesiones que tuve con la planta ceremonial de yagé en la Comunidad eco-chamánica y en la Maloca Yanakuna.

### *Yachay Wasi, San Agustín*

Eran las horas del crepúsculo cuando llegué a la maloca Yanakuna de San Agustín, que se ubica a tan solo unos pasos del Parque Arqueológico. La tarde era cálida y los últimos rayos del sol se perdían en el horizonte. La mayoría de personas ya estaban ubicadas en su lugar para la ceremonia de yagé. En el centro de la maloca estaba ubicado el fuego, que en quechua se le nombra Nina. A su alrededor, algunas plantas medicinales para realizar pagamento. Había coca para mambear, ruda, altamisa, eucalipto, tabaco y agua. Cerca de las paredes de la maloca se encontraban las hamacas, las esteras o colchonetas donde cada quien iba a estar en el transcurso de la ceremonia.

Cuando ingresé a la maloca, observé para todos lados y decidí ubicarme cerca a las escaleras de la puerta de la salida, tal vez pensando que si tenía vómito o ganas de ir al baño, me quedaba más fácil salir, en ese sitio me sentía bien y recordaba a Castañeda cuando decía que uno debe buscar su lugar, donde estar cómodamente. La mesa donde se ubicaban los taitas era de madera, larga como de unos dos metros y tenía con un mantel blanco. Sobre ella reposaba un galón plástico color marrón donde estaba el remedio. Había una guitarra, dos armónicas, tabacos, agua, inciensos, collares, palo santo y abanicos de guaira.

Varios taitas guiaban la ceremonia. A los únicos taitas que conocía era al taita Julio y al taita y poeta Fredy Chicangana. El taita Julio llevaba puesta una ruana color hueso y sobre ella una bufanda con los colores del arcoíris, un sombrero pequeño del color de la noche y entre sus manos un tabaco que se movía de un lado a otro. El taita Fredy era el líder y fundador del Cabildo Yanakona, su piel era trigueña, de estatura pequeña y tenía el cabello largo. Los otros taitas se acomodaban el atuendo, poniéndose collares con colmillos de jaguar y unas plumas de colores sobre sus cabezas. Hablaban y se reían en voz baja.



**Fotografía 10.** Arcos (2022). *El taita y poeta Fredy Chicangana.* Archivo personal

En realidad, sentía algo de miedo, como un cosquilleo en medio del vientre. Una sensación de ansiedad y fatiga, como cuando uno sabe que le va a pasar algo que es muy duro y genera dolor. Creo que el miedo es algo normal cuando se va a una ceremonia del yagé. Son unos nervios muy sutiles. Me acordaba de Castañeda cuando dice que el miedo es uno de los enemigos del hombre. No obstante, cuando el taita Fredy comenzó a dirigir la ceremonia el miedo se fue disolviendo. Comenzamos a danzar en fila india en torno al taita Nina. La voz del taita Fredy desde un principio guió la ceremonia de manera armónica. Su palabra generaba confianza y credibilidad. Cuando dejamos de danzar, cada una de las personas se ubicó donde tenía sus pertenencias. El taita que comenzó a compartir el remedio del yagé era el más joven de los presentes. Calculo que su edad era de unos cuarenta años. Era fornido, de mediana estatura, el color de la piel era como la canela y los rasgos de su cara eran alegres. Su ayudante era un joven aprendiz de yajesero, quien ayudaba a sostener el galón para sacar la medicina.

El taita iba llamando a uno por uno y su voz era la única que se escuchaba. En total, participamos alrededor 50 personas. Cuando me correspondió mi turno, caminé hacia donde el taita, pasé por un lado del fuego y le ofrendé algunas hojas de coca. Internamente ya le había pedido al remedio que obrara en mí, que hiciera y me mostrara lo que considerara. Renuncié a mi libre albedrío; no pedí al yagé algo especial, como se hace recurrentemente, solo me entregué a su poder sanador. Ya estando al frente del taita, le dije muy despacito que si me podía dar poquito y no el contenido completo. Llenó la totumita pequeña, le realizó un rezo mirándolo de

frente, lo encomendó a los espíritus y me lo entregó a dos manos. Sin pensarlo, lo tomé de una sola vez. Su sabor era fuerte y me dejó una sensación amarga en la boca. Por momentos sentí nauseas, como agrieras en mi pecho y retorcijones en el vientre.

El taita nos entregó una rama de romero a cada una de las personas. Servía para que fuera nuestra compañera y en momentos de la chuma, espantáramos las visiones que nos perturbaran. Era como un pequeño talismán que prendía de mi mano. Sabía que el romero era una planta que servía para trasmutar las malas energías, para limpiar, para las noches de insomnio. Los primeros momentos de la toma, lo único que sentía era esa sensación amarga en mi boca y me encontraba a la expectativa del momento en que el yagé empezará a generar sus efectos. Me acosté en la colchoneta, con los zapatos puestos y me puse una ruana encima. Al cabo de un rato, sentía una sensación de borrachera, un zumbido en mi cabeza que iba haciéndose más grande, como si fuera saliendo de mi cuerpo. Las pintas empezaron a mostrarse en el techo de la maloca. Miraba unos colores muy vivos con unas figuras geométricas completamente armónicas; una belleza indescriptible; el amarillo, el violeta y el rojo conformaban mándalas en mi percepción.

De un momento a otro, cuando las personas empezaron a vomitar en unos baldes que se encontraban en los cuatro puntos cardinales de la maloca, los mándalas se fueron de mi percepción. Empecé a ver que la gente en su vomito botaba cucarachas, gusanos y escorpiones gigantes que se deslizaban en el aire. Era unos animales energéticos que “dañaron” mi toma. Escuchaba los sonidos de la comida que se arrojaba en el balde. ¡Qué sensación tan maluca, tener que percibir la energía de otros, se tiran el viaje!, pensaba para mis adentros. Al cabo de un rato, me dieron ganas de ir al baño a hacer del cuerpo. Claro, el remedio me produjo una diarrea interminable. Sentía que me estaba purgando, expulsaba todo lo que se encontraba en mi estómago, pero al mismo tiempo, sentía que una borrachera incontrolable comenzaba a despertar en mí; no podía coordinar los movimientos, sentía miedo; los nervios se apoderaban de mis pensamientos y comencé a sudar frío. Ingresé nuevamente a la maloca, me acosté y no pude conciliar el sueño. Me daban ganas de salir nuevamente al baño. Intentaba hacer del cuerpo y no podía. En ese momento empecé a eructar como un sapo, eran unos eructos que provenían del fondo de mi vientre; eructaba tan duro que se escuchaba hasta dentro de la maloca. Pero para mí

era un placer hacerlo cada vez más duro, era una forma de dejar que se expresara ese animal que habitaba en mí.

Unos minutos después, sentía que estaba perdiendo la razón, que me estaba volviendo loco. Me daban ganas de correr alrededor de la maloca, quitarme la ropa, correr desnudo. Pedía para mis adentros que me pasara el efecto del remedio lo más rápido posible. Me movía de un lado para el otro y trataba de hacerme el fuerte, porque por dentro estaba descompuesto, destrozado, en caos interno. No me podía controlar, iba a cada momento afuera de la maloca a donde uno de los ayudantes del taita para que me hiciera un sahumero. Me acuerdo que le decía *“Está bueno el remedio taita, me dio muy duro”*. El taita no decía nada, solamente me miraba para determinar cómo estaba y me rezaba un tabaco. Por momentos el efecto del remedio disminuía.

La noche era fría y estrellada. De tanto salir e ingresar a la maloca recuerdo empecé a gatear por las escaleras como si fuera un animal cuadrúpedo. Me sentía como un lobo. Aullaba con desesperación. *“Aaaaauuuuuuuuuuuuuuuuu”*, expresaba repetidamente. Ese fue el momento más complejo de la toma, porque además giraba entre el mundo de la razón y el de lo inexplicable, de lo que no se puede controlar. Como dos veces me senté en posición de meditación a un lado del taita Nina y le decía *“amor y paz, amor y paz”* y volvía a salir desesperadamente. Era un juego entre la tranquilidad y la desesperación. No me encontraba. La noche me parecía eterna. Suplicaba para mis adentros que el efecto del remedio se me quitara lo más rápido. No quería sufrir, quería estar en mis cabales. Pensaba en jamás volver a tomar el yagé.

Ya en la madrugada, el taita Fredy empezó a cantar y a mover la guaira. Decía *“Yanacona, Yanacona, Yanacona, huuuuuu, huuuuu. Somos pueblo Yanacona. Sana, sana. Abuelito sanador. Yagé, Yagé, Yagé”* Sentía que por fin la chuma me estaba pasando. Los cantos del taita eran celestiales y su voz traía paz y calma al espíritu. Me acosté en la colchoneta y hasta el amanecer ya no me levanté más. Fue tan dura toda la noche que lo único que deseaba era descansar, quedarme tirado en el suelo. Estaba con los ojos cerrados, asimilando lo vivido.

En ese momento de la madrugada, después de la purga física y mental comencé a sentirme en un estado de éxtasis. Una felicidad infinita invadió mi corazón. Me sentí alegre, contento, feliz. Nunca había percibido ese sentimiento de amor en mi corazón tan intensamente. Quería



abrazar a todo mundo y decirle que los amaba, pero la razón y la mente me lo impedían, no me dejaban demostrar el afecto, ni el cariño. Solamente percibía esa sensación para mis adentros; era como si el corazón se abriera como una flor en el rocío. Me imaginaba además, que el mundo podía cambiar si las cosas se realizaban desde el corazón. Percibía que el corazón generaba unión, respeto, amor, cariño y hermandad, en medio de un mundo individualista, donde solamente se piensa y se vive para el yo materialista. Todo era tan sencillo en esos momentos, que incluso alcancé a pensar pedirle a mi tía Nubia un pedazo de tierra para cultivar comida y vivir una vida sencilla, en armonía con la naturaleza. Cuando el taita pasó a saludarnos a todos los presentes, le di un abrazo sincero que sentía desde el corazón y le dije que nunca había sentido tanto amor como en ese momento. Me sentía en un estado de deleite, en un estado de gozo, en completa tranquilidad.

### *Los eco-chamánicos*

Eran las cinco de la tarde, cuando llegué a la Comunidad Ecochamanica, de San Agustín Huila, ubicada en la vereda La palmita, con el propósito de realizar la ceremonia de la medicina tradicional del yagé. A ese lugar había llegado por la invitación de Miguel, quien ya vivía desde hacía varios años en la comunidad.

Miguel era alto, muy delgado, churoso y tenía una piel con un aspecto amarillo. Su barba era espesa, de color negro y le cubría su mentón. Usaba sacos de lana, de esos que vienen del Ecuador con figuras de animales. Por su acento sabía que era del Eje Cafetero. Su familia vivía en Manizales, pero él, desde hacía varios años vivía en la comunidad, dedicándose a la venta de productos orgánicos y remedios de plantas como pomadas, ungüentos y aromáticas. Lo conocí en la tienda de productos orgánicos, donde compartían charlas sobre “el chamanismo de la luz”.

Recuerdo que cuándo le dije a Miguel que deseaba participar en la ceremonia de yagé, me confirmó positivamente. No obstante, me hizo las siguientes observaciones: no comer carne, no tener sexo, no trasnochar, dormir bien y acostarme temprano, no tomar bebidas alcohólicas y cuidar de la palabra sin decir groserías. Mejor dicho estar lo más tranquilo posible; también me dijo que el día de la toma comiera fruta y tomará bastante agua. Esta serie de pautas permitían un

encuentro más armónico con la medicina. Desde luego, las tomé al pie de la letra, iniciando la semana anterior a la toma de la medicina.

Cuando ingresé a la casa principal me dieron una aromática de yerbabuena. Todo el mundo estaba en sus actividades, preparándose para la ceremonia. Miguel me dijo que conociera la huerta mientras esperaba que se calentara el agua para bañarme. En la huerta había unos árboles de manzana que me llamaron la atención, porque pensaba que en San Agustín las manzanas no crecían. Altamisa, boldo, mariguana, manzanilla, yerbabuena, reclusa, repollo, lechuga, zanahoria, san pedro, perejil entre otras plantas crecían de manera alegre en la huerta. En mi vida no había mirado una huerta tan grande y productiva como esa. Todo con abono orgánico, cero químicos.

Miguel me llamó que fuera para la casa y me bañara. Pasé al baño público donde había una tina de plástico grande. Contenía agua caliente con plantas de altamisa. Me desnudé y siguiendo las indicaciones, primero hice uso del popular jabón rey. Me bañé, sintiendo el agua tibia que recorría por mi cuerpo y la altamisa que se enredaba en mi cabeza. El baño era un símbolo de limpieza. Ya la noche había llegado. Al salir de la ducha, fui directo para la carpa y me puse un buen abrigo. Saqué un sleeping y la ruana. Miguel me indicó el camino que dirigía al lugar donde se iba a realizar la ceremonia. A ambos lados del camino había plantas de sábila en el primer trayecto, porque luego el camino estaba rodeado de plantas de hoja de coca. El color verde de las hojas embellecía en paisaje. Cuando íbamos bajando pensaba que se iba a realizar el encuentro en una maloca, pero no era así. De repente en medio de árboles de eucalipto y pino ciprés observé una pirámide de madera, ubicada en un segundo piso, con un techo de zinc color verde que se camuflaba entre la vegetación. Pase por el medio de los palos que sostenían la pirámide en la primera planta y subí por unas escaleras pequeñas, directo a la pirámide.

Interiormente, la pirámide medía unos diez metros cuadrados. En sus paredes reposaban unos cuadros pintados en óleo. Recuerdo que una pintura tenía un jaguar blanco, que de repente se transformaba en un ser humano; por los costados plantas medicinales y debajo del jaguar había un río y una flor de loto. El piso de la pirámide era en tabla y ayudaba a conservar el calor. Los

hombres se hacían al lado derecho de la pirámide, las mujeres al otro costado. Todo muy ordenado. En el medio se encontraba el altar donde el taita preparaba los rituales.

El taita no era indígena; su piel era de color blanco y era de Chile. Miguel me había contado que el taita aprendió el conocimiento del yagé junto a algunos pueblos indígenas en la amazonia colombiana y peruana por más de veinte años, hasta que ya estuvo preparado para compartir la medicina. Me parecía raro que un *curaca*, como el mismo se hacía nombrar, fuera blanco, barbado y no indígena. El taita era el líder espiritual de los eco-chamánicos. Vestía de blanco, con una corona de plumas de muchos colores que se levantaban queriendo acariciar el cielo. Las plumas eran un símbolo de poder. Cuando le pregunté a Miguel que de qué pájaro eran las plumas, porque eran muy hermosas y llamativas, me susurró que las plumas eran de guacamayo. Eran muy importantes porque representaban el mundo del cielo, a donde el taita volaba para pedir sanación para los presentes.

En la pirámide éramos como unas 18 personas, en su mayoría extranjeros. Yo era el único de San Agustín. Cuando ya estaba todo listo el taita comenzó a cantar y a realizar oraciones. A bendecir el remedio. Agitaba la guaira de un lado para el otro. Después de unas palabras donde recordaba que el yagé era una planta medicinal sagrada, de respeto y de mucha sabiduría, todos comenzaron a cantar mantras que en su mayoría no entendía, pero que me parecían agradables, me sentía bien. El único mantra que ya conocía y que había tenido la oportunidad de cantar con los devotos en el templo de los Krishna era el Maha mantra:

*Hare krsna hare krsna  
Krsna krsna hare here  
Hare rama hare rama  
Rama rama hare hare*

Fui el primero en pasar a recibir el remedio. El taita llenó el calabazo pequeñito de la pócima y me lo brindo entre rezos y cantos con sus ojos cerrados. Al regresar a la colchoneta me acosté para esperar el efecto de la toma. Miguel estaba al lado mío. Tal vez, pendiente cuando comenzara el efecto de la planta, para poderme orientar y acompañar. Al cabo de unos minutos sentí un cosquilleo en todo el cuerpo. Cerraba los ojos y percibía algunas imágenes de un bosque lleno de guacamayas que cantaban entre las ramas de los árboles. Me sentía borracho. Abría los

ajos y las imágenes de las guacamayas se disolvían. Así duré un buen rato. Luego, escuché un ruido en la cabeza que se hacía más intenso y que me trasportaba fuera de la pirámide, como si me fuera por un tubo del tiempo hacia el universo. Era como si saliera lentamente de mi cuerpo y de repente me daba miedo y la razón me traía adentro del templo. Iba y venía en esa sensación de salir del cuerpo. Movía la cabeza a cada momento, como queriendo difuminar la borrachera. Después, se me presentó un árbol del tamaño gigantesco, con unas ramas enormes y el tallo muy duro. Intuía que era un árbol de roble. El árbol me hablaba, me decía que en la vida tenía que aprender a ser muy fuerte como el árbol. Que se iban a presentar pruebas duras, pero que a pesar de todo, la vida continúa y había que aprender a salir adelante. El frondoso árbol se hacía al frente mío y me mostraba su poder. Para llegar al árbol había un camino lleno de flores, pero el árbol al mismo tiempo era inalcanzable, pues entre más quería llegar a él, más se iba corriendo, se desvanecía y se perdía su silueta.

Cuando ya había pasado un buen tiempo de la ceremonia me dieron ganas de ir al baño. Bajé por las escaleras y me encaminé hacia el retrete que estaba dispuesto a las afueras de la pirámide, como a unos 15 metros. Sentía que estaba mareado pero no fuera de mis cabales. Racionalmente estaba analizando lo que pasaba. A la distancia había un caballo de color blanco que se paseaba en el potrero. Miguel, quién había salido para acompañarme, me invitó a ingresar nuevamente a la pirámide. Le dije que quería contemplar el caballo, pero él me preguntó ¿cuál caballo?, le señalé y me indicó que no era un caballo, que lo que estaba en el alambrado era un trapo de color blanco.

Al regresar a la pirámide, las demás personas estaban acostadas. Hice lo mismo y empezaron a llegar imágenes de mi vida como si me estuviera pasando un rollo fotográfico. Las imágenes pasaban rápidamente y los recuerdos inundaban mi memoria. El pasado estaba en el tiempo presente, eran tan vivas las imágenes que parecían que otra vez las estuviera viviendo. El tiempo era solamente presente. Veía las imágenes de cuando estaba en el hogar familiar, en la escuela, en el colegio, con mi mamá, mi papá, la familia, los amigos, los lugares. Todos los recuerdos pasaban como un tráiler de una película. Pensé en esos momentos que la vida es un instante, que se puede terminar en cualquier momento, que debía valorar y respetar a las personas que me rodeaban: ¡que la vida es sagrada!

Mientras estaba acostado recuerdo que me fui quedando dormido hasta el amanecer, arrullado por la música. Cuando desperté, la luz del nuevo día ingresaba por las rendijas de una pequeña ventana. Los eco-chamánicos seguían cantando. La mayoría de las personas presentes tenían instrumentos musicales en sus manos. El curaca me llamó para que fuera a realizar la limpieza. Movía la guaira de arriba para abajo, alrededor de todo mi cuerpo y me soplaba un aromatizador que refrescaba mi espalda. Era un menjurje de alcohol con plantas medicinales.

### *Fluir, fluir para siempre vivir*

Ya habían transcurrido dos días del encuentro de Semillas y saberes que se realizó en Río Blanco, Cauca, en medio del Macizo Colombiano. En el sitio conocido como La piedra de la serpiente, sobre las faldas del volcán de Sotará. El lugar se sitúa en medio de las montañas, con una quebrada de agua fría y oscura que va fluyendo por entre las piedras. Al margen de las aguas, se extiende un potrero largo y delgado que separa las montañas. A medio camino, una casa de madera donde se quedan los mayores. En el fondo, donde el potrero llega a su fin había una peña con piedras desnudas de color gris, donde nacía un hilo de agua transparente.

Para cerrar el evento de Semillas y Saberes, estaba programada una ceremonia de yagé. En total éramos más de unas cien personas, entre niños, abuelos, adultos y jóvenes que estábamos en la toma. Al frente de la piedra de la serpiente, se había improvisado la instalación de un plástico negro para la ceremonia. Una que otra carpa estaba en torno al plástico. A un costado del rancho, unos troncos secos comenzaron a arder como soles para generar calor entre los asistentes. Ahí estaba presente el taita Nina, el abuelo fuego.

El taita ordenó hacer tres filas teniendo en cuenta la cantidad de personas. Una para niños, otra para las mujeres y la fila de los hombres. Anunció unas palabras de bienvenida donde indicó lo siguiente: *“el yagé es una planta medicinal de sanación para el uso de las enfermedades por medio de los elementales de la naturaleza. Es remedio para sanar el corazón y vivir bonito, para conectarse con la madre naturaleza y caminar por el sendero de la conciencia y la sabiduría”* (Dorado 2011). Íbamos pasando uno por uno. Cuando me correspondió el turno, el taita puso un poquito de yagé en un tutumito. Era tan poquito, que pensaba que no me iba hacer ningún efecto,

que eso no me iba a chumar. El yagé era como una melaza espesa, de un color café oscuro. Era tan espeso que parecía miel.

El taita tenía un sombrero negro, adornado con los colores de la Wiphala. Vestía un traje de color azul celeste y un collar de chaquiras con la imagen de un jaguar que alumbraba en medio del comienzo de la noche. Cuando me entregó la totumita respiré profundamente y me lo tomé completo. Me fui para el rancho y me acosté en la colchoneta que me protegía del pasto. Cuando ya empezó el efecto de la planta, estaba acostado. Empecé a pintar colores muy vivos. El color amarillo, el violeta y el rosado. Había animales que pasaban de un lugar a otro, los caballos eran los más recurrentes. Le comenté al compañero que estaba a mi lado, que estaba pintando muy bonito. “*Qué bonito*”, le decía a Felo entre risas y alegrías.

Afuera, la música estaba en su máximo esplendor. Las guitarras y la voz del taita eran como la voz encantada del misterio. Salí y me hice al lado del fuego para escuchar la música y ver la alegría de los cantos. Se entonaba el Ho’oponopono “*gracias, perdón, lo siento, te amo, gracias, perdón, lo siento, te amo. Gracias, perdón, lo siento, te amo*”, se repetía por varios minutos. Todos cantábamos al compás de las guitarras y con el calor del fuego. Me sentía contento, alegre y tranquilo.

Por momentos me daba la sensación de vomitar, pero no esa sensación fea que producen las náuseas cuando el estómago quiere limpiar todo lo que se encuentra en el vientre. Al contrario, el estómago parecía como un volcán que estaba a punto de hacer erupción. Me daba gusto tener esa sensación en el vientre. Sentía como la energía se expandía en el plexo solar. Cuando me dieron ganas de ir al baño me encaminé por el sendero a unos veinte metros del fuego, al lado de la quebrada que bajaba entra las montañas. Cuando estaba sentado en posición de hacer del cuerpo, en una piedra en medio de la quebrada, veía unos duendes pequeñitos de color blanco, con sombrero de punta y botas. No me daba miedo. Los miraba, los observaba. Ese era mi viaje. Me decían que me fuera con ellos a la montaña y que me prestaban un caballo blanco para correr por el bosque. Me sentía como encantado, en un estado fuera de esta realidad y percibía que, a lo lejos de la montaña, indígenas cantaban y danzaban como haciéndole una ceremonia al fuego.

Escuchaba el brinco de sus pies sobre la tierra. *Pun, pun, pun, pun, pun, pun*, se repetía continuamente como tambores que retumbaban a la distancia.

Al regresar hacia el fuego, los arbustos alumbraban de colores, como si fuera una corriente eléctrica. Y en las ramas había unos seres pequeñitos que volaban a su alrededor. Me sentía fascinado, porque la naturaleza me enseñaba algunos de sus secretos. Nosotros, pensaba, solamente vemos el arbusto, pero no sabemos que seres se encuentran en otras dimensiones de la realidad. Es más, en ese momento empezaba a coger fuerza la premisa “*más creo, en lo que no veo que en lo que veo*” claro está, cuando se habla de los misterios de la naturaleza. Luego, regrese al fuego y me quede por un rato ensimismado, percibiendo el calor de las llamas y agradeciendo lo vivido. En esos momentos, un señor de unos 70 años, que vestía de blanco y con un pequeño gorrito en la cabeza comenzó a cantar:

*Tonina, tonina, tonina, nana  
 Tonina, tonina, tonina, nana  
 El duende del agua me vino a decir  
 Que si no fluía me iba a morir  
 Fluir, fluir para siempre vivir  
 Fluir, fluir para no morir.*

Esa canción se convirtió en el símbolo de la noche. La cantamos hasta el amanecer. Cuando nos había pasado el efecto de la medicina ancestral del yagé, una mayor nos contó la historia de su padre. Nos dijo que su papá vivía en la selva completamente solo y tenía como ochenta y nueve años. Tenía una casa de bareque y no utilizaba zapatos. Su alimentación era lo que él mismo cultivaba, pero principalmente con lo que cazaba en la selva. No utilizaba sal ni azúcar en las comidas. Desde niño los abuelos paternos le habían orientado en el camino para ser médico tradicional. Lo que más me impactó, fue cuando nos dijo que cuidaba el territorio cuando se convertía en jaguar. Para mi mundo racional era algo descabellada la idea de que una persona se convierta en jaguar. Pensaba que era una metáfora de un hombre de conocimiento que conoce los secretos de la naturaleza. No obstante, dejaba abierta la posibilidad que un hombre yagesero, por medio del estudio de las plantas de la selva, pudiera transfigurarse realmente en jaguar.

A eso de las seis de la mañana, en medio de una suave neblina, el taita Javier Dorado, nos hizo quitar la camisa para realizar el refrescamiento que cerraba la ceremonia. Con tarrito

pequeño de color azul, tipo spray, rozó nuestras cabezas, deslizando las hojas de guaira por el aire, con unos soplos que hacían un sonido como del viento en una borrasca.

### ***En busca de los Hare Krsna: La frontera***

El 9 de agosto del año 2011 estábamos cruzando el puente de Rumichaca que une a Colombia con el hermano país del Ecuador. Sobre mi espalda reposaba la maleta de viaje con ropa, zapatos y libros, cargada de sueños para recorrer Suramérica. Me imaginaba recorriendo Machu Pichu, el Lago Titicaca, las Cataratas del Iguazú, el Salar de Uyuni, el Desierto de Atacames; visitando ecoaldeas, centros de permacultura, comunidades alternativas, pueblos indígenas; navegando por el río Amazonas; visitando taitas, templos; conociendo otras formas de vivir no capitalistas y comunitarias. Sentía que por fin se estaba cumpliendo el deseo de viajar al sur. Estábamos felices.

Inicialmente en el viaje íbamos mi hermano Diego y Natalia, mi compañera; ocho días después, nos alcanzó Gustavo, cuando estábamos en Vrindaban Jardines Ecológicos. Mi hermano Diego era estudiante de filosofía de la Universidad del Cauca y había aplazado su quinto semestre. Natalia estudiaba Comunicación Social en la Universidad del Quindío y había cancelado el último semestre, estaba en trabajo de grado. Gustavo era neófito en la carrera de filosofía en la Universidad del Cauca. Otros dos amigos, Alixon y Lucho no salieron con nosotros por cosas de logística, pero partieron un mes después.

Sobre las huellas de la carretera quedaba Colombia. Mi idea era no regresar al país en por lo menos unos cinco años. Estaba decepcionad, no sabía cómo en un territorio tan rico por su variedad de climas y su abundancia, gran parte de la población vivía en la pobreza. Pero lo que más me aterraba y me causaba dolor en el fondo de mi alma, era el nivel de violencia de una parte de la sociedad colombiana; alimentada por el odio, la ambición y la sed de poder, que además continuaba manejada por los hilos del poder y de la violencia. Eran los más pobres los que cargaban con la cruz de la violencia. Me parecía absurda tanta guerra, tanta sangre. Quería viajar a otras tierras, oxigenar mi corazón con los vientos de la paz y la libertad.



Pasando el puente hacia el Ecuador, nos retuvo la policía. Dos agentes se acercaron a revisar los papeles y las maletas. Cuando abrí la billetera, recordé que tenía desde hacía varios años un moño de mariguana que ya estaba café de lo viejo. El policía al ver mi cartera con semejante sorpresa, nos hizo ingresar a un cuarto para revisar el resto del equipaje. Le dije que yo siempre immortalizaba algunas flores, que si quería le mostraba un libro con flores marchitas. Lo primero que dijo era que les mostráramos el resto de mariguana que cargábamos. Se puso serio y me “terapió” hasta el grado de decirme que me iba a llevar a la cárcel por porte ilegal de droga.

Por un momento los sueños y alegrías se fueron al traste, a la banca rota. Pero el policía la tenía bien clara, el objetivo era sacarme unos dólares. No obstante yo de inocente caí en su trampa. El agente sacó unas esposas y las llevó hacia mis manos, no sabía qué hacer, cómo reaccionar, si llorar o resignarme. Estábamos perdidos, ya me imaginaba en la cárcel por tres meses, y lo peor era que me tiraba el viaje de mi hermano y de Natalia. En ese momento lo único que se me ocurrió fue ofrecerle dinero, así que diplomáticamente le dije:

*-¿Cómo podemos arreglar señor agente?*

*-¿Pero arreglar cómo? ¿A qué se refiere?- me dice.*

*-Pues no sé, como usted diga.*

*-¿No me estará tratando de chantajear?- me contesta.*

*-¡Claro que no señor agente!- le digo de manera melancólica.*

*Me hace pasar a otro cuarto y desvestir por completo para ponerme nervioso.*

*- Le puedo dar unos dólares- le comenté entre suspiros.*

*Afortunadamente llevábamos algunos dólares. El policía cambió de semblante*

*Saqué de mi canguro 20 dólares. Se los pasé.*

*-20 dólares es muy poquito, somos dos agentes, necesito unos 50 - me sugirió.*

*Con nervios abrí y revisé el dinero nuevamente.*

*Saqué lo que me faltaba para completar lo pedido.*

*Le entregue el recado y de manera irónica me dijo.*

*- Arreglen las maletas y que continúe la marcha.*

*-Si señor- le respondí.*

Quede asustado, con nervios, un poco desilusionado. Mi cuerpo había quedado como en shock. Salimos de la pequeña estación, nos sellaron el pasaporte de ingreso al Ecuador y nos fuimos para Tulcán. No salíamos del susto. Para completar, cuando llegamos a Quito extravié mi pasaporte y el de mi hermano. Claro, fue un golpe duro a la moral del viajero. Pero las ganas de continuar el camino eran más fuertes que los obstáculos.

### *Con los Hare Krishna*

Cuando llegamos a la Playa Chacraymar, en la Avenida Pasamayo del Perú, eran los primeros días del mes de septiembre del año 2011. Atrás quedaban el Ecuador, la Panamericana, el Cotopaxi, el nevado de Cayambe, el Quilotoa, el Tungurahua, Chimborazo, el Altar, Sangay, en su mayoría volcanes que se pueden apreciar desde la lejanía, con la cima cubierta de nieve, todo un acontecimiento de la naturaleza. Las carreteras del Ecuador por momentos se transformaban en cuadros de pintura. Quito, Baños, la Tacunga, Riobamba, Guayaquil, Piura, Mancora y la comunidad de Vrindaban Jardines Ecológicos iban quedando registrados en mi memoria. Sentía que entre más viajaba, entre más me alejaba de Colombia, más me desconocía. Era un encuentro con mis miedos, mis inseguridades, con mi subjetividad.



**Fotografía 11.** Arcos (2011). *Templo Eco Tryly Park, Persú. Archivo personal.*

La vida en el templo del Eco Trully Park era monástica y devocional. Nos levantábamos a las 4am con el sonido y frío del mar. Lo primero que se hacía era ducharse, para poder ingresar al

templo. Cuando se estaba en la ducha no se podían cantar los santos nombres de Krsna, ni entonar ninguna canción devocional. Luego los devotos realizábamos un recorrido por toda la acoaldea entre danza y cantos, con una antorcha en las manos y la caracola llamando a los devotos. Se entonaba el mantra Hare Krsna.

Al templó se ingresaba con los pies descalzos y cuando se estaba cerca a las deidades se hacía un acto de reverencia frente a Krsna. La deidad principal era el señor Krisna en forma de niño y a sus lados los dioses Brhama (el creador), Shiva (el destructor) Vshnu (el preservador). Me llamaba la atención la cantidad de colores y formas de estas deidades. Eran deidades alegres, sonrientes y se veían bailando, no como las imágenes de santos y representaciones tristes y frías del cristianismo. Mientras que el señor Krsina medita en un estado de introspección, en occidente la religión católica promueve una imagen de cristo que padece el dolor y la derrota en la cruz; imagen pesimista y degradada de la vida. Me parece que lo único que trasmite esta imagen de Cristo era sufrimiento, dolor y tristeza. Me preguntaba ¿Por qué no representan a Jesucristo de una manera alegre, sonriente, bondadosa, o tal vez bailando? Creo que la religión católica debe cambiar la imagen de Cristo en la cruz.

Si bien es cierto que los devotos eran muy devocionales y las imágenes y esculturas de los dioses me parecían agradables, consideraba en extremo la adoración a las imágenes por parte de la comunidad. Pero comprendía que para los devotos eran la representación de Krisna, una forma de recordar diariamente a dios y realizar todos los actos de la vida diaria encaminados a hacia él. Para mí, las imágenes religiosas de la iglesia católica no tenían una buena asociación en mi memoria. Me traían el recuerdo de caravanas dramáticas, tristes y frías en procesiones por las principales calles, representando el sufrimiento de Jesús en la Semana Santa.

Todos los días, había un devoto encargado de adornar el templo con inciensos, flores y agua. A Krisna lo cambiaban de ropa para que permaneciera siempre limpio y aseado. Krisna era complacido simbólicamente con el *maha prasada*, la comida especial que es ofrendada a dios y que luego se reparte entre los devotos a puñados. Se dice que es la comida más deliciosa porque es para Krisna, que además, tiene su propia cocina, donde el devoto se inspira para prepararle los alimentos a su dios.

Siempre había un devoto que coordinaba las ceremonias y entre sus manos reposaba el Bhagavata Purana o el Bhagavad Gita, libros sagrados para los devotos y la cultura de los Vedas. Por lo general, se leían algunas líneas y se explica a los presentes lo que se interpretaba del texto. Entre los temas más comunes del Bagavad Gita, y además los más llamativos para mí, estaban el control de los sentidos, la renuncia, el control de la mente, el karma, el servicio. En este orden de ideas, un devoto para alcanzar la conciencia de Krisna, tenía que aprender a auto-conocerse, auto-controlarse y ofrecer su vida a dios.

Para el Bhagavad Gita la mente de los devotos puede convertirse en la mejor amiga o en la peor enemiga, si no se aprende a controlar. Depende del contenido de información que se trabaje, o como dicen Paramadvaiti y Tulananda (2011) en los comentarios del Gita:

Meditación: si cantamos Hare Krishna, estudiamos los vedas y nos asociamos con los devotos, la mente se vuelve nuestra mejor amiga. En cambio, cuando vemos películas, contemplamos objetos de los sentidos, o leemos literatura mundana, nuestra mente se vuelve nuestra enemiga. (p.65)

En ese sentido, los devotos deben aprender a controlar la mente. Y para el control de la mente y de los pensamientos se debe vivir para Krisna, pensar para Krisna y sentir para Krisna. Cada acción que se realice en la vida se debe ejecutar para el señor Krisna. Todo en la vida de un devoto es Krisna.

Gurudeva ATulananda me inicio para ser un devoto de la conciencia Krisna, me dió *el doti*, de color blanco que representa una devoción donde no se renuncia a la vida de pareja, el collar de las contas y me cambió de nombre. Tenía que cantar el mantra Hare Krisna por 1404 veces al día. El equivalente a 108, que son el número de pepitas del japa mala, por el número trece. Todo el día tenía que cantar el mantra. Debía repetir hasta la saciedad Hare Krisna, Hare Krisna. Este mantra era una forma de invocar el amor y la bondad al señor Krisna y liberar la mente y los pensamientos de la vida mundana y carnal, que es donde está la ilusión, maya. Los mantras, me dijo, sirven para liberar la mente y conectarse con la esencia dios. Cada vez que se pronuncia un mantra esta invocado a dios, al supremo creador.

Por mi linaje y mi temperamento, el maestro Gurudeva Atulananda me dijo que mi misión era de prédica del santo nombre y de la conciencia Hare Krisna. Que tenía el potencial para ser un devoto estudioso y conocedor de las sagradas escrituras, mientras que a mi hermano Diego le dio la orden de la defensa y la protección del guerrero. El nombre con el que me bautizó Atulananda fue “*Sanqued Dan Das*” que se refiere al lugar de encuentro de Krisna y Radarani a las orillas de una quebrada. Es decir, un lugar sagrado.

Al principio era curioso cómo los demás devotos me llamaban Sanqued, este era mi nuevo nombre. Toda la vida mi nombre había sido el mismo “Sergio”, pero para los devotos ya no era Sergio Arcos, sino Sanqued Dan Das, ese era mi nombre espiritual. La historia de mi nombre con el cual me habían bautizado mis padres era más que un recuerdo. Tardé unos días para asimilar y acostumbrarme a mi nuevo nombre. Que era mi nueva identidad de devoto de la conciencia de Krisna.

Atulananda era el guru chileno que se había iniciado con el precursor del movimiento para el desarrollo de la conciencia Hare Krisna en occidente, conocido como Srila Prabhupada, que había llegado en la década de los sesenta a Estados Unidos con el propósito de expandir el conocimiento sobre el santo nombre de Krisna. En menos de diez años de predica ya tenía templos por todo el mundo y seguidores que entonaban sus canciones en cualquier lugar. Hasta George Harrison, el famoso cantante de los Beatles, se había hecho devoto de Srila Prabhupada y andaba entonando el maha mantra Hare Krishna.

Atulananda me explicó que debía cumplir con los cuatro principios de la devoción Krisna que son los siguientes: desintoxicación del cuerpo, pues los devotos no pueden consumir bebidas alcohólicas ni drogas; la felicidad, que es un estado del ser, del alma y no depende de estímulos externos; no comer carne, puesto que el consumo de carne genera más sufrimiento al reino animal y los animales son nuestros hermanos, son seres espirituales; no tener sexo ilícito, entendiendo que el sexo es solamente con la pareja en caso de ser un devoto no renunciante y el sexo no es para disfrutar ni para el goce, el principal objetivo del sexo es la procreación, pues el sexo no permite la purificación del devoto, ya que incita las pasiones más mundanas e instintivas; no juegos de azar, porque con este tipo de distracciones la mente se vuelve muy

materialista, ya que solamente piensa en ganar dinero. En los juegos de azar la mente es muy competitiva y no le importa dañar o destruir al rival para conseguir el objetivo.

Recuerdo que Atulananda nos iba mostrando algunos pasajes del Gita y algunas imágenes que demostraban el estado de conciencia de la mayoría de la humanidad que no cumplía con los cuatro principios. La imagen que me impacto fue la de una persona teniendo sexo. Por un lado, se demostraba la felicidad y su satisfacción de los sentidos por medio del placer. Por el otro lado de la imagen, se mostraba una persona en forma de calavera que estaba desperdiciando su energía libidinal. Esta era una visión completamente diferente a la de occidente respecto a la sexualidad, pensaba. Mientras que en nuestra cultura se hace una apología deliberada al sexo, a la fornicación, al deseo, al culto del cuerpo, para los devotos y la conciencia Krisna, el sexo era algo sagrado y de mucho respeto. Se trataba de una cultura que promovida la vida en celibato, y de una u otra manera el sexo se veía como un símbolo de lo sagrado.

Gurudeva Atulananda decía que *“cada vez que una pareja tenía un encuentro sexual, abría las puertas del universo para que una alma reencarnara en la tierra”* es decir, el gurú, por medio de su prédica y del conocimiento de las escrituras, védicas resaltaba el inmenso poder de un encuentro sexual en cuanto a la generación de vida de un alma y no solamente generación de placer y goce por medio de la sexualidad. Por otro lado, En el templo a los hombres se les llamaba como *prabhus* que significa maestro y a las mujeres se les llamaba *madres*, por su condición de ser madres y procrear hijos. Los *prabhus* dormíamos aparte de las madres. Cada género tenía su lugar de habitación y las parejas de devotos que se casaban y querían hacer una vida en familia, vivían en un eco barrio como a 1 kilómetro del templo y participaban algunas veces de las ceremonias.

El servicio que más presté en el templo fue dedicado a la cocina vegetariana. Todos los alimentos eran ofrendados a Krisna. El cocinero no debía probar los alimentos hasta que no se terminaran de preparar y de realizar unas oraciones. Esta era una práctica que hacía parte de la etiqueta Vaisnava, no probar los alimentos sin antes ser ofrendados a Krisna. Para mí era duro cocinar sin probar los alimentos, sin saber si les hacía falta cocción, sal o azúcar. Pero todo era cuestión de costumbre. Si se cocina con amor y para Krisna decían los devotos, todo debía salir a

la perfección. Claro, yo en mi casa había aprendido a probar los alimentos cada vez que se está cocinando, pero con los devotos las reglas eran otras.

A los alimentos que no se habían bendecido se les llamaba boga, porque no se ofrendaban. En cambio, a los alimentos que estaban ofrendados y eran para los devotos se le conocía como *el prasada* y los alimentos que eran cocinados para la deidad se nominban *Maha prasada*. Esta era la comida para dios, para Krisna, después ofertada en pequeñas porciones a los devotos y devotas. El plato que más me gustaba preparar era el lomo saltado, que es un plato típico de la gastronomía peruana, pero el lomo era elaborado artesanalmente con harina de gluten, que era moldeada como un pedazo de carne en medio de un trapo y puesta a cocinar en la pitadora. Luego de adobarla con especias, se servía con salteado de verduras. Los devotos eran muy buenos en el arte de la culinaria. Las comidas que preparaban eran un manjar. Las pizzas vegetarianas, los panes integrales, los salteados de verduras, los postres de maracuyá, las empanadas de verduras eran mi tentación. Recuerdo que los primeros días en el templo comimos demasiado, hasta quedar extasiados.

Una manera de recolectar fondos para el templo era salir a la calle, al comercio a vender las comidas preparadas por los devotos. Si la gente conociera como preparan los alimentos los devotos, pensaba, cualquier persona estaría dispuesta a colaborar a los Krishnas. Y lo digo porque el nivel de aseo y limpieza con el que se preparaban los alimentos era todo un acontecimiento. Claro está, los devotos para recolectar dinero, no solamente vendían los productos alimenticios, también vendían y difundían el Gita y revistas de comida vegetariana.

Recuerdo que para conseguir fondos para la compra de un horno que se necesitaba en la panadería, nos fuimos cuatro devotos por una semana a la ciudad de Lima a hacer Sankirtan. El Sankirtan es una práctica de recolección de fondos monetarios para las diferentes necesidades de la comunidad. Durante una semana de bus en bus, por las diferentes avenidas de Lima, estuvimos promoviendo la comida vegetariana y vendiendo las revistas a 3 o 4 soles. Cuando cumplimos la misión de recolectar el dinero regresamos con el horno de hacer pan para la comunidad. Gran parte de las cosas que se necesitaban se conseguían con autogestión o donaciones que hacían los

devotos que contaban con recursos de dinero, también con los servicios turísticos que se ofrecían en el Eco Trully Park.

Eso sí, a los devotos en la comunidad Hare Krisna se les enseñaba a vender lo que sea. Eran muy hábiles y se vendían clases de yoga, tures místicos, retiros espirituales, cursos de permacultura, cursos de cocina vegetariana, libros sobre la conciencia de Krisna. Este era uno de los puntos débiles que no me gustó de la comunidad. Ya que todo lo quieren vender y lo peor, es que gran parte de los recursos que se generaban en el templo, se iban para el gurú alemán que vivía como un rey viajando por el mundo y predicando humildad y sencillez.

Sin duda, había muchos intereses económicos de por medio. También estaba la realidad, que sí un devoto que había entregado toda su vida al servicio de la conciencia de Krisna, un día decidía retirarse, todo el tiempo de trabajo en la comunidad no se iba a ver retribuido. El devoto salía tal como había ingresado, sin ninguna pertenencia, ni casa, ni hogar y muchas veces debía recurrir a los familiares que en el pasado apartó de su vida y de su cotidianidad. Los temas económicos son el talón de Aquiles de la comunidad. Es complejo el tema económico en estas propuestas. Cuando los recursos son administrados, en este caso por guías, a quienes se pone a disposición el dinero recolectado por los devotos.

Más allá de los dilemas económicos que se presentaban en la comunidad, eran las prácticas filosóficas del yoga lo que más me interesaba. En el templo había un salón para la práctica y el estudio del yoga. El prabu Rada era el encargado, una persona experimentada en el ámbito del yoga. Rada nos decía que el yoga tenía varias corrientes filosóficas, pero que principalmente se refería a las siguientes: Hatha-Yoga, esta clase de yoga se basa en el control de la respiración y de las diversas posiciones corporales, conocidas como *asanas*, se trata es controlar y ser consiente del cuerpo; Laya Yoga o yoga de la voluntad espiritual, que consiste ser el testigo del yo o del alma; Dhyana Yoga, que es el yoga que induce el yogui a controlar todos los procesos del pensamiento, el yoga del control mental por medio de la meditación; el Raya Yoga, que consiste en la búsqueda de la verdad por medio de procesos de concentración. Cada clase de yoga se subdividía en otro tipo y particularidades del yoga.



El yoga es una práctica milenaria que se remonta a uno de los grandes místicos de oriente como lo es Patanjali. La palabra yoga significa unión, conjunción, fundición del reino material con el universo espiritual. No es la separación de la materia y el espíritu, es la unidad de esas dos fuerzas que se encuentran en el universo confesaba Rada. Uno de los objetivos que tiene el yoga como practica filosófica es eliminar esa dualidad que construye el ser humano con sus diferentes creencias y por lo tanto eliminar el sufrimiento y la miseria de la existencia humana por medio de la sabiduría del yoga.

En la comunidad lo que más se practicaba era el Bhakti yoga o yoga devocional, que es un tipo dentro del Laya Yoga y el mantra yoga; porque a todo momento los devotos debíamos estar cantando los mantras a las diferentes deidades. El mantra yoga es el yoga donde se repite continuamente un mantra. El sonido de los mantras invoca diferentes energías de las deidades. Cuando se invocaba el mantra OM se cerraban los ojos, en una posición cómoda y con ropa especial para estar un buen rato sentado, casi inmóvil. El mantra OM era el primer sonido de la creación, nos decía el devoto Rada, el origen de todo lo que existe, es el pasado, el presente y el futuro; lo que es y lo que va ser. Representa el sujeto que está en estado de sueño, en estado de conciencia e inconciencia. El OM era un mantra que permitía la concentración; siempre que lo realizaba en las prácticas de yoga sentía una vibración que retumbaba en mi cabeza; sentía una resonancia en el pecho; me brindaba paz y tranquilidad interior. Era una buena manera de dejar de pensar un poco, por ciertos momentos de la meditación.

Para entonar el OM la boca debía estar entre abierta. Había momentos en que todos los que estábamos haciendo la meditación nos sincronizábamos y al unísono el sonido se expandía por el salón y se percibía una energía liberadora, eran pequeñas experiencias vibracionales que paralizaban el pensamiento. Nos decía el instructor que si en occidente nos han enseñado a pensar desafortadamente, en oriente lo que se busca es el control del pensamiento y para ello se cuentan con los mantras, sobre todo con la silaba OM. Rada nos contaba en medio de la práctica como en algunas partes de la India y el Tibet, los yoguis que se dedican a la vida interior, pasan mucho tiempo de sus vidas en lugares sagrados, ya sean templo o cuevas entonando el mantra OM.

Otro aspecto importante del Yoga, era el control de la respiración. La respiración se debe realizar de manera consiente, decía Rada. Y ser consiente es aprender a respirar. Me parecían cosas tan básicas, pero en el fondo sabía que en mi cultura nunca me habían enseñado siquiera a aprender a respirar o tan solo a mirar la respiración como un proceso fundamental en mi vida. Para mí, el proceso de respiración siempre había sido mecánico, rutinario, sin sentido. Tal vez, los únicos que en el colegio nos habían dicho que debíamos aprender a respirar por la nariz eran los profesores de educación física, pero no como una práctica establecida en el diario vivir, sino cuando se practicaba algún deporte como el atletismo. En la filosofía del yoga, la respiración consiente es vital.

Cuando hacía alguna meditación y cerraba los ojos, lo que seguía era ser consiente de la respiración. Auto observaba la respiración, sentía como el *prana vital* se introducía por la vía respiratoria e impregnaba cada órgano de mi cuerpo. Solamente era respirar, y ser consiente. Podían pasar 20 minutos respirando conscientemente, pausadamente; a medida que iba adquiriendo práctica en la respiración se iban haciendo otros ejercicios respiratorios de manera pausada, en dos o tres tiempos. Había algunos ejercicios respiratorios que se hacían respirando por la fosa nasal izquierda o derecha, para generar el equilibrio entre la energía masculina y femenina. La respiración por el orificio izquierdo es el símbolo de la anergia lunar, energía de carácter negativo y el orificio derecho representa lo positivo, la anergia solar y lo que se busca es la unión de estas dos energías.

Con Carlos Castañeda había aprendido que para los pueblos Toltecas el ser humano es un cumulo de energías, es decir que el ser humano es energía. Existe un punto de encaje, un punto de energía por donde ingresan las percepciones del mundo externo. En el yoga, el ser humano en el cuerpo físico y astral tiene unos puntos energéticos conocidos como los *chakras*, por donde fluye un tipo de energía correspondiente y depende de nosotros como seres humanos si despertamos los *chakras* o simplemente se quedan en el olvido. Con la práctica del yoga se busca el despertar de esos puntos energéticos, recalca Rada y a respiración cumple allí un papel fundamental.

Cada *chakra* se ubica en dirección a la columna vertebral desde el coxis hasta la coronilla. Muladhara, Svadhisisthana, Manipura, Anahata, Vishuddha, Ajna y Sahasrara se encuentran como un espiral invisible en torno a la columna vertebral, recorriéndola de sur a norte. El objetivo para el Yoga era trabajar desde el chakra raíz, hasta el chakra de la coronilla, para encontrar el estado de iluminación o nirvana. Esta teoría de los chakras era nueva para mí y me parecía increíble como en oriente tenían otra visión del cuerpo físico de los seres humanos y como cada chakra era un punto energético en el cual se podían activar algunos poderes como la creatividad o la clarividencia.

Si bien era cierto que había aspectos de la vida en comunidad que me parecían interesantes en el Eco Trully Park, en el fondo de mi corazón lo que más deseaba era salir para la comunidad de Figueira en Brasil. Y fue así, un día tomé la decisión de continuar con el viaje de manera solitaria. Natalia, se regresó para Colombia, mi hermano Diego y Gustavo se quedaron en el Eco Trully y yo partí con algunas revistas de comida vegetariana rumbo a Brasil.

### ***En la comunidad de Figueira***

Cuando llegué a la comunidad de Figueira en Carmo da Cachoeira en Brasil, a finales del mes de noviembre del 2011, sentí la felicidad más grande en torno a mi proceso de búsqueda espiritual. En el fondo de mi corazón intuía que por fin se cumplía el sueño con el que había partido de Colombia. Mi objetivo central del viaje era llegar a Figueira y conocer la forma de vida planteada en la comunidad, y por fin percibía mi sueño se había convertido en realidad.

Pero para llegar a Figueira el camino no fue fácil, fueron muchos los sentimientos, sensaciones, pensamientos y emociones que acecharon mi subjetividad en el trascurso del viaje. Pasé desde la risa al llanto, desde la compañía a la soledad, desde la impotencia de no hablar un idioma como el portugués hasta su comprensión; de la desesperanza a la esperanza y viceversa; del amor al odio; de la comprensión a la incomprensión; de las ganas de seguir el viaje o simplemente optar por la decisión de regresarme. Afortunadamente, las ganas y el sueño de viajar fueron siempre más grandes que los azares del camino. Para mí eran impactantes los miles de kilómetros que había recorrido desde mi pueblo San Agustín, Huila,

Recuerdo que cuando estaba en el metro de Buenos Aires, no tenía en mis bolsillos sino como unos cinco pesos argentinos, es decir, casi nada en medio de esa mole de ciudad donde millones de personas van de un lugar al otro, con sus termos de agua caliente y yerba mate. Por momentos se escuchaba el “*che viste*”, todo un dialecto diferente al mío, me sentía extraño, casi ajeno a esa realidad. En esos espacios de ensimismamiento, donde solo observaba lo que acontecía alrededor, tuve el impulso de regresarme y pedir plata a la familia para llegar a Colombia o irme nuevamente para una comunidad Krisna, donde sabía que al menos las necesidades básicas serían suplidas. Fueron tiempos donde el estómago se quejaba en silencio.

Ya en Carmo da Cachoeira, me dirigí a la sede central de la comunidad de Figueira, que se encontraba ubicada como a una cuadra del parque del pueblo. Desde la distancia se miraban los camiones y carros que se dirigían por la autopista rumbo a la ciudad de Belo Horizonte o Sao Paulo. La primera persona que me entrevistó y realizó algunas preguntas de rutina fue el señor Yermano, una persona alta y delgada, de barba blanca y tupida que cubría su rostro; tenía una voz suave y movimientos armoniosos con sus manos. Yermano me generaba confianza y era el encargado de la administración de la casa del pueblo. Fue él quien me ubicó y explicó el funcionamiento del lugar. La primera sorpresa que tuve en casa de Figueira fue encontrarme a Lucho, quien había partido días después de nosotros desde Popayán y ya se encontraba en Figueira realizando las labores del servicio. Cuando lo encontré nos dimos un abrazo y me dijo “*tudo bom irmão, bem vindo a comunidade de Figueira*”, entre risas. No lo podía creer, Luchito ya estaba en Figueira junto a Alixón su compañera de camino. Habían llegado hacía un par de días.

La casa de Figueira en el pueblo era grande, con jardines, a donde llegaban las personas que luego iban para las diferentes haciendas de la comunidad. Era una casa de paso y de registro para quien llegaba y quien salía. Se llevaba un control muy estricto. Tenía una habitación enorme en medio de un árbol de eucalipto con camarotes muy bien ordenados y con una pulcritud impecable. Me asignaron una de las más de 10 habitaciones, ubicadas en fila india y que escasamente tenían una cama de un metro, una pequeña mesa y un están para poner la ropa. Eran habitaciones de 3 por 2.5 metros, precisas para un monje en estado de renuncia del mundo de la

vida cotidiana según palabras del mismo Yermano. Se podía vivir una vida simple, pero con lo necesario.

Dentro de las tareas que había en la casa estaba la de la lavandería, jardinería, aseo general o servicio de cocina que se realizaban en horas de la mañana. A mí me gustaba ir a la cocina donde aprendía hacer pan de trigo y una mermelada de banano como para chuparse los dedos, además de queso de tofu que se preparaba cada 8 días. Por lo general, lo que más se comía era una especia de frijol conocido como frijol preto. Era pequeñito, vinotinto y delicioso. Ese frijol era adictivo. La comida que se preparaba para las horas del almuerzo no solamente era para los miembros de la comunidad de Figueira sino que iban muchas personas de escasos recursos de Carmo de Cachoeira a disfrutar de un plato de comida vegano o llevaba vasijas de plástico para llevar comida a sus pariente. Eso me parecía interesante, que una comunidad no solamente pensara en el beneficio de sus miembros, sino en el mayor beneficio de personas externas a la comunidad de Figueira.

Cuando se realizaba alguna donación por parte de un particular o empresa, siempre se destinaba un buen porcentaje para seguir realizando servicios con las personas del pueblo. Lo que se predicaba dentro de la comunidad era básicamente el servicio a los otros y una forma era compartiendo un plato de comida, alimentos o ropa con el que lo necesitara. Yo mismo fui testigo días antes de una donación de la comunidad de Figueira con sede en el Uruguay, lugar a donde llegué sin un peso, me pagaron un hotel con aguas termales y comida incluida, que disfruté hasta el crepúsculo y la noche, porque en la mañana me encaminaba a prestar servicio a la comunidad de Aurora, ubicada en Salto. Cuando salí de Aurora, luego de tres semanas, decidido a regresar a Colombia, me donaron 1.200.000 entre reales, pesos argentinos y dólares para que fuera hasta Carmo de Cachoeira y conociera a Triguero.

Recorí en ese momento que en la Red de servicio de Popayán los médicos no cobraban por las consultas, sino que las personas que iban con cualquier enfermedad física o psicología hacían donaciones de dinero o de comida, dependiendo de sus posibilidades financieras. El dinero no era un impedimento para generar un proceso de cura. Si tenía se donaba o si no, igual se obtenía

la atención. Para mí era curioso, porque lo que conocía de la medicina convencional siempre había estado mediado por lo lucrativo y no por el carácter servicial de la actividad.

La donación en Figueira no se daba desde la lástima, el pesar o la tristeza hacia el que no tiene, sino, tal como lo plantea Triguero (2011), se produce como una acción que se da sin esperar nada a cambio, ni recompensas, ni estímulos, ni miradas de los otros. No se busca ganar reconocimiento ante la sociedad por ser “una persona buena”. La donación es más bien saber que el que dona es un instrumento de la Vida Única, como se le llama o el universo, o dios, o la energía que permite que por medio del donante se puedan cubrir necesidades de otros. Figueira era un ejemplo claro de la donación. Las haciendas, las construcciones, los carros, las casas, y todo lo que allí se encuentra ha sido donado. Me causaba curiosidad saber ¿cómo se construye una comunidad por medio de donaciones? ¿Cómo por arte de magia, cuando Triguero anunciaba que se necesitaba dinero para una obra, el dinero aparecía consignado en el banco y a la cuenta correspondiente? En algunos lugares de las casas de las haciendas siempre se encontraban urnas de donación del tamaño de una cantina de leche. Eran demasiado grandes, de color café oscuro y nadie la resguardaba a pesar de que no tenían candados o seguros. A lo mejor se podían abrir fácilmente. Tal vez ese era el sueño de Triguero, vivir en una humanidad donde el dinero no fuera el dios de la tierra, sino simplemente una clase de energía con la cual los seres humanos deberíamos aprender a convivir de manera armónica.

La vida en casa Figueira trascurría entre la oración, el servicio y el estudio. Gran parte del tiempo en la comunidad estaba dedicada al estudio de la obra de Triguero, Paul Brunton, Blabasky, Aurobindo, entre otros. En todas las instalaciones había bibliotecas y salones de estudio. Además, la comunidad contaba con su propia editorial conocida como Irdin editora, para la difusión del material de estudio.

Tenía la ansiedad de ir lo más pronto a cualquiera de las haciendas ubicadas en los diversos lugares de Carmo da Cachoeira: Vida Creativa, Sohin, F2, cada una con una energía y un propósito especial de trabajo. Pero para eso primero tenía que adaptarme al ritmo de vida de la comunidad. No había nada que hacer, tenía que ser paciente, esperar el momento indicado para ir a F2, como se le conocía a una hacienda de la comunidad de Figueira, donde ya estaba

programada mi estancia. Yermano me explicaba que lo normal era que circularan entre 200 a 300 o 500 personas en Figueira.

Por cuestiones de la vida, no duré ni 15 días la primera vez que estuve en Figueira. Después de semejante viaje parecía una contradicción regresarme a Colombia como alma que lleva el diablo, pero de un momento a otro, me ingresaron unas ganas enormes de regresar al lugar donde estaba mi pareja Natalia. No hacía sino pensar en ella a todo momento, por las noches se me cruzaban las imágenes con ella en la intimidad, era algo que no podía controlar. Por momentos, se despertaba en mi imaginación las siluetas más eróticas y fantasiosas que pasaban como una cascada de pensamientos. Era una extraña sensación que afloraba en mi cuerpo. Cuando le comenté a Yermano lo que me estaba pasando me dijo entre risas *“hirmao, cuando uno empieza a trabajar con el plan evolutivo, las fuerzas contrarias comienzan a tratar de disuadirlo por medio de cualquier tema y una de las debilidades nuestras es la sexualidad, así que hermano, todos estamos en esa tarea de aprender a controlar y a canalizar de manera creativa la sexualidad y no solamente de forma pasional e instintiva como se usa la mayor parte de nuestras vidas”*.

No bastaron las palabras y consejos de Yermano, ni las 6 o 7 conferencias que tuve la oportunidad de escuchar de Triguero. La decisión ya estaba tomada, quería regresar a Colombia a traer a Natalia para que conociera la comunidad de Figueira. Sentía que ese era el lugar donde nuestras almas se iban a sintonizar. Y fue así que en menos de 8 días llegué a Colombia con el resto de plata que aún me quedaba. Fue un viaje muy duro, porque fue continuo, me bajaba de un bus y me subía al otro. De frontera a frontera iban quedando atrás Brasil, Bolivia, Perú y Ecuador. Cuando llegué a Ipiales no dudé en llamar a Natalia. Llegué extremadamente delgado como si hubiera estado haciendo un ayuno prolongado en el Tíbet.

A los pocos días de haber llegado a la ciudad de Armenia, hice maletas y regresé con Natalia a vivir a Popayán a la Red de servicio de Figueira. Era una copia en miniatura, pero en Colombia. Se trataba de seguir el mismo estilo de vida de Figueira. A las 6:30 de la mañana todos los días ya teníamos que estar realizando mantras e invocando la energía de cura para las almas, que era como se les llamaba a las personas que tenían un quebranto de salud. Me parecía

interesante, que se dejara de utilizar el término paciente, porque no eran pacientes, sino almas que por cuestiones de la vida, la personalidad y el ego se habían desviado de la tarea del alma. En esta situación se presentaban los quebrantos de salud, afirmaba el doctor Ignacio. Era otra forma de medicina, otra manera de curar, otra manera de sanar.

La misión básica de esta Red de servicio en Popayán era la cura a nivel físico, psicológico y emocional. A las personas que iban a tratamiento no se les formulaba absolutamente nada de droga alopática, escasamente se les decía que realizaran baños con plantas medicinales como la altamisa, la ruda, la yerbabuena, con tabaco o salvia; ya que son plantas que ayudan a limpiar y transmutan las malas energías. José Ignacio siempre manifestaba en sus sesiones y charlas que las personas estaban enfermas era por el síndrome “*faltaser*”, es decir, por la falta de servicio. Desde esta perspectiva el servicio es el principal objetivo de nuestra existencia, de nuestras vidas y la principal tarea del alma.

Todo había comenzado por medio del doctor José Ignacio, quien siendo médico general en un hospital de la sabana cundiboyacense, comenzó a tener sueños muy repetitivos que se hacían cada vez más constantes. Al cabo del tiempo, compartió su vivencia con un celador del hospital, le dijo que sabía quién podía interpretar los sueños. El médico José Ignacio no dudó en investigar lo que le estaba pasando y decidió, siguiendo los presagios de su corazón, ir a buscar a Anita, la persona que sabía leer los sueños. Y así fue que en menos de un día José ya se encontraba en Caloto Cauca, donde la señora Anita.

La tarde que el doctor José llegó donde Anita, ella le contó que lo estaba esperando. Que las señales eran claras. Y así el doctor José reconoció que ese era su camino y sin dudarlo regresó a Bogotá para renunciar e irse a vivir con Anita, en medio del campo de Caloto. Así, pasaron más de diez años de su vida en Caloto, junto a Anita, con quien aprendió una forma de cura que nada tenía que ver con la estudiada en la universidad. Anita, me confesaba el doctor José, nunca fue a una escuela, ni mucho menos a la universidad, pero sabía curar a los enfermos por eso cientos de personas acudían en busca de sus tratamientos. Ella con solo verlos ya sabía cuál era la enfermedad y qué hierba era la recomendada para sanar. Anita contaba con el don de la clarividencia, podía ver más allá de los ojos físicos, miraba desde su mundo interior.



Por medio de Anita, el médico José Ignacio tuvo conocimiento de la comunidad de Figueira y de triguero, su fundador. En ese transcurso de tiempo que permaneció donde la curandera, aprendió a despertar la sensibilidad de la intuición y así poder ser un medio para la cura de las personas que visitaban la Red de servicio. Fueron muchos los casos de personas con enfermedades desahuciadas por la medicina occidental que en meses empezaron a sentir mejoría y sanar por completo. Cuando entré en confianza con José él me comenzó a explicar que enfermedades como el cáncer, daban la oportunidad para la reflexión. Si la gente no cambia su vida la enfermedad retorna de nuevo. Y para eso se debe cambiar hasta la forma como nos alimentamos, como pensamos y sentimos.

Mi función principal dentro de la Red de servicio era el de la jardinería. Durante casi todo el año 2012, mi vida en las mañanas transcurrió en el parque principal del Barrio de los profesores, regando, podando, trasplantando, cuidando los árboles y las plantas del jardín. El trabajo con la naturaleza en el proceso de cura era muy importante, según José Ignacio, ya que la naturaleza limpia y transmuta e inspira belleza y patrones de perfección. Recuerdo que aprendí a apreciar la gratitud de las plantas, cuando florecen y reverdecen al cuidarlas y tratarlas con amor.

Para mí era una alegría saber que las enfermedades se pueden curar desde otras prácticas y metodologías que no se encuentran propiamente dentro de la medicina tradicional, occidental. Aprender que, por medio de la oración, el servicio, las plantas medicinales o el contacto con la naturaleza, las personas pueden restablecer y sanar la enfermedad que los aqueja.

Lo que me disgustaba en el fondo con el médico José Ignacio, era que era una persona muy autoritaria y creía que él solo tenía la razón. Era muy dogmático y pensaba que solamente en Figueira o en la Red de servicio, que estaba bajo su coordinación, se podía desarrollar la tarea del plan evolutivo, como ellos mismos describían la misión. Y eso ocurre, generalmente, con ciertas comunidades o grupos que creen tener la verdad revelada: se creen superiores y miran con desdén el resto de comportamientos de la sociedad. Para mis adentros, pensaba, cuán diferente sería si en la Red de servicio formaran para servir en cualquiera de los reinos y desde cualquier lugar. Pero ese no era el caso de José, para él la tarea, como se le decía, solamente se podía desenvolver bajo su sombra, bajo su autoridad. No obstante, para el doctor José Ignacio yo era

como su pupilo y para consolidar mi convicción en el camino, me llevó a Capilla del Monte como a cuatro horas de Córdoba, en el centro del país de Argentina. El objetivo era llevarme a un encuentro con los hermanos del cosmos, en el famoso cerro del Uritorco, donde había comenzado parte de la historia de Figueira.

En Capilla del Monte, me parecía muy curioso que a la entrada del pueblo se encontraran naves extraterrestres, elaboradas como esculturas de metal y que hablar de los hermanos mayores o extraterrestres fuera algo común en las conversaciones con las personas. La gran mayoría de las personas en búsqueda de este tipo de conocimientos ufológicos, se autodenominaban autoconvocados, que según Trigueriño (2009) corresponde a un *“individuo que optó por encarnar durante este periodo para servir al plan evolutivo y actuar como factor de equilibrio en el proceso de transición planetaria”*. En realidad, así me percibía, como un auto convocado que iba en busca de los misterios de la espiritualidad, en busca de los misterios de ciudades en otros niveles de conciencia, como la de ERKS.

Durante dos semanas asistimos con el doctor José a charlas y conferencias con la señora Betty Acoglanis. Betty fue la esposa del doctor Ángel Cristo Acoglanis, a quien se lo conocía como el portero de Erks y quien inició a Trigueriño en una nueva etapa de su vida bajo la tutoría de la Hermandad Blanc y los hermanos del cosmos. A las reuniones asistíamos personas de varias partes del continente, pero en especial de Argentina.

Recuerdo que cuando empezaba la reunión, Betty se presentaba y hablaba un rato sobre la importancia de conocer el legado Acoglanis, pero de un momento a otro decía: *“ahora va a hablar Guatuma”*. Cambiaba el tono de voz y de manera inexplicable, como si una anergia se apoderara de su voz, empezaba hablar de manera diferente. En ese momento José me decía que la que estaba hablando era la jerarquía espiritual del planeta. Me costaba trabajo entender racionalmente cómo una persona como Betty o Trigueriño eran solamente canales, que prestaban su personalidad para que una jerarquía hablara por medio de ellos y nos transmitiera mensajes, ya fueran sobre el servicio, Erks, el ego, la muerte, los sueños, el karma, o de las ciudades intraterrenas. Era algo que rompía por completo mi comprensión racional del mundo.

Si bien era cierto que ya conocía, desde la teoría, sobre el tema de la ufología expuesto por Triguero en sus libros, una cosa era la teoría y otra tener una experiencia en este contexto. En la noche de cierre de las actividades, la señora Betty nos encaminó por un sendero hacia la parte alta de su finca. En la parte de atrás se podía contemplar el mítico cerro del Uritorco. Caminamos por unos 15 minutos, casi en un silencio místico, contemplando el cielo estrellado por medio de una vegetación árida y de pequeños arbustos. Yo iba tranquilo, con un buen abrigo que me protegía del frío, a mi lado siempre el doctor José Ignacio. Cuando llegamos al lugar destinado, en la parte alta del recorrido, nos ubicamos de manera circular y esperamos un momento mientras cada quien se acomodaba. Al cabo de unos minutos Betty comenzó hablar y a realizar oraciones y mantras. En ese momento me acordaba de los mantras que ya había escuchado de la voz de Acoglanis, en ellos les cantaba a los hermanos del cosmos. Me sentía como si estuviera en su presencia. Mientras Betty invocaba y hablaba hacia el cielo, varias estrellas empezaron hacer figuras geométricas de un lugar a otro. Fueron varios minutos. Betty nos decía que esas eran naves, los hermanos del cosmos, que ahí los teníamos. Luego de varios minutos de contemplar los movimientos de las luces en el cielo, con movimientos geométricos impecables, ya para cerrar la ceremonia comenzaron a bajar del cielo unas luces grandes que parecían estrellas de diferentes colores y se acercaron como a unos 50 metros de nosotros. Eran siluetas como del fuego de una vela, pero de colores amarillo, azul, violeta, naranja, etc. En realidad, me encontraba tranquilo, pero procesando lo vivido. No había consumido nada psicodélico, ni que perturbara la percepción de la realidad, pero era un hecho trascendental de la conciencia. ¿Cómo era posible que luces desde el cielo se aproximaran a tan solo unos metros? ¿Acaso se trataba de una ilusión mental influenciada por Betty o era otra realidad que apenas estaba conociendo por medio de mi experiencia?

## Capítulo 2

### FORMACIÓN DE UN FILÓSOFO EN EL SUR OCCIDENTE COLOMBIANO

#### *Memorias de Popayán*

Es de noche y el frío recorre la piel de mi cuerpo. Las estrellas se esconden detrás de las nubes. La neblina florece por entre los árboles como pequeños copos de algodón. Los vidrios de las ventanas se empañan con el sereno. Manzanilla y Ottis se pasean por medio de la sala octagonal y la luz tenue del bombillo, me acompaña en la soledad de mis pensamientos. En mi memoria germinan los recuerdos de la ciudad de Popayán, en mis épocas de estudiante de filosofía. Pienso en los lugares, la historia, los trabajos, las casas, la gente, los atardeceres, las luchas que dejaron una huella imborrable en mi memoria y que constituyen experiencias importantes de mi vida en esta ciudad. Tal vez, puedo decir como lo afirmaba Sábato (1998) cuando regresaba a la Ciudad de La plata, “Pasaron los años, pero una y otra vez vuelve a mi memoria esta ciudad, dónde acontecieron momentos importantes de mi vida” (p. 45) y la nostalgia se acerca a mi corazón dando pequeños galopes de tambor.

El centro histórico lo caminé de arriba a abajo, de oriente a occidente, de norte a sur, en medio de su arquitectura colonial, que es testigo de la historia que se teje entre sus muros. Allí, dónde se ubicaron las familias más prestantes y adineradas en la época colonial y republicana, dueñas de las diferentes haciendas, minas de oro del sur occidente colombiano como Barbacoas y Choco ¿Cómo no tener presente en la memoria a los grandes apellidos, los Valencia, los Mosquera, los Pombo, los Arboleda? Familias que marcaron la historia de la región y del país. Popayán fue, la cuna de más de una decena de presidentes y el suelo donde nacieron algunos “próceres” de la independencia como Camilo Torres y el conocido Sabio Caldas. Popayán carga en sus espaldas el peso de la historia de ser unas de las ciudades más importantes de Colombia en la época colonial y republicana.

Pienso en la población indígena y negra que desde Cartagena se movilizó al interior del país, para el trabajo esclavista en las minas y las grandes haciendas de ganado del Cauca. Pienso en la esclavitud y el sufrimiento al cual fueron sometidas estas poblaciones y me indigna saber que

una parte de la población de la ciudad de Popayán continúa en la actualidad con posturas racistas, elitistas y xenófobas respecto a los pueblos indígenas, campesinos y afrodescendientes, donde el blanco y mestizo se cree superior racialmente al resto de la sociedad. Creo que el escritor y sociólogo peruano Quijano (1999) nos brinda algunas luces para poder entender y comprender el problema de la raza y el racismo en la actualidad en nuestra sociedad colombiana, planteando lo siguiente:

La idea de raza es, con toda seguridad, el más eficaz instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años. Producida en el mero comienzo de la formación de América y el capitalismo, en el tránsito del siglo XV al XVI, en las centurias siguientes fue impuesta sobre toda la población del planeta como parte de la dominación colonial de Europa. (p. 141)

En este sentido, se puede interpretar cómo la idea de raza se constituyó como un instrumento por medio del cual se puede someter, dominar, y esclavizar a un grupo social determinado como los indígenas y negros, bajo la tutoría de los españoles, los criollos y mestizos. La idea de raza, como anuncia Quijano (1999), sirvió para poder legitimar las políticas coloniales del imperio español en suelo Americano. Para establecer esa dominación, frente a los pueblos llamados indígenas y negros; la colonización española dividió y clasificó a la población de manera jerárquica para imponer la lógica del dominador sobre los dominados. Fue una dialéctica perversa de dominador y dominado la que se estableció en las centurias del siglo XV y XVI y se perpetuó por el resto de la época histórica moderno-colonial.

La idea de raza sirvió y sirve para entender las dinámicas actuales del racismo en la sociedad colombiana. Un ejemplo claro son las propuestas racistas de la senadora de apellido Valencia, quien ha planteado que el Cauca se debe dividir entre indígenas y mestizos (El Tiempo, 2015); propuesta que genera más tensiones y profundiza el problema cultural del racismo, que en la sociedad colombiana es un problema de la actualidad y no de la historia colonial. El racismo divide, segrega, excluye, genera superioridad cultural frente a otros y sirve como instrumento de control y dominación frente a determinados grupos sociales.

Parece que hasta las paredes blancas de Popayán hablaran de racismo, porque en lo profundo, el blanco de la ciudad histórica de Popayán se impone y denota la superioridad de clase contra los otros colores que representan la diversidad cromática de otros pueblos como los indígenas, negros y campesinos.

Por otro lado, caminar por el centro Histórico de Popayán es caminar por la historia de la región. museos, casas con grandes patios internos, el Parque Caldas, el Banco de la república, el Puente del humilladero, templos religiosos, universidades, hoteles coloniales, edificios blancos que confunden a los transeúntes. Un lugar donde hay bares, fotocopiadoras, restaurantes, tiendas, almacenes, panaderías, casas y más casas, cafés, la alcaldía, la gobernación, iglesias y más iglesias, que se extienden como una camándula religiosa.

Lo “único” que se encuentra en el centro Histórico son iglesias y templos, La catedral, La Ermita, San Agustín, El Carmen, Santo Domingo, etc., pero no recuerdo que en mi estancia haya ingresado a uno de estos lugares. Mi posición frente a la religión católica era crítica. No concebía como en el trascurso de la historia no solamente colonial, sino de la edad media, la iglesia hubiese cometido tantos vejámenes y crímenes y en la actualidad tuviera tantos fieles. Para mí, la religión católica es el gran negocio de la espiritualidad. Y por ello ni el arte religioso, ni la semana santa, merecían mi admiración. En esa época de semana santa, prefería huir para San Agustín y estar lejos de las procesiones y de los eventos religiosos por más suntuosos que fueran.

Caminar por Popayán era encontrarse con los atardeceres anaranjados que se perdían en el crepúsculo de la cordillera occidental. Caminar por el centro histórico era dirigirse al sitio conocido como el Morro, donde reposaba la escultura del invasor Sebastián de Belarcázar, montado en su caballo con expresiones guerreristas y triunfalistas. Para mí Sebastián de Belarcázar era el símbolo de la colonización, la violencia, la esclavitud, el genocidio, la muerte, la ambición y prepotencia española. No concebía como una escultura podía reposar encima de donde posiblemente fue una pirámide, o un sitio ceremonial del pasado prehispánico. En el imaginario colectivo la escultura de Belarcázar legitima la superioridad cultural de España frente a los pueblos indígenas y negros. En lo profundo, la imagen de Belarcázar denota la colonialidad del poder.

Fueron muchas las veces que por mis pensamientos se cruzó la idea de pintar la escultura de rojo, simbolizando la sangre derramada de los pueblos indígenas y afros, o pintar la escultura de blanco, como un símbolo de paz para la sociedad colombiana o tal vez tumbarla con una papa bomba y salir corriendo para residencias universitarias. Pero bien, ese trabajo de derrumbar a Sebastián lo realizaron los Misak, días antes del paro del año 2021. Fue un golpe a la opinión pública y a las lógicas del racismo estructural como lo denomina Quijano (1999). Ahora bien, sueño que algún día en la pirámide de Tulcán se realice una maloca, permanezca encendido el taita nina y un “Mayor” o “Mayora”, por medio del palabreo, comparta sus conocimientos ancestrales. Realizar este sueño sería una reparación no solo simbólica para los pueblos indígenas, sino una legitimación y reconocimiento de los conocimientos ancestrales por gran parte de la sociedad colombiana.

Caminar por el centro histórico de Popayán era caminar rumbo a las residencias 4 de marzo, de la Universidad del Cauca. Un espacio construido para acoger a los estudiantes que llegan de las regiones más apartadas del departamento del Cauca y de otros departamentos del sur occidente colombiano. Éramos estudiantes del Huila, Cauca, Putumayo, Nariño y Valle del Cauca, que soñábamos con estudiar y ser profesionales. Las 4 de marzo, eran testigos de las luchas estudiantiles, la organización de los movimientos estudiantiles y del arte que en sus grandes paredes se plasmaba con rostros del Che Guevara, Jaime Garzón o un elefante de la India. Las residencias vieron pasar fiestas, borracheras, sancochos comunitarios, el humo de la mariguana que surcaba el cielo, las trasnochadas, los amaneceres y la venta de empanadas de queso de la señora Rosa. Atestiguaban también el amor de algunos residentes. En fin, se trataba del tiempo de la vida universitaria pasando por nuestras vidas. Se disfrutaba de la solidaridad con los compañeros. Se vivía el espíritu cooperativo de aquellos compañeros que oficialmente tenían un cupo dentro de residencias, pero por su amabilidad brindaban un espacio de su habitación para hospedar a los estudiantes “piratas”.

Yo era un residente pirata, mi hermano y Jota, quienes tenían cupo de residentes en una habitación para dos personas, terminaron hospedando hasta tres o cuatro residentes piratas. De vez en cuando, los estudiantes piratas nos escondíamos cuando se realizaba la visita por parte de la trabajadora social, a quién le correspondía estar pendiente de las residencias. Para obtener un

cupo se tenía que cumplir con algunos requisitos como la declaración de renta de los padres o las personas responsables del estudiante. A pesar de que algunas veces el número de habitantes superaba el límite de las habitaciones, en las residencias se respiraba un aire de compañerismo, un aire de solidaridad.

La solidaridad no solo era en el ámbito del hospedaje, sino en el aspecto de la alimentación. En mi caso, con mi hermano Diego, Jota, Julián y el Rolo, compartíamos generalmente la comida cuando se cocinaba. Para mí era importante saber que cuando salía de clases y llegaba a la residencia, ya estaba en la mesa la comida o se guardaba en los closet de la habitación. Se compartía el café, el arroz, las verduras, las achiras y el queso, que mensualmente llegaba del Huila en las encomiendas. La comida une, genera lazos de comunidad, genera calor de humanidad.

Caminar por el centro histórico de Popayán es caminar por mi memoria. Caminar por las diferentes facultades de la Universidad del Cauca. Por Humanidades, Educación, Artes, Contables, Santo Domingo entre otras. Caminar con los libros de un lado para el otro, de facultad en facultad, de evento en evento, de conferencia en conferencia; con el ánimo y la vocación de un librero. Si algo recuerdo de la ciudad de Popayán, es cuando era librero. Cuando llevaba los libros adheridos a la piel.

Recuerdo la frase “*Quítele ese condón*” como la predilecta del profesor Guido Barona, cuando se acercaba a la mesa de libros que siempre se ubicaba a la entrada de la Facultad de Humanidades, en seguida de una reja negra de hierro, que era testigo del paso estudiantil. “El condón”, como él lo llamaba, era el plástico, la bolsa o la chuspa en la que están empacados los libros para protegerlos, no del sida, la sífilis o la gonorrea, sino de las intemperies del clima, de las manos sucias, de los “*ires y venires*” de cada jornada, de las cucarachas, la polilla, el polvo y todo lo que pudiera poner en riesgo su existencia. Claro, uno como lector, decía el profesor Guido, quiere es tocar los libros, mirar el índice, oler sus hojas, mirar de pasadita algunas páginas, generar un vínculo con el libro y poder aventurarse a la lectura, a su aventura. Cada libro es como un viaje de sentimientos, sensaciones, emociones, pensamientos y estados de ánimo.



En mi memoria tengo grabada la primera venta que realicé en la Facultad de Ciencias Contables de la Universidad del Cauca; fue el libro “*Una minga para el post-desarrollo*”, del escritor colombiano Arturo Escobar. Me sentía contento porque nunca había jugado el papel de ser vendedor, de seducir a los otros para que me compraran algo, en este caso un libro. Pensaba que lo mío no era lo de la ventas, me daba un poco de pena al principio, esperar en los pasillos, cargar las cajas, siempre estar detrás de los celadores para pedir el permiso de guardar el material, estar diciendo “*Bienvenido a la librería, ¿qué libro necesita, qué libro está buscando, en qué se le puede colaborar? Lleve el libro que quiera, que manejamos el sistema de crédito.*”, pero con el paso del tiempo y la experiencia, esos miedos, penas y temores se fueron al carajo, no quedó sino su triste recuerdo.

En la librería ¿qué librería, si apenas era una mesa de plástico azul!, donde se posaban algunos libros de filosofía, antropología, derecho, economía, sociología, historia, y literatura, no podían faltar el capital de Marx, los libros de Carlos Castañeda, los poemas de Pablo Neruda, la Rayuela de Cortázar, La invención del desarrollo de Arturo Escobar, el Río de Davis, Cien años de soledad, Amanecer en el Valle del Sinú de Jattin, El desbarrancadero de Vallejo, Critica a la Razón Pura, Opio en las Nubes, Que viva la música, y demás. Libros que uno ya sabía que se vendían como pan caliente; se vendían solitos como por arte de magia. En este arte de ser librero uno poco a poco va aprendiendo a conocer a los lectores, sus gustos, fascinaciones y repulsiones, lo que leen y lo que no leen, qué libros ya tienen y qué libros les hace falta en su *ego-teca*.

En mi caso, la librería fue un puente que me permitió entablar dialogo con los autores y o lectores sobre los más diversos y múltiples temas del universo académico y de la vida: el amor, la libertad, el capitalismo, el desarrollo, el tiempo, el territorio, la muerte, la existencia, la violencia, el feminismo, la guerra, el conocimiento, el chamanismo, la política, la democracia; en fin, la librería era un mar de posibilidades, un universo de probabilidades. En esos diálogos sentía que el escritor o el lector me ofrendaban un puñado de su tiempo, sus reflexiones, sus pensamientos, sus ilusiones, sus esperanzas, sus vidas, sus avatares. La librería era una excusa para compartir, soñar, tejer, criticar, analizar con los otros, con los que se refugian en medio de una tormenta detrás de las hojas de un libro en un día cualquiera, en una cama cualquiera, en una

biblioteca cualquiera. La librería era un pretexto para arrebatarme el tiempo a las voces de la miseria, y de paso, ganarse la vida como estudiante.

La librería se convirtió en una trinchera del conocimiento, donde las principales armas eran los libros y las balas las letras. Allí pasaba horas y horas del día cuidando como un cazador cuida su presa; unas veces sentado, otras acompañado, otro cansado o con pereza, sin querer hacer nada y muchas concentrado, preparando y estudiando las lecturas de los textos y artículos de filosofía. Después de vender libros y empacarlos en las cajas lo más ordenados posible, uno encima de otro, con todo el cuidado del mundo, trasportarlos de un lugar a otro y dejarlos en su sitio, en su guarida; lo mío era caminar por esos pasillos de la facultad de humanidades y estudiar filosofía en las tardes y la noches en medio del frío de los escuetos salones de convento, donde el único aire que se respira es el almizcle de la historia colonial, de curas, religión, esclavos y monjas.

Recuerdo que del autor del que más se vendían libros era de Carlos Castañeda, porque lo recomendábamos como todo un *Best Selle*, como un pensador de vanguardia, que por medio de su pluma llegó a conquistar a las generaciones de los años sesenta, setenta y ochenta, gracias a sus viajes psicodélicos del peyote y a las enseñanzas de su tutor Juan Matus, un indio yaqui que sabía del arte de la brujería. Con mi hermano Diego, lo recitábamos a diestra y siniestra. Hablábamos del hombre de conocimiento, del arte de ensoñar, del arte de acechar, del punto de encaje, del olvido de la historia personal, de parar el mundo, del no hacer y del ver.

Carlos Castañeda era de esos autores que daba gusto leer y alegría ver que los lectores se dejaban seducir. Siempre le decía a los lectores, amigos, conocidos y desconocidos, que los libros de Castañeda eran unos libros de poder, porque estaban escritos en la segunda tensión, un estado de conciencia no ordinario según las enseñanzas de su mentor y benefactor Juan Matus. Fue tanto el impacto de Carlos Castañeda, que hasta mi hermano Diego terminó haciendo su trabajo de grado en filosofía, sobre el hombre de conocimiento´.

Con el paso del tiempo empecé a conocer los libros, a entablar una amistad con ellos más allá de lo económico. Sabía la importancia de su contenido para los otros, en qué papel estaban impresos, el tamaño de la letra, la tapa, su diseño, si eran cocidos, o solamente pegadas sus hojas,

en qué editorial se publicaban (porque en realidad esto sí importa). Aprendí a oler la fragancia de sus hojas. Entendí que con el cambio de un idioma a otro se presentan cambios brutales y esto lo sabe el lector más especializado. Los libros se fueron convirtiendo en los cómplices, testigos y compañeros de mi vida. No puedo decir como la escritora Frenkel (2017) en su libro *Una librería en Berlín*, “cuando me llegó la hora de escoger una profesión, no lo dudé: seguí mi vocación de librera” (p. 21), pero si puedo decir, si cambio de profesión un día, ojalá, sea por la de librero.

Así las cosas, creo y estoy casi seguro de que el arte de ser librero durante mi paso por Popayán fue uno de los oficios más hermosos y enriquecedores para mi alma, sobre todo cuando se ejerce este bello oficio con placer y con amor. Basta con abrir las páginas del libro “*Sri Aurobindo o la aventura de la consciencia*”, escrito por Satrem (1984) y dejarse atrapar por “el dulce sonido de las palabras que se recrean en la mente, las cuales van llevando al misterio de la consciencia, donde la última aventura que nos queda como humanos, es el viaje hacia “nosotros mismos” (p.5)



**Fotografía 12.** Arcos (2013). *El oficio de librero*. Universidad de Nariño. Archivo personal.

### *Angustias existenciales en mi retorno a la Universidad del Cauca*

Una de las decisiones más complejas en mi vida académica, fue elegir retornar a estudiar filosofía a la Universidad del Cauca en la ciudad de Popayán. Fue una decisión casi contra mi propia voluntad, condicionada además por factores externos, más no por la convicción de regresar por voluntad propia para culminar mis estudios de pregrado. Ya era el cuarto intento que hacía por estudiar una carrera universitaria y cumplir con el delirio de ser una persona profesional. Había comenzado a estudiar contaduría pública en la ciudad de Neiva, Ciencias Sociales en la Universidad Distrital en Bogotá, Antropología en la Universidad del Cauca y para esos momentos filosofía. Parecía que me perseguía la idea de un eterno retorno, donde el objetivo era estudiar en la universidad más allá de mis cavilaciones existenciales. Para mí fue un trágico retorno, pero con el pasar de los días le terminé cogiendo cariño y aprecio a la carrera de filosofía, porque era un programa que incluía otras formas de conocer y de ver al ser humano, al mundo y la naturaleza.

Para esos momentos, mi vida la había visualizado fuera del contexto académico, no porque no deseara la búsqueda del conocimiento, sino porque en lo profundo de mis pensamientos y mi corazón, ese vínculo que algún día existió con el conocimiento académico de la universidad, se había marchitado como una flor en el verano. Consideraba que si era por la búsqueda del conocimiento en temas filosóficos podía acceder de manera autónoma y autodidacta. Mi sueño de ser profesional, trabajar y ganar un salario para poder sustituir ya no era una idea que me embujara, que me encantara. Esa idea de ser profesional asalariado y sometido a unas rutinas laborales se había diluido como una pompa de jabón.

Para esos días soñada con estar en la montaña como un ermitaño que navega hacia el mundo interior, explorando en las profundidades de mi alma. Viviendo una vida sencilla y en armonía con la naturaleza, con la *Pacha Mama* como se nombra a este bello planeta más allá de los ideales de la sociedad de consumo; cultivando mis propios alimentos, rodeado del silencio de los árboles y del arrullo de los pájaros; escuchando el canto de la lluvia y de los ríos; recorriendo los campos e invocando por medio de mantras la anergia divina. Ese era el ideal para ese momento, vivir una vida sencilla y en paz. En conexión con la naturaleza.

Esos ideales y utopías se derrumbaban como un castillo de naipes. Para eso días, recibimos con Natalia la noticia de que estábamos esperando la bendición de una hija, de una niña que cambiaría el rumbo de nuestras vidas. Mi hija fue la principal razón para estudiar nuevamente en la universidad, porque al graduarme como profesional podría asegurar en el futuro, solventar los gastos y la crianza de Celeste. Para mí era más fácil regresar a la universidad y ser profesional por las garantías que de una u otra manera ofrece, que quedarme en el pueblo de San Agustín y trabajar en la construcción, en el campo o al rebusque como hace gran parte de la sociedad colombiana. Por Celeste y por la familia, retomé mis estudios.

Con el tiempo y repasando algunos autores del pensamiento latinoamericano como el filósofo Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Santiago Castro Gómez, Walter Mignolo, Edgardo Lander, Nelson Maldonado Torres, Arturo Escobar, Boaventura de Sousa Santos, Catherine Walsh, entre otros, pude comprender y analizar que mi crítica a la universidad, que mi rechazo, que mi abandono no era una simple rebeldía de un joven de 25 años, no era una patalaya académica, sino un descontento con lo que estaba de fondo, en la profundidad del océano académico y universitario, algo a lo que estos autores denominan la colonialidad del saber.

### *Colonialidad del saber*

Tuve que llegar a la Universidad del Cauca como estudiante de filosofía y escuchar, de la voz del profesor Mario Armando Valencia, la categoría de la colonialidad del saber. Con las lecturas sugeridas por el profesor comencé a comprender su significado y la importancia para entender las dinámicas del conocimiento académico universitario en el transcurso de la historia moderna colonial. Fue el profesor Valencia quien me abrió un camino hacia ese mundo de interpretaciones del pensamiento crítico decolonial como el mismo lo catalogaba. Claro, el profesor Valencia, hacia un par de años que había llegado de estudiar del Ecuador en la Universidad Andina su doctorado en estudios culturales, y por lo tanto, había tenido la oportunidad de formarse con los escritores, filósofos, sociólogos y antropólogos de la red modernidad-colonialidad. El profesor había sido estudiante de Enrique Dussel, Santiago Castro Gómez, Edgardo Lander, Catherine Walsh, Walter Mignolo, entre otros. Por lo tanto, Mario Valencia era uno de los promotores y divulgadores del pensamiento decolonial en el pregrado de

filosofía. Quien junto al profesor José Rafael Rosero fueron ponentes y precursores en el cambio de programa y malla curricular de la carrera de filosofía. Es decir, fueron los que abanderaron la lucha epistémica para el cambio de programa, para que se reconocieran y legitimaran otras formas y maneras de filosofar.

Revisando y releendo los artículos, textos y apuntes de mis cuadernos de las materias de pensamiento filosófico latinoamericano, me reencontré con los planteamientos teóricos del sociólogo peruano Aníbal Quijano. Para mí, Quijano en esos momentos era un autor desconocido, que no aparecía dentro de mis referentes teóricos. No lo había escuchado, ni siquiera en la carrera de Ciencias Sociales, porque los autores que trabajábamos en esa carrera eran todos teóricos europeos, principalmente de cinco países. Alemania, Francia, Inglaterra, estados Unidos y en menor medida Italia. En este caso, Aníbal Quijano no hacía parte del canon de pensadores de las ciencias sociales y era un pensador marginal desde las lógicas del eurocentrismo. De acuerdo con Grosfoguel (2011): “Si tomamos el canon de pensadores privilegiados en las disciplinas académicas occidentales, podemos observar que privilegian sin excepción a los pensadores y las teorías masculinas occidentales, en particular la de los europeos y euronorteamericanos” (p. 344).

Quijano y los demás pensadores latinoamericanos no eran parte del canon de las ciencias sociales y mucho menos de la tradición hegemónica de la filosofía occidental. Para el mismo Mario Valencia era extraño que en su doctorado de estudios culturales, Anibal Quijano fuera uno de los principales referentes teóricos. A propósito, el sociólogo peruano Aníbal Quijano considera que 1492 es el comienzo de lo que él denomina como la *colonialidad del poder* o el nuevo patrón de poder moderno/colonial; que empieza a construirse, y constituirse a partir de la conquista y colonización de esas otras culturas que se encontraban al otro lado del Atlántico, bajo el dominio de la empresa colonial europea y que con el pasar del tiempo y el espacio logró perpetuarse y expandirse a lo largo y ancho del planeta tierra, hasta cubrir toda la superficie de la misma. En este sentido, Quijano (2014) considera que la colonialidad del poder se organizó bajo la idea de raza como eje articulador y constitutivo de las nuevas identidades sociales. Allí, se naturalizó un orden biológico que decretaba la superioridad del hombre blanco europeo respecto

al otro, el indígena, negro, amarillo y mestizo, es decir, el constructo ideológico de raza como un instrumento de dominación y clasificación social del poder moderno colonial.

En este mismo rango de importancia, siguiendo los planteamientos teóricos de Quijano (1992) se puede apreciar que la colonialidad del poder también operó frente a la elaboración y producción de conocimiento de los pueblos indígenas en primera instancia. Donde se produjo una represión, extirpación, eliminación de esos otros conocimientos no occidentales, por considerarlos no racionales y pre modernos. A esta dimensión epistemológica del conocimiento según Rojas y Restrepo (2010) se la conoce más recientemente como la *colonialidad del saber*, que es donde se resalta la dimensión epistémica de la colonialidad del poder. En este orden de ideas, se concibe a la colonialidad del saber como la pretensión de interpretar como superiores y válidos los conocimientos europeos, frente a los producidos en otras latitudes de la tierra y donde estos tipos de conocimientos son tratados como saberes, *doxa* o no conocimientos, por falta de principios racionales y lógicos.

Visto de esta manera, la colonialidad del saber, está íntimamente relacionada con la idea de racismo, ya que considera que los conocimientos eurocéntricos son superiores al resto de tradiciones filosóficas. Según Grosfoguel (2011):

El racismo epistémico es la forma fundacional y la versión más antigua del racismo en cuanto la inferioridad de los no occidentales como seres inferiores a lo humanos (no humanos o subhumanos), se define con base en su cercanía a la animalidad y el último con base en la inteligencia inferior y, por ende, la falta de racionalidad. (p. 343)

El racismo epistémico es la concepción que considera que los únicos conocimientos válidos y veraces producidos desde la perspectiva racional, elaborados y legitimados desde la perceptiva filosófica son del eurocentrismo, donde la verdad, la racionalidad y la universalidad son los ejes fundamentales de dicha representación epistemológica. Los conocimientos que no estén dentro de esta lógica eurocéntrica, no son sino saberes premodernos. Tomando en cuenta lo planteado por Quijano (1992), se puede decir que la colonialidad del saber se estableció a través de los siguientes pasos:

- 1) Represión de los conocimientos no occidentales, por parte de la empresa colonizadora
  - 2) Imposición de conocimientos occidentales, por parte de la empresa colonizadora
  - 3) Seducción y aspiración a los conocimientos occidentales, por parte de los colonizados
  - 4) Negación de los conocimientos no occidentales, por parte de los mismos colonizados.
- (p.12)

De acuerdo con lo planteado hasta ahora, se puede entender que la colonialidad del saber discriminó, invisibilizó y desprestigió otras formas de producir conocimiento, simplemente porque no se ajustaban a la lógica de lo que Gómez (2010) denomina como la *hybris* del punto cero. Por lo tanto, la colonialidad del saber se convirtió en un régimen que clasifica los conocimientos en una escala pendular entre lo racional y lo mítico.

El objetivo de la colonialidad del saber que nació y se consolidó en el trascurso de la modernidad colonial es el control y dominio del conocimiento para determinar cuál es el conocimiento racional y real y cuáles son los tipos de conocimiento considerados como saberes o doxa. La eficacia de esta colonialidad del saber operó gracias a lo que Quijano denomina como la colonialidad del poder y su operatividad en el trascurso del tiempo y el espacio del proyecto moderno colonial en sus diferentes etapas.

Es importante analizar y reflexionar detenidamente, que para consolidar esa dinámica y lógica de la colonialidad del saber en las primeras centurias de la colonización, se dieron estos pasos que deben ser abordados de manera detallada. Primero, como describe Quijano (1992) se reprimen los conocimientos no occidentales, es decir, trataron de borrar, de extirpar, anular, finiquitar los conocimientos de los pueblos indígenas y negros. A este fenómeno sepulcrista, Boaventura de Sousa Santos (2009) lo nombra epistemicidio, que es el exterminio de los conocimientos ancestrales. Frente a este acontecimiento, propio de la colonización moderna colonial, Santos (2009) propone, la recuperación de dichos conocimientos, que a pesar de la fuerza estranguladora del proyecto moderno colonial, no logró eliminar por completo la diversidad y multiplicidad de esas otras epistemes. Muchas de esas otras epistemes aún perviven en los pueblos indígenas, en las diferentes regiones geográficas de Colombia.



En segundo lugar, la imposición de los conocimientos occidentales por parte de la empresa colonizadora, pues no bastó con el epistemicidio de los conocimientos ancestrales, sino que le impusieron por la fuerza otros tipos de conocimiento que no correspondían con su imaginario, con su manera de ver, conocer y sentir el mundo. A los habitantes del *Abya Yala* se les impuso todo: la religión, la fe católica, el trabajo, las creencias, la política y la economía. Se les impuso según Quijano (1992) las “imágenes y sistemas de imágenes, símbolos, modos de significación; sobre los recursos, patrones e instrumentos de expresión formalizada y objetivada, intelectual o visual” (p.12).

Como tercer aspecto, la seducción y aspiración a los conocimientos occidentales por parte de los colonizados, toda vez que se reprimen los conocimientos de los pueblos del *Abya Yala*, y se imponen las lógicas de conocimiento occidental. Lo que pretenden estas dinámicas de la modernidad eurocéntrica es la fascinación y encantamiento de los conocimientos propios de occidente. Es una seducción epistémica por el conocimiento eurocéntrico. Este encantamiento reina hasta nuestros días y el afán de educarse en Europa es parte del hechizo. Más aun, para el gremio de los filósofos, que sueñan con Alemania o Francia y con ello, consolidar la hegemonía de la colonialidad del saber. Estudiar en Alemania o Francia no es el problema, el problema radica en considerar que lo que se aprende en estos países son los únicos conocimientos válidos y por lo tanto se niegan otras formas de conocer y de filosofar.

En cuarto lugar, la negación de los conocimientos no occidentales por parte de los mismos colonizados y de los sujetos formados bajo el orden de la colonialidad del poder y el saber. Este último fenómeno es muy interesante, porque en gran parte de la academia que se forma en la filosofía occidental hegemónica niega esos otros conocimientos y los califica de saberes. En el caso de la población colombiana, esta desconoce y niega los conocimientos de los pueblos negros e indígenas del país. Para gran parte de la sociedad, este tipo de conocimientos no es más que brujería y hechicería que realizan los taitas, tegualas o chamanes en sus diversas ceremonias ancestrales. Un ejemplo de esta negación de esos otros conocimientos ancestrales, se presenta en el ámbito de la salud, donde la medicina occidental niega la curación por parte de plantas

medicinales como el yagé, al considerarlo un alucinógeno psicodélico que altera la percepción de y no como una medicina ancestral.

La formación de un filósofo en la Universidad, puedo decirlo por mi experiencia vivida en el programa durante los años 2013 a 2016, orientada por la mayoría de profesores, continua reproduciendo las dinámicas de la colonialidad del saber. Todos los docentes han sido formados por la lógica del régimen de la colonialidad del saber y tienen una mirada despectiva y muchas veces folclórica respecto a los conocimientos de los otros pueblos como los orientales, africanos o indígenas.

Revisando sus pergaminos de pregrado, y posgrado, nos damos cuenta que su formación se dio en el contexto de lo que Grosfoguel (2021) denomina la universidad occidental y occidentalizada, donde las mallas curriculares son completamente eurocéntricas, lo que conlleva a que sus autores y problemáticas sean abordados principalmente desde la óptica europea, es decir, desde la perspectiva eurocéntrica. Reconozco que en sus clases siguen replicando este modelo hegemónico, aunque citar a Quijano (2014) cuando afirma que: “el eurocentrismo no es la perspectiva cognitiva de los europeos exclusivamente o solo de los dominantes del capitalismo mundial, sino del conjunto de los educados bajo su hegemonía” (p. 287)

Para Walsh (2007), la colonialidad del saber “descartó por completo la producción intelectual indígena y afro como conocimiento y consecuentemente, su capacidad intelectual” (p.104), relegando este tipo de conocimientos y epistemologías a simples saberes folclóricos y premodernos de las comunidades que viven al margen, a la orilla y periferia del proyecto moderno colonial. En este sentido, la colonialidad del saber opera bajo la negación de la otredad y sus concepciones epistémicas de la vida, el mundo y la naturaleza. Descartar los conocimientos producidos por parte de otras esferas no occidentales ni eurocéntrico, es condenarlos a la muerte, sumergirlos al olvido y continuar con la lógica de la colonialidad del saber.

Ahora bien, la colonialidad del saber reconoce que el eurocentrismo es la única manera de conocimiento válido para occidente y quienes han sido formados bajo este patrón de poder

moderno colonial descartan conocimientos de otras culturas, de otras formas de producir conocimiento, por no ser universales, neutras y objetivas, es decir, por ser conocimientos que están manchados por la subjetividad, por las pasiones, por la corporalidad. Leyendo a Restrepo y Rojas (2010), reconozco que “el eurocentrismo es la combinación del etnocentrismo y el sociocentrismo europeos que se ha pretendido imponer como paradigma universal de la historia, el conocimiento, la política, la estética y la forma de existencia” (p. 135); de esta manera, nos podemos dar cuenta como la malla curricular del programa de filosofía se articula de manera eurocéntrica, ya que privilegia la filosofía desde una orden occidental.

El eurocentrismo según Quijano (2000) es una manera de nombrar y concebir el conocimiento, con un origen que se remonta a las postrimerías del siglo XVII, con la secularización del pensamiento europeo, y las dinámicas asociadas al colonialismo y a la economía moderna capitalista. El eurocentrismo es una postura académica que reconoce que los únicos conocimientos veraces son los producidos por pensadores occidentales bajo la órbita de la razón. Por otro lado, el eurocentrismo concibe a la razón como única manera de generar y producir conocimiento. Este era uno de mis principales motivos de mi abandono de la universidad, pues no compartía la idea que la única manera de conocer el hombre, el mundo y a la naturaleza se diera desde un enfoque racional. Si bien es cierto que la razón es una forma del conocimiento, creo que no es la única. Por esta razón, mi experimentación con el yoga, la meditación, las plantas de poder, constituyen formas de tratar de ver y comprender el mundo más allá de los límites de la razón. Para Luis Villoro (1993):

La modernidad formula un proyecto de racionalización del universo. Se trata de una razón totalizadora. Porque dirigida a todo; única, porque se ejerce por igual a todos los órdenes del ser, universal, porque es compartida por todos los sujetos...volver al mundo racional no es solo explicarlo y comprenderlo, es también transformarlo. La razón está ligada a la acción técnica tanto en la naturaleza como en la sociedad. (p. 2)

Así las cosas, como lo afirma Villoro (1993) la razón está en todas las esferas de la vida, en la política, la economía, la educación, en la relación instrumental del ser humano y la naturaleza,

en el juego, en la arquitectura, la música y la filosofía. Haber sido estudiante de filosofía de la Universidad del Cauca es formarse en buena parte bajo los parámetros del eurocentrismo y su dinámica de la racionalidad occidental. Por otro lado, La malla curricular del programa de filosofía desde el primer semestre uno como estudiante comienza a navegar por la línea de tiempo eurocéntrica, que divide la historia universal en cuatro periodos en el caso del pensamiento filosófico: la Antigüedad: con los filósofos presocráticos y sus reflexiones en torno a la naturaleza. Platón y Aristóteles y sus pensamientos respecto al hombre como un ser ético, político, social, estético, ontológico, metafísico, cada autor con sus respectivas posturas y diferencias; la edad media, con San Agustín como el principal representante de la Patrística y Santo Thomas con la escolástica, donde los temas principales son dios, la fe y la iglesia; la modernidad, cuyos inicios se dan con el empirismo y el racionalismo, con autores destacados como Francis Bacon, Descartes, Spinoza, Hume, Kant, Marx, Nietzsche, Hegel, escuela de Frankfurt, hermenéutica y fenomenología, y finalmente, la posmodernidad. Donde se destacan Lyotard, Foucault, entre otros. Cabe aclarar que cada profesor era especialista en cualquiera de los autores. El mismo Filósofo Dussel (2005) reconoce que:

La filosofía que estudiábamos partía de los griegos a quienes veíamos como nuestros orígenes más remotos. El mundo amerindio no tenía ninguna presencia en nuestros programas y ninguno de nuestros profesores hubiera podido articular el origen de la filosofía en ellos. Además, el ideal del filósofo era el que conocía en detalles particulares y precisos las obras de los filósofos clásicos occidentales y sus desarrollos contemporáneos. Ninguna posibilidad siquiera de la pregunta de una filosofía específica desde América Latina. (p.1)

Leyendo a Dussel se puede comprobar cómo la formación de un filósofo, ya sea en Argentina, México, Brasil, la Universidad del Cauca o Europa, tiene las mismas características en cuanto a los problemas abordados, los orígenes de la filosofía, los autores y los temas trabajados. Dábamos por sentado que la única manera de ver el mundo era la perspectiva filosófica occidental y eurocéntrica. Y en el caso, de los trabajos de grado de los estudiantes de filosofía, en la mayoría lo único que se hace es comentar la obra de un autor y ser especialista en

el mismo. Rara vez, el autor a trabajar es contextualizado y analizado desde la experiencia de vida práctica del estudiante, las dinámicas del territorio y la actualidad de la sociedad colombiana. No basta con ser un erudito en Descartes, sino sirve para pensar la realidad propia del contexto, recordando que la filosofía es el arte de pensar la realidad.

Me parecía radical el planteamiento eurocéntrico del profesor Alfredo Rodríguez, con quien estuve en sus clases trabajando y analizando la obra del filósofo Marx y Platón. Para él, los únicos filósofos que existían en la historia de la filosofía eran: Platón, Jordano Bruno, Spinoza, Marx y Derrida, al resto de pensadores, según su postura filosófica, no los consideraba filósofos, pero ¿qué hace que el profesor diga quién es filósofo y quién no? Seguramente, Descartes y Foucault se retuercen en sus tumbas porque un filósofo de la Unicauca no los considera como filósofos.

En el ambiente de clases con los diversos profesores, se podía identificar claramente si estaban de acuerdo con las otras esferas del conocimiento como las filosofías del sur global, la filosofía latinoamericana, la filosofía intercultural o la filosofía en Colombia. Percibía, que existía una división por parte de los profesores que asumían una posición eurocéntrica o una postura intercultural. Recuerdo que los apologistas al eurocentrismo eran la mayoría de profesores: Juan Carlos Aguirre, Gustavo Zorrilla, Alfredo Rodríguez, Bernardo Espinel, Nelson Hurtado, Jorge Quintero, quienes de alguna manera se burlaban irónicamente y despectivamente del nuevo programa. Les costaba reconocer y legitimar las otras materias de filosofía no eurocéntrica. En el medio, estaba la posición moderada del profesor Guillermo Pérez, quien navegaba por las aguas de los autores latinoamericanos y la filosofía continental. En la otra orilla, en las grietas filosóficas, estaban las posturas de los profesores Mario Armando Valencia y José Rafael Rosero, quienes defendían a capa y espada la filosofía intercultural.

Desde un principio como estudiante de filosofía, tengo que decir que para mí fue un alivio conocer y comprender que en el programa de la Universidad del Cauca, tuviera un enfoque diferente al resto de programas de pregrado de Colombia. Al no ser un programa solamente de

carácter eurocéntrico, sino, que incluía dentro de su currículo, una perspectiva distinta de la filosofía.

El régimen de la colonialidad del saber, se sigue reproduciendo en el mundo actual y contemporáneo por medio de la universidad pública como privada, la escuela y el colegio, siendo estas las esferas legitimadoras y reproductoras de la colonialidad del saber y el eurocentrismo como principales fuentes de conocimiento del mundo moderno colonial. Se puede afirmar que los individuos que han vivido el colonialismo, y la modernidad colonialidad, están formados y estructurados académicamente bajo los patrones epistemológicos de la colonialidad del saber. Cabe resaltar que la universidad según Valencia y Rosero (2013) debe entenderse como:

Un proyecto ilustrado producido desde una plataforma etnoclasista construida como base y apoyo de la simultánea constitución de los estados nacionales europeos, la cual se articuló como prolongación del espacio racial y político utilizado, en el ámbito de los claustros y las aulas de clase. (p. 184)

En esa medida, es posible estar de acuerdo con Valencia y Rosero al coincidir en que la universidad es un proyecto que legitima la colonialidad del saber y el eurocentrismo como única manera de conocimiento válido y veraz. Por lo tanto, se puede pensar una universidad que supere los sesgos y dogmas epistemológicos de la colonialidad del saber y el eurocentrismo. Nos cabe repensar la universidad y transformarla en universidades interculturales, teniendo en cuenta las lógicas culturales de cada contexto, donde se respeten, se reconozcan y legitimen las diferentes tradiciones filosóficas de la humanidad, con el ánimo de construir un ambiente académico que trascienda y supere la colonialidad del saber.

### ***Filosofías del sur: una apuesta subversiva***

A pesar que gran parte de la malla curricular del programa de filosofía en la Universidad del Cauca se presenta desde la respectiva eurocéntrica, en el primer semestre de la carrera, conté con la fortuna de estar en el seminario de filosofías del Sur Global orientado por el docente Mario Armando Valencia. A la par que se estudiaba los presocráticos y su transición del mito al

Logos como lo exponía el profesor Gustavo Zorrilla. Además, de las materias de lógica y Platón, la materia que menos me agradaba era la de lógica, no sé por qué me producía cierta fatiga existencial; tal vez, por la tensión que el docente generaba por medio de sus comentarios sarcásticos respecto a las Filosofías del Sur y el pensamiento filosófico latinoamericano. Los presocráticos me parecían fundamentales para pensar la relación hombre naturaleza en el contexto de la crisis climática y ambiental. En cambio, Platón me parecía similar en algunos planeamientos de la filosofía oriental con la representación de la alegoría de la caverna y su teoría en torno al alma.

Para Blavatsky (1987) en su texto *Isis sin velo*, “la filosofía platónica es el más perfecto compendio de los abstrusos sistemas de la antigua india y fue influenciada por filósofos como Kapila, Vyasa, Jaimini, Vrihaspati y Sumantu” (p.21). Si se tuvieran en cuenta estas afirmaciones por parte de la tradición filosófica y eurocéntrica de la modernidad colonialidad, tal vez, cambiaría la pretensión de que la filosofía occidental tiene un origen griego nada más. Ojalá que con el tiempo se realicen investigaciones para analizar las relaciones e influencias de la tradición filosófica de la India y su influencia en la filosofía platónica.

Cuando el profesor Valencia hablaba de filosofías del sur, hacía referencias a otras tradiciones filosóficas que no hacían parte del norte global, y que el proyecto de la modernidad colonialidad se habían negado y relegado al olvido académico de la filosofía. Las filosofías del Sur, eran esas otras formas de entender el mundo, el ser humano y la naturaleza, que se ubican más allá de la lógica de la razón instrumental. Pensar en las filosofías del Sur, es pensar en las tradiciones filosóficas como la Tojolabal, los Mapuches, los Nahuatl, la filosofía Maya, la filosofía Quechua o Guaraní ubicadas en el continente de *Abya Yala*, hoy conocido como América. Pensar en filosofía del sur es pensar en las filosofías de los Orisha, los Ubuntu, en el Budismo, el Taoísmo, los Vedas, y en fin, en las filosofías de la diversidad de culturas que se encuentran en la órbita planetaria. Pensar en las filosofías del sur es reflexionar en torno a esas filosofías que históricamente el proyecto de la modernidad- colonialidad ha marginado en la periferia, en los bordes del proyecto civilizatorio occidental.

Para Dussel (2016) es importante y esencial el reconocimiento de estas otras corrientes y tradiciones filosóficas porque:

Generan un proceso de mutuo enriquecimiento filosófico que exige situarse éticamente, reconociendo a todas las comunidades filosóficas de otras tradiciones con iguales derechos de argumentación, superando así un moderno eurocentrismo hoy imperante, que lleva a la infertilidad, y frecuentemente a la destrucción de notables descubrimientos de otras tradiciones. (p. 11)

Reconocer al otro, al diferente, al que tiene otras creencias, otras formas de ver el mundo, implica verlo, tener en cuenta su figura de mundo como señala Villoro (1993) y respetarlo en toda su humanidad. Reconocer al otro, implica crecer mutuamente en la comprensión de la diferencia, en la comprensión de la diversidad de la otredad. Dussel (2016), en su texto *Las Filosofías del Sur*, extiende su invitación al diálogo, a la conversa, a hablar, a extender puentes comunicativos entre las multiplicidad de tradiciones filosóficas. Tanto del norte como del sur, como de oriente y occidente, “sería la primera vez en la historia de la filosofía que las diversas tradiciones se dispongan para un auténtico y simétrico diálogo, gracias al cual aprenderían muchos aspectos desconocidos o más desarrollados en otras tradiciones” (p.11).

El diálogo y la conversa, tal vez sean la única manera como las diferentes corrientes filosóficas puedan conocer, comprender y aprender de los otros, sobre todo en estos momentos de crisis civilizatoria, donde lo que se necesita es creatividad y afrontar las problemáticas que nos acechan desde la diversidad epistémica y filosófica.

Recuerdo que tras la primera clase de filosofías del sur con el profesor Mario Valencia quedé muy contento. En ese momento, cerró la puerta del salón de clases como para que nadie lo escuchara por el pasillo y se pudiera expresar libremente, y de paso, asustar a sus novicios con sus expresiones potentes e imponentes. El salón parecía un búnker con sus paredes coloniales. Sacó el computador, alistó un marcador, y se abalanzó sobre el tablero para realizar la línea de tiempo de la historia universal. En cada etapa histórica, iba colocando los conceptos más



importantes. Las palabras éxito, desarrollo, progreso, modernidad, consumo, Razón, capitalismo, nos habían llevado a la crisis civilizatoria que afronta a la humanidad. En palabras de Valencia (2017):

Al hablar de crisis civilizatoria se hace referencia a un espacio-tiempo coyuntural desde cuyo umbral nos vemos abocados e impelidos a dimensionar una nueva condición histórica (no un nuevo periodo histórico) que, para ponerlo en términos concretos, se aparta de la típica periodización lineal occidental que traza una línea progresiva en términos de periodos que van de la antigüedad clásica a la posmodernidad. (p. 17)

Valencia no dudó en interpelar algunas de nuestras creencias que se sustentaban bajo estos conceptos. La mayoría de estudiantes sintieron baldado de agua fría, pues terminaron intimidados por las posturas filosóficas del profesor. Era claro que revolcaba nuestras subjetividades. Pese a esto, yo sentía que por fin alguien interpretaba desde la filosofía lo que por mi propia experiencia conocía. Fue así entonces que en la clase de filosofías del sur abordamos en su mayoría el texto de filosofías de la India del indólogo Heinrich Zimmer; los fundamentos de la filosofía India; asimismo, el Jainismo, el Budismo, el Brahmanismo y Sankhya y Yoga fueron temas de estudio. Eran otras perspectivas filosóficas en torno al ser humano, que permitían conocer posturas filosóficas de manera rigurosa. Esto aumentaba mi deseo por conocer las filosofías de la india y algún día viajar a un monasterio del Tíbet. Cabe resaltar, que dentro de las filosofías del sur, dependiendo el profesor, se cambiaban los temas. No solamente era la india; por ejemplo, recuerdo que el profesor Rosero le gustaba trabajar las filosofías andinas, en especial la filosofía Tojolabal.

Para mí era muy satisfactorio que en el programa de filosofía de la Universidad del Cauca existiera un espacio para la reflexión y el pensamiento en torno a las filosofías de la India. Era como un sueño saber que el programa de filosofía tenía dentro de su malla curricular los temas que desde mi búsqueda y expectativa estaba anhelando. Desde mi experiencia por el viaje de Suramérica ya estaba familiarizado con lo que en el programa de filosofía se nombraba como filosofías del sur. Había llegado a las filosofías del sur desde mi búsqueda personal fuera del

mundo académico, y para mi sorpresa, en la Universidad del Cauca estos conocimientos ya estaban reconocidos y legitimados en el área de filosofía. Consideraba que las filosofías del sur eran una apuesta subversiva dentro de un programa de filosofía en su mayoría eurocéntrico. Tal vez, mi decisión de continuar con el estudio de la carrera de filosofía, se daba gracias a esas transformaciones curriculares del programa, donde reconocía que el que hacer filosófico, no era solamente eurocéntrico.

De mi parte, y de la mano con el profesor Mario Armando Valencia, tratábamos de organizar y programar salidas pedagógicas a lugares donde los estudiantes vivieran la experiencia personalmente de tener la oportunidad de acercarse a las filosofías del sur desde un punto de vista práctico. Lo raro era que el profesor nunca se presentaba a estas prácticas. Siempre nos quedábamos esperando. Ese acercamiento se generaba cuando se programaban los **Te mescal** en la Ecoaldea Atlántida o en la finca Arcoíris o las visitas donde los devotos de los haré Krisna, una que otra práctica de meditación que se desarrollaba en el salón o las salidas pedagógicas al mundo andino, ancestral y enigmático de San Agustín Huila. Cabe resaltar, la labor del profesor Gustavo Zorrilla, que sin hablar de filosofías del sur, era el único profesor con el que se programaban salidas pedagógicas a San Agustín y se realizaba un paralelismo con los griegos. Zorrilla sin tanto hablar de interculturalidad, lo hacía en la práctica. El objetivo en esos momentos era demostrar que existían otras formas de conocimiento, otras maneras de filosofar, otras formas de relacionarse con la naturaleza.

### *Pensamiento filosófico latinoamericano*

Mario valencia siempre tenía la costumbre de cerrar la puerta del salón de clases lo más ajustada posible. Seguro que si fuera por él, hasta le pondría un candado. Teníamos que estar muy puntuales porque si no la puerta no se abría ni para respirar. Se incomodaba cuando una estudiante salía por una aromática o se dirigía al baño. Afortunadamente, sus clases eran de una hora, pero con ese tiempo bastaba para revolucionar nuestro pensamiento. Tenía la costumbre de caminar cabizbajo por el salón y de cuando en cuando ajustar sus gafas a la altura de los ojos. Él monopolizaba la palabra y se concentraba como si estuviera en un trance intelectual. Llevaba a sus espaldas la fama de ser un profesor bravo y arrogante, nada sociable con los estudiantes, a

pesar que gran parte de su discurso era en torno al otro, a la otredad, hacia el respeto y el reconocimiento. Esa era la gran contradicción, les decía a mis compañeros, hablar teóricamente del otro, pero en la práctica la teoría no se plasma, porque el ego del narcisismo es superior a los otros.

En el inicio de cada semestre el profesor Valencia (2014) lo primero que hacía era la presentación del curso, sobre qué temas y problemas se iba a trabajar y sus respectivos autores. En la presentación que aún conservo de unos de sus cursos encuentro lo siguiente:

El departamento de filosofía de la facultad de ciencias humanas y sociales de la Universidad del Cauca, es hoy uno de los pocos espacios académicos profesionales, si no el único en Colombia, que ofrece al estudiante un componente profundo de pensamiento filosófico crítico latinoamericano. (p. 1)

Se debe resaltar la manera en la que Universidad del Cauca sustentaba el único espacio en Colombia que tenía una malla curricular disruptiva con el resto de programas de filosofía del país. Esta Malla curricular que incluía en su contenido el pensamiento filosófico latinoamericano. Revisando de manera ligera el currículo del programa de filosofía de varias universidades, comprobaba las palabras de Valencia. La Universidad Nacional, la Javeriana, los Andes, la del Rosario, la del Valle, la de Antioquia, en sus planes de estudio lo que permitían apreciar son las lógicas del eurocentrismo filosófico, al trazar esa línea de tiempo que va desde los Griegos hasta la posmodernidad, pasando por la Edad Media y la Modernidad. Escasamente, la Universidad Santo Thomas de Bogotá, en su plan de estudios incluía una materia de filosofía latinoamericana y colombiana en su pregrado. En la Universidad del Valle, había grupos de estudio sobre el pensamiento latinoamericano, pero eran grupos en la periferia que no tenían dentro de su malla curricular la filosofía latinoamericana. Es decir, no gozaban de la legitimidad y reconocimiento por parte del programa de filosofía.

Para llegar al punto de transformar un programa de filosofía que en su esencia es eurocéntrico, afirma Valencia (2014):

Este es un logro de profesores y estudiantes, en términos de reconocimiento, obtenido con base en los diálogos, pero también en las luchas culturales y epistémicas libradas en el seno de los debates propios de una unidad académica como esta. El reconocimiento de la pluralidad de trayectorias históricas, de geologías del conocimiento diversas y de realidades geopolíticas concretas, que se hace concreto en la apertura de espacios regulares y legítimos para el estudio de temas y problemas inherentes al devenir del pensamiento filosófico de Latinoamérica, del Caribe, y del mundo latino y de los pueblos originarios de este continente. (p. 1)

Si bien es cierto que una de las ideas centrales en algunos filósofos como Heráclito es la idea de cambio, no entendía porque en pleno siglo XXI, la mayoría del cuerpo docente del programa de filosofía de la Universidad del Cauca, se resistía al cambio, atravesaba murallas chinas para que el programa continuara como estaba. ¿Acaso los cambios no son buenos? ¿Acaso los cambios no traen oportunidades para estudiar otros conocimientos filosóficos? Pero cuando la idea de cambio, toca algunas convicciones filosóficas y epistémicas que parecen intocables, nace la resistencia al cambio, al no querer modificar ni alterar el estado de las cosas.

El programa de filosofía no se cambió por el arrebató, las pataletas, los berrinches o las modas intelectuales de un par de profesores como Valencia y Rosero, quienes fueron los precursores en esta idea, por el contrario, el cambio se dio para generar un reconocimiento de esas otras tradiciones filosóficas excluidas por el proyecto de la modernidad-colonialidad. El antiguo programa duraba cinco años y su plan de estudios era eurocéntrico. Además, a mitad de la carrera, existían líneas de investigación, a las cuales, los estudiantes se matriculaban con el ánimo de realizar la tesis de grado y por su afinidad de pensamiento. No obstante, con el nuevo programa de filosofía cambio todo. Ya no era un programa de cinco años sino de cuatro años, donde se reconocen otras tradiciones filosóficas y se tiene una mirada crítica al eurocentrismo y su interpretación de la modernidad.

Ante la pregunta ¿existe una filosofía latinoamericana? Considero que no se requieren una respuesta, puesto que no se está buscando la legitimación ni el reconocimiento frente a ninguna tradición filosófica y menos el reconocimiento de la filosofía occidental eurocéntrica. En lo profundo, como dice Valencia (2014)

Una falsa pregunta múltiples veces repetida, cuya petición de principio la constituye el hecho de la respuesta y el veredicto, debe provenir de las culturas occidentales dominantes y de los centros de poder académico euro centrados, los cuales siempre han negado una respuesta afirmativa. (p.1)

Mi interés en esos momentos no era caer en los debates bizarros de si existe o no una Filosofía Latinoamericana, ni saber si la filosofía latinoamericana tiene presupuestos metodológicos o tiene rigor teórico, tampoco saber cuál es la función de la filosofía latinoamericana, su originalidad, su autenticidad, porque estos sin interrogantes a los cuales muchos autores han dedicado parte de sus vidas para encontrar una respuesta, queriendo la legitimación y el reconocimiento por parte de los centros de saber hegemónico de la filosofía. Lo que realmente me llamaba la atención, y es una de las grandes enseñanzas del pensamiento filosófico latinoamericano de que me encuentro agradecido, es su compromiso, y el alto contenido político para buscar mejores condiciones sociales para los otros, los oprimidos, los pobres, los de la periferia. Dussel cree sobre este aspecto que:

El filósofo crítico latinoamericano, como lo concibe la filosofía de la liberación, se asigna la responsabilidad de luchar por el otro: la víctima, la mujer oprimida del patriarcalismo, las generaciones futuras a la que les dejaremos una tierra destruida, etc. Es decir, todos los tipos de alteridad posible desde su conciencia ética situada; de cualquier ser humano con “sensibilidad” Ética que sepa indignarse ante la injusticia que sufre algún otro. (p.42)

El filósofo latinoamericano debe asumir una ética de lucha y justicia por el otro; colaborar en mejorar las condiciones materiales de los más pobres, de los excluidos históricamente por el proyecto moderno colonial; luchar para superar las injusticias sociales, en el caso de la gran

mayoría de la población de Colombia; defender la vida de en sus múltiples expresiones ¿Cómo no ser sensible por los otros?, ¿Cómo no indignarse con las masacres de líderes sociales que abundan en nuestro geografía colombiana?, ¿Cómo no indignarse cuando los politiqueros se roban gran parte del erario público?, ¿Cómo no luchar por la vida de los páramos y las montañas del macizo colombiano?, ¿Cómo no reclamar al Estado colombiano por una mejor educación y por el cumplimiento de los derechos para la sociedad? Es imposible, en el caso latinoamericano, no dejarme sensibilizar por las necesidades y problemáticas de los otros y no luchar para poder construir un mundo con justicia social y ambiental: un mundo más biohumano.

***Otras voces: desde el WhatsApp y el Google Meet***

***Eider Calambaz***

*“Marica”, me cuesta hacer los audios...jajajaja, ya he hecho como tres grabaciones y las borro porque siento que la “cago” jejejeje. Más bien, regáleme preguntas y yo las voy respondiendo así como muy concreto... Yo, en general considero que el programa de filosofía, en términos de la filosofía tradicional occidental y los procesos decoloniales de la academia de élite, es un referente, porque es el único programa del país que ha hecho esa transición (...)*

*(...) Las otras universidades han tratado de avanzar, sobre todo por las luchas estudiantiles, de posicionar escenarios, pues de orden no occidental en la producción filosófica. En ese sentido, mirar referentes filosóficos, indígenas, afro, más asociados al proceso del territorio de cada universidad. Pero, ninguno de esos departamentos de filosofía ha realizado una transición en la malla curricular (...)*

*(...) También, recuerde que en el primer capítulo de mi tesis, digo que eso obedece a las condiciones territoriales del Cauca y a la historia que tiene. A la influencia que ha tenido la antropología, la etnoeducación, y las otras maestrías. El departamento de filosofía trata de girar un poco como en aprendizaje en consonancia a eso de las dinámicas territoriales del Cauca (...)*

*(...) Y que, algunos académicos asumieron una lucha en la formación no tradicional como la Universidad Andina del Ecuador en estudios doctorales de la cultura donde estaba el combo de la modernidad colonialidad. Donde el referente teórico es una élite del pensamiento latinoamericano y es un referente para los docentes del programa de filosofía. En cambio, para mí, los referentes son los Taitas las Mamas, los Teguala, las Churas, los Yachas los Amautas que se encuentran en los territorios. Las montañas, los ríos, las selvas, donde se está haciendo proceso de otros conocimientos (...)*

*(...) Al enunciar que en la Universidad del Cauca existe un conocimiento de élite, no debemos ponerlos por debajo de otros espacios, es una nueva forma de los procesos de reconocimiento que el territorio ha permitido y abierto la posibilidad. Yo creo que así como hay que valorar la lucha de los profesores Mario Valencia y Rafael Rosero, también es una consecuencia de que ellos estén en conocimiento mucho o poco de lo que pase en el Cauca, donde hay más de 10 pueblos indígenas, más de 13 concejos comunitarios afros, donde es muy fuerte las luchas guerrilleras, y donde el movimiento campesino es muy fuerte y organizado. Es decir, el Cauca es un ejemplo de lucha y resistencia y es un ejemplo de lucha para el país (...)*

*(...) Por lo tanto, esto permite que en el programa de filosofía se haya realizado una transición, gracias a esas dinámicas del territorio. También, porque los estudiantes son indígenas, la mayoría son de zona rural, hay afros, eso hace una especie de presión social y política para que los cambios y las transiciones se den. El programa de filosofía es un referente para los cambios que se puedan generar en otros espacios académicos universitarios (...)*

*(...) Yo creo que al programa de filosofía, lo que le falta, es comenzar a plantearse los problemas filosóficos desde los otros idiomas como el Mizak, el Naza, desde lo nuestro, desde lo propio y generar lazos con procesos educativos con las Universidades Interculturales como la UAIIN o la Mizak Universidad (...)*

**Marisol serrano Arcos**

*(...) Por un lado, fuimos como muy de buenas, de haber llegado al programa de filosofía recién reestructurado, porque, justamente antes no estaba el enfoque intercultural, y pues fue muy chévere haber tenido la experiencia y mirar materias como la filosofía Nault y el tahuantinsuyo con el profesor Guillermo Pérez. Donde miramos los autores Guillermo León Portilla y José Esterman (...)*

*(...) Entonces, fue muy chévere haber tenido un acercamiento a esas culturas, porque uno empezaba a realizar interrelación con mi cultura. Por ejemplo, en mi caso, yo empecé la carrera con cuatro compañeros que eran indígenas, y entonces nosotros dialogábamos mucho con ellos. Le preguntábamos por ejemplo ¿en qué se parecen las materias que estamos estudiando con su cosmovisión, con su cultura? Entonces, nos decían que sentían harta afinidad con el imperio incaico, donde había cosas que se sentían muy próximas. Sobre todo en la relación e integración del hombre con la naturaleza y el respeto por los espíritus de la misma (...)*

*(...) Eso fue muy chévere, además, que representa un acercamiento distinto a la filosofía, porque no es simplemente estar leyendo la típica tesis con un título larguísimo y súper aburrido, que son las tesis que nosotros terminamos realizando cuando nos graduamos, porque nos acostumbramos de alguna manera a eso. En cambio en esas clases se leía poesía, literatura y micro cuentos para reflexionar filosofalmente. Recuerdo de memoria un poema de Portilla y te lo voy a narrar: Del interior del cielo vienen / Las bellas flores, los bellos cantos. / Los afea nuestro anhelo, / Nuestra inventiva los hecha a perder. / ¿He de irme como las flores que perecieron? / ¿Nada quedara de mi fama aquí en la tierra? / Al menos mis flores, al menos mis cantos. / Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.*

*(...) Cuando estábamos estudiando de lleno una de esas culturas, las clases eran súper apasionantes, no sé en qué momento empezó a volverse tedioso, en el que el discurso del dialogo intercultural, comenzó a ponerse repetitivo. Me explico, entonces leíamos a Raul*



*Fornet Betancurt, que manejaba el discurso de la interculturalidad y la importancia de alejarse del eurocentrismo y empezar a darle importancia a otras culturas y no relegarlo como a pensamiento y quitarle el estatus filosófico. Eso es muy importante, porque se reconoce la interculturalidad filosófica. Pero el problema, es que en un momento de la carrera ese discurso de lo intercultural se repetía demasiado y no trabajábamos la filosofía de los pueblos indígenas. Y yo le que quería era estudiar los Nahuatl, los Mayas, pero ya era solamente repetir y repetir el discurso de lo intercultural y su importancia y eso yo ya lo tenía claro. Por lo tanto, a mí me daba era pereza ingresar a esas clases y escuchar el discurso de lo intercultural (...)*

*(...) Otra cosa que le hace falta al programa de filosofía es que sea más práctico, porque las filosofías del sur no son solamente teóricas. Por ejemplo, otros semestres miraron unas clases de hinduismo y hubiera sido muy genial que ellos hubieran hecho Yoga o meditación y no simplemente la teoría. O también, visitar a algunas comunidades indígenas, ir a Silvia, al territorio Nasa y conocer su forma de ver el mundo e interpretarlo. En el Cauca tenemos muchos pueblos indígenas que podemos aprender. Eso enriquece también la vida de uno, porque le abre otras perspectivas de vida, de relación con la naturaleza, e incluso de la salud (...)*

*(...) Bueno, en lo relacionado con otras corrientes también me gustó mucho, a pesar que yo tengo mucha afinidad con otros conocimientos de la Filosofías del Sur, uno no puede desconocer el trabajo de occidente, a veces las personas que critican de forma negativa el eurocentrismo, menoscaban el trabajo de todos los filósofos, que de todas maneras nosotros ya tenemos como antecedente histórico y cultural en nuestra formación occidental. De hecho, a mí me parece rescatable que se hable de la interculturalidad, sin enfocarse únicamente en lo de nuestro territorio, en los conocimientos y en la filosofía de los otros pueblos, sino que hablemos de lo intercultural reconociendo y legitimando el pensamiento filosófico de todas las culturas y tradiciones filosóficas (...)*

**Gustavo zorrilla**

*(...) Para mí, la palabra filosofía se la inventaron los griegos. No se la inventaron los chinos, ni los hindús, ni los Afroamericanos, ni los africanos, ni los Latinoamericano, ni todas esas cantidades de etiquetas. Porque esas palabras Europa, España, América son metáforas, son palabras para nombrar el ethos de múltiples características y condiciones. Uno nombra América ¿Que es América? América es cuando uno está comiendo mierda aquí. América, la palabra es una belleza. Américo Vespucio, que fue el primer navegante que recorrió el continente. Entonces le llamaron América. Pero eso son metáforas. Como dice Guido Barona que la tiene muy clara, la invención de América o como dice Eduardo Galeano. A América se la inventaron los europeos (...)*

*(...) Así como nosotros nos estamos inventando Europa. Para mí ahí radica el problema. Nosotros nos estamos inventando una Europa, como si quisiéramos desprendernos de las raíces de las cuales no nos podemos desprender. Porque nosotros no somos indígenas. Así Carlos Duque hable palabritas en Aimara en Quechua, en Maya, lo que sea, eso no lo hace indígena y así hable palabritas en Bantú, eso no lo hace africano. Como cuando vos hablas inglés eso no te hace norteamericano. (...)*

*En América Latina no hay filosofía, a no ser que nos salgamos del lenguaje y la palabra filosofía. Porque los griegos no hablaban filosofía esa es otra confusión grande. Eso no la inventamos para organizar un discurso. Los griegos hablaban de la realidad. Los Aymarás hablaban de la realidad, los ancestros hablaban de la realidad. Confucio hablaba de la realidad y desde allí se va construyendo el pensamiento. Cuando se habla des de la realidad y se reflexiona en torno a ella. Es una visión de mundo y hablar del mundo en el que se está. Que llamemos a eso filosofía, es otro problema. Pero eso no es filosofía. Es pensamiento. Es una mirada de mundo y hablar en torno ello (...) La filosofía es un discurso racional. Ese discurso se inventó la racionalidad. Se inventó una razón instrumental y una razón práctica que es la ética. Construyo un discurso alrededor de la vida de los seres humanos más allá de su experiencia cotidiana (...)*

*(...) Cuando se habla de filosofía latinoamericana yo no creo en eso, creo que hay un pensamiento en América Latina que intenta desde las mismas construcciones lingüísticas, desde la misma semántica del lenguaje, construir un lenguaje contestatario para responderle a Europa y decirle que nosotros nos vemos de otra manera a la representación que ustedes han hecho de nosotros (...)*

*(...) Yo no creo que exista una filosofía latinoamericana, sino un pensamiento que intenta construir una filosofía, una manera de reflexionar, de pensar, de amar un conocimiento. Filo amor, Sofía conocimiento, amor a la filosofía (...)*

*(...) La filosofía eurocéntrica, la filosofía clásica, se construyó a partir de un filósofo, solitario en su pensamiento. Heráclito, Parménides, San Agustín, Platón, que hablo desde un yo. Donde cada quien expone sus reflexiones en torno sus temas. dios, la vida, el ser, la naturaleza. La filosofía eurocéntrica se construyó desde un yo-centrismo, que produce un discurso del logo centrismo. El logos es un discurso que yo construyo desde una razón que es juez y parte del cuento. Por eso los filósofos que no escuchan otras voces, otros planteamientos se vuelven egocentrismos. Todo centrado en el yo. En el individualismo. Eso es el producto de la modernidad cartesiana. ¿Contra eso estamos peleando? No creo, porque nos seguimos inter-relacionando desde el yo. Para todo es yo. Yo creo, yo soy docente, soy indígena. En este discurso no se reconoce al otro (...)*

*(...) El programa anterior era un programa muy completo. Yo no estuve de acuerdo con su cambio. En el programa anterior el estudiante en los primeros 4 semestres tenía algunas herramientas del lenguaje que le permitía leer filosofía. Tenía un dominio de los conceptos básicos de la filosofía. Es decir, tenía un dominio conceptual de la filosofía. Luego del cuarto semestre había líneas de pensamiento, en el cual el estudiante por su afinidad temática escogía a que línea de pensamiento continuar trabajando. Arte y cultura. Ciencia y método. Ética y Política e historia del pensamiento (...)*

*(...) En ese programa cabía todo el pensamiento latinoamericano, desde el arte hasta lo político. Cabían todas las expresiones de pensamiento y la cultura de las diversas sociedades. Lo que pasa era que los profesores si estaban trabajando el arte lo hacían desde el arte europeo y no desde el arte latinoamericano o prehispánico. A los profesores no se les dio la gana trabajar de esa forma. No había necesidad de cambiar el programa, ya que era un programa que lo incluía todo. Ir solamente a San Agustín Huila es un cambio de paradigma. Allá estábamos trabajando los mitos de una cultura que no se conoce sus orígenes y mucho menos que se hicieron (...)*

*(...) En ese sentido, el programa podía trabajar lo que cada docente quería. Pero ¿por qué no trabajaron de esa manera?, pues no se les dio la gana y lo que hicieron fue poner una moda un nuevo programa que arruinó el antiguo programa de filosofía. Con este nuevo programa el estudiante no sabe dónde putas está parado. Este programa es un sancocho de materias. Es un revoltijo epistemológico, donde no se logran conectar las filosofías del sur con la filosofía eurocéntrica. Es una completa desconexión. Es un fraude. Es un engaño. Es una mierda, jajaja (...)*

Traer otras voces a la investigación es importante porque me permite analizar otros relatos en torno al programa de filosofía. Permite leer el propio análisis autobiográfico, también, desde la mirada de amigos con los cuales compartí experiencias, vivencias, charlas, debates y salón de clases. Fueron conversaciones y diálogos que en su mayoría se dieron por medio del WhatsApp y reuniones virtuales de Meet. Aunque estemos lejos en este punto de la vida, la distancia geográfica se redujo con estas plataformas de comunicación.

De Zorrilla me acuerdo que siempre tenía en el fondo de su oficina una biblioteca enorme de libros que se apilaban como montañas en la pared. Siempre reía y por ratos soltaba un madrazo, “*hijueputa*” era el más recurrente. Los libros se inclinaban como si estuvieran acostados. Me imaginaba que Descartes, Sócrates, Francis Bacon, Hume, Kant, los presocráticos, San Agustín, Santo Thomas, estaban dentro de su biblioteca, porque eran los autores que más enunciaba en clase.

De Marisol y Calambaz no pude concretar una conversa por *Meet*; fue solamente por el WhatsApp, pero a la distancia podía escuchar los pucheros del hijo de mi prima Marisol. Me la imaginaba con su hijo en brazos, de un lado para otro y estudiando algo de pedagogía Waldorf. Mientras que Calambaz estaba en Bogotá y solamente se escuchaba el ruido de la ciudad en el fondo, mostrándolo como lo que ha decidido ser, un hombre viajero. Incluso, sonaba, como si estuviera en algún centro comercial o en el transporte de Tras-milenio.

Los relatos de Marisol, Zorrilla y Calambaz fueron un viaje a la memoria, justo cuando estábamos en la universidad, recordando el programa de filosofía. Los relatos cuentan parte de nuestra historia académica, pero también se entrecruzan con las memorias del día a día. En el relato de Calambaz se puede leer su postura legitimadora del cambio de programa, ya que se trata de un currículo de filosofía que trasgrede el convencional, el de la filosofía tradicional y occidental, al reconocer otras formas del filosofar de otras culturas. Para Calambaz, este cambio de programa se debió a las condiciones culturales del departamento del Cauca. No obstante, al programa de filosofía, que es de vanguardia, le hace falta acercamiento a las universidades interculturales como la UAIIN.

En el relato de Marisol, se reconoce que ella también coincide con el de Calambaz al asumir como positivo el cambio de programa, con el cual siente más afinidad por el amplio abanico de posibilidades abordadas en la malla curricular. Pero manifiesta desconcierto cuando solamente se habla y se repite el discurso intercultural y no se estudia ninguna tradición filosófica del sur a profundidad.

Por su parte, Gustavo Zorrilla quién es docente del programa de filosofía, no avala el cambio de programa y la malla curricular. Considera que cuando se habla de filosofía se hace referencia a la filosofía occidental, donde los griegos que son sus orígenes y en Europa su culminación. Esta es una mirada eurocéntrica de la filosofía, porque no reconoce las otras tradiciones filosóficas y las considera solamente como pensamientos. Para Gustavo el antiguo programa fue uno de los mejores programas del país, de Latinoamérica y del mundo, porque incluía cualquier manifestación del pensamiento humano.

### ***Algunas consideraciones sobre la modernidad***

Uno de los temas que más llamó mi atención dentro de las reflexiones del pensamiento filosófico latinoamericano fue el tema de la modernidad y la relación del hombre y la naturaleza. Por lo tanto, traigo a colación el siguiente texto que fue escrito del año 2016 porque fue un tema que marcó mi pensamiento filosófico y me permitió entender la dinámica de la crisis de nuestra actualidad, partiendo del cuestionamiento del proyecto moderno colonial desde una perspectiva crítica y potente. Además, se replanta el modelo de sociedad en el cuál vivimos.

*Alrededor de la modernidad giran gran parte de las reflexiones en el ámbito académico, no solamente de los especialistas en el que hacer filosófico, sino también en otras disciplinas como las Ciencias Sociales, las humanidades, los estudios culturales y los estudios interculturales. Por esta razón, las interpretaciones que se diseñan sobre la modernidad son múltiples, diversas, paradójicas y complejas. Se parte de los discursos y relatos difusionistas de la modernidad, pasando por las modernidades alternativas, hasta llegar a los planteamientos que conciben a la modernidad como un proyecto colonial, es decir, que no se puede pensar la modernidad sin la colonialidad, ya que la colonialidad es la cara constitutiva de la modernidad (Mignolo, 2008), siendo esta la perspectiva decolonial de la modernidad.*

*En el caso de los relatos, los discursos y prácticas difusionistas de la modernidad, se han consolidado con mayor potencia en el contexto global. De ahí que sean los relatos hegemónicos por excelencia defendidos por el eurocentrismo, en el caso de quienes conciben que la modernidad se desarrolló en un tiempo y un espacio determinado (Restrepo, 2015); aquí se incluyen una serie de fenómenos culturales y sociales como el renacimiento, la Ilustración, la Reforma Protestante, la Revolución Francesa, la Revolución Industrial, el nacimiento de las Ciencias Sociales, el desplazamiento del campo a la ciudad, la creación del estado moderno, el surgimiento de la economía capitalista, la nueva clase social burguesa y proletaria, la invención de la ciencia y en especial, el predominio de la razón como única manera de conocer el mundo que nos rodea por parte del sujeto moderno.*

*De esta manera, podemos apreciar que la modernidad dentro de los discursos difusionistas se presenta como un fenómeno que se desarrolló dentro del contexto*

*europeo, cuyos orígenes y genealogías se articulan a los planteamientos teóricos como es el caso de la filosofía y las corrientes de pensamiento racional y empirista, con Rene Descartes y Francis Bacon. La razón se convirtió en la herramienta para conocer y racionalizar el mundo, al tiempo que dejó en el pasado lo premoderno, lo no racional y lo que estaba constituido, tanto por la visión mitológica como por la perspectiva teológica, donde dios era el juez y amo de todas las cosas. En esa medida, los relatos difusionistas de la modernidad consideran superiores frente a otros tipos de conocimientos e interpretaciones de la vida, por lo que se ven irremediamente en la necesidad de llevar los ideales de la modernidad (progreso, desarrollo, civilización y salvación), con el fin de sacar del atraso y la barbarie a los otros que no se encuentran en el territorio habitado por la modernidad.*

*Por otro lado, desde la perspectiva de la filosofía latinoamericana o del grupo modernidad-colonialidad, la modernidad tiene una cara oculta, que es la colonialidad, y la modernidad no se puede entender sin la colonialidad, ya que se considera un elemento constitutivo de la modernidad (Mignolo, 2008). Tanto modernidad como colonialidad son partes del mismo proyecto civilizador de la cultura hegemónica occidental europea, que coloniza el tiempo y el espacio con una retórica de salvación, evangelización, civilización, progreso y desarrollo, junto a una lógica de violencia.*

*Para Dussel (2016) la modernidad tiene sus orígenes en el año de 1492 cuando se presenta la invasión de la cultura europea a las culturas prehispánicas del continente americano y no corresponde con la versión eurocéntrica de que la modernidad desde el punto filosófico, que tiene sus orígenes con Rene Descartes., porque para el autor, el “cogito ergo sum” de Descartes esta precedido por el ego conquiro, es decir, que antes del pienso luego existo, se había presentado el ego conquistador del imperio español y portugués. En esa medida, hay un nuevo relato no occidental, ni europeo de lo que se conoce como la modernidad, y por lo tanto, la modernidad debe ser entendida también, desde los pueblos que a lo largo de la historia han sido víctimas de la colonialidad, la marginalidad, la negación y la explotación en todas las esferas de la vida. La modernidad según Dussel (2000) “realiza un proceso irracional que se oculta a sus propios ojos. Es decir, por su contenido secundario y negativo mítico, la modernidad es justificación de una praxis irracional de violencia (p. 246).*

*La modernidad es la justificación de un proyecto económico capitalista de la ideología occidental europea y burguesa, quien se considera superior al resto de los pueblos del mundo y, por lo tanto, cree tener la autoridad de civilizarlos. Para dicha civilización de los otros, es decir, del resto de los pueblos del mundo que se encuentran en la periferia, la modernidad recurre a la violencia, a la barbarie, al crimen, a la negación del otro, a la irracionalidad de la tan proclamada razón.*

*Tener en cuenta estas dos interpretaciones sobre el concepto de la modernidad, que al mismo tiempo son tan distantes, disimiles y opuestas es una respuesta ante la necesidad de abordar críticamente la modernidad como un proyecto civilizador en todas las esferas de la vida, que después de tantos siglos de construcción deja ver una palpable crisis en la manera de vivir y comportarse el hombre consigo mismo, con los otros, con el territorio y con la naturaleza.*

### ***Ciencia y naturaleza en la modernidad***

*Para el filósofo colombiano Santiago Castro Gómez, la Modernidad, retomando a Dussel, tiene sus orígenes en 1492, donde se produce un choque civilizatorio que trasformaría la historia de la humanidad, generando cambios rotundos a nivel epistémico, político y económico. En este sentido, Gómez (2009) considera que:*

*Entre 1492 y 1700 se produce una ruptura con el modo como la naturaleza era entendida previamente, no solo en Europa sino en todas las culturas del planeta, si hasta antes de 1492 predominaba una visión orgánica del mundo, en la que la naturaleza el hombre y el conocimiento formaban parte de un todo interrelacionado. (p.133)*

*Con el advenimiento de la modernidad, dicha relación orgánica del hombre con la naturaleza, se va trasformando en una visión no orgánica, producto del acontecer científico, económico y político. Por el contrario, la tesis planteada por Castro no se viene a concretar sino hasta el siglo XIX y no como él lo afirma, que es desde 1400 hasta 1700, porque es solo hasta el siglo XIX que se da el auge del positivismo y se produce el nacimiento de las*



*Ciencias Sociales, la Revolución Industrial y el efectivo desplazamiento de la población que vivía en las áreas rurales para trabajar en las fábricas de las ciudades. Además, Inglaterra desplaza del trono a España y pasa a ser la primera potencia mundial, extendiéndose económica, militar y políticamente hacia los cinco continentes, donde llevó las banderas de la civilización y el progreso. De esa manera, si se puede decir que la visión orgánica del hombre con la naturaleza comienza a ser desplazada por la visión instrumental, objetiva y cosificadora, en la relación hombre-naturaleza en el mundo de la vida desde el siglo XVI y los comienzos del siglo XXI, porque simultáneamente al desplazamiento, se consolidaba la visión instrumentan en la relación hombre-naturaleza, mientras los pueblos y sociedades mantienen una relación orgánica y sagrada con la naturaleza. Este es sin duda, uno de los principales fenómenos que caracteriza la época moderna, donde se desacralizó la naturaleza y se estableció el espíritu técnico al servicio del capital económico y financiero del mercado capitalista. No obstante, es posible darse cuenta de que en el plano científico según San Miguel de Pablos (2010), es Galileo Galilei quien quiere obtener un conocimiento seguro de las cosas por medio de la episteme, es decir, la ciencia y no de la doxa que caracterizaba al modelo de conocimiento de la edad media. Por eso mismo “Galileo era considerado un hombre lleno de curiosidad, que se centraba sobre la naturaleza de una manera muy concreta, lo que quería era resolver enigmas y verificar las ideas preconcebidas que existen acerca de diferentes rasgos del mundo natural (p. 123).*

*Ante esto, es posible observar como Galileo para conocer las cosas concretas de la naturaleza y sus enigmas utiliza el método de la observación y experimentación que le permitían acercarse a formular hipótesis de carácter racional, mediante la observación del telescopio como una prolongación de sus sentidos, así podía mirar directamente los acontecimientos que se daban en la naturaleza como la observación de los astros, la luna, júpiter, las estrellas que se contemplan en el cielo, pues por medio del telescopio como herramienta de observación podía validar los planteamientos teóricos de Copérnico y su teoría heliocéntrica. Sin embargo, dicha observación y experimentación no sería posible sin la matemática, pues gracias a los números era posible la comprobación, medición y exactitud de los fenómenos observados mediante fórmulas matemáticas. Para Galileo, la forma racional y lógica de entender a la naturaleza fue por medio de la matematización del universo, porque la naturaleza material era matemáticamente comprensible y explicable dentro del contexto de las*

teorías científicas modernas. Aunque no logró establecer un método científico para el conocimiento total de la naturaleza, años más tarde, el filósofo francés Rene Descartes sí lograría hacerlo.

*Descartes, el padre de la subjetividad moderna consideraba al sujeto como un ser racional, que tiene la capacidad de decidir qué es lo bueno y lo malo y, por ende, ser el dueño de su propia autonomía, con la posibilidad de decidir los destinos de su existencia. En Descartes se aprecia la división ontológica de cuerpo-alma, espíritu-materia y sujeto-objeto; de esta forma se entiende que el sujeto cartesiano es un ser racional, una sustancia pensante, que por medio de la razón, la res cogitans y una ciencia como la matemática, se convierten en la única manera de interpretar y entender el mundo, es decir, la res extensa, al objeto, en otras palabras, la naturaleza. Para conocer la naturaleza y el mundo, Descartes (1673) plantea el método científico que consiste en:*

*No admitir como verdadera cosa alguna, como no supiese con evidencia que lo es.*

*Dividir cada una de las dificultades que examinare en cuantas partes fuese posible y en cuantas requiriese su mejor solución.*

*Conducir ordenadamente los pensamientos, empezando por los objetos más simples y fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, gradualmente hasta los conocimientos de los más compuestos.*

*Hacer en todos unos recuentos tan integrales y unas revisiones tan generales que llegase a estar seguro de no omitir nada. (p. 37)*

*Este método científico fue aplicado en el conocimiento de la naturaleza por medio de las matemáticas, que facilitarían el análisis de cada una de las partes que integraban un cuerpo, que a su vez era entendido como una máquina, como un reloj al cual se puede anticipar para controlar sus movimientos. Los cuerpos, la naturaleza, la res extensa, son un objeto que tiene movimiento, cuya ubicación ontológicamente está por debajo de la escala subjetiva, y por lo tanto, el sujeto pensante tiene la capacidad de controlar y manipular la naturaleza para sus beneficios particulares. En Descartes, se puede apreciar la herencia de*

*Aristóteles, quién concebía la naturaleza como movimiento, pero no de una manera instrumental.*

*Por otro lado, para Horkheimer y Adorno (1994) era preciso entender la importancia de una época como la ilustración, definiéndola como una etapa de:*

*Pensamiento en continuo progreso cuyo objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores (...) Un desencantamiento del mundo que pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia, donde lo que los hombre quieren aprender de la naturaleza es servirse de ella, dominarla por completo a ella y a los hombre. (pp. 59-60)*

*En ese orden de ideas, la ilustración también es importante rescatar la opinión de Bacon (1685) sobre la Ilustración, encontrando que en su interés por conocer la naturaleza lo único que vale es el método experimental mediante la observación de la naturaleza, para poder llegar a un conocimiento verdadero, claro y eficaz del mundo concreto donde no existen cosas más que las materiales experimentadas por los propios sentidos del cuerpo y la experiencia, donde no se acepta la visión vitalista, pan-psiquista y organicista de la naturaleza, sino, todo lo contrario, se observa a la naturaleza como un objeto muerto, sin vida, que es fuente interminable de recursos naturales para la actividad humana.*

*Ahora bien, teniendo en cuenta los planteamientos ya esbozados, se puede afirmar que la ciencia moderna trabaja bajo los pilares de la matematización y experimentación de los objetos, es decir, de la naturaleza a la cual manipula, objetiviza y cuantifica en el laboratorio. Se puede afirmar que desde los orígenes de la modernidad, la ciencia ha tenido una visión mecanicista, objetiva y cosificadora de la naturaleza, y por ende, ha contribuido para que la relación hombre-naturaleza se produzca de una manera profana e instrumental en ámbitos no relacionales, ni integrales, sino de control y dominio dentro de la sociedad económica capitalista de la globalización consumista. Por dichas razones, en la modernidad-colonialidad se consolida una imagen antropocéntrica del hombre respecto a las demás especies, donde lo único que interesa es lo que el hombre piensa, siente y percibe del mundo y de la naturaleza.*

### Capítulo 3

#### APUNTES FILOSÓFICOS COMO “PROFESOR”

##### *A mí no me diga “Profesor”, a mí dígame por mi nombre*

Cuando era estudiante de filosofía de la Universidad del Cauca no me imaginaba como profesor. Creía que mi trabajo era en el territorio, con una ONG, con el tema de derechos humanos, recorriendo la geografía colombiana, navegando por los ríos en medio de las selvas Amazónicas, recorriendo los llanos orientales, deambulando por la costa del Pacífico o subiendo la Sierra Nevada de Santa Marta en el Caribe, donde se encuentran diversos pueblos indígenas. Quería ir donde los Mamos y sentarme a mambear la palabra en los fogones. Aprender de sus conocimientos, escuchar las palabras de los hermanos mayores. En fin, encontrar un trabajo que me permitiera conocer y recorrer los diferentes territorios de la geografía nacional y las problemáticas de las múltiples y diversas comunidades. La idea de viajar en un trabajo siempre me había cautivado.

No obstante, cuando me gradué como filósofo de la Universidad del Cauca, lo primero que hice fue pasar la hoja de vida al Colegio Cooperativo, de San Agustín Huila. Este, era administrado por la curia de la parroquia central del municipio, a la que tanto había criticado, de la que me mofaba y a la que reconocía como *La puta de Babilonia*, según palabras de Vallejo (2007). Alisté los documentos en una carpeta blanca y para el día de la entrevista me vestí muy formal; me puse una camisa azul de manga larga, un jean negro y un saco café de lana. Cuando llegué al colegio, el señor que estaba en la portería me permitió la entrada. Me dijo que me sentara en la silla que estaba a la entrada de la oficina de la rectora.

Mientras esperaba, los recuerdos comenzaron a florecer como una noche estrellada. Recordaba mi infancia, la época cuando había sido estudiante de esta institución en los grados primero y segundo de primaria; cuando mis padres me ponían el uniforme con un saco de color rojo y un pantalón de color gris o la sudadera roja con tenis blancos; cuando corría por el pasillo y las monjas desesperadas me perseguían como cazando una presa fugitiva; cuando realizaban las misas en la capilla y escuchábamos las peroratas del cura. Cuando nos hacían los retiros

espirituales y poníamos la carita de ángeles para las fotografías con la pintura de la Virgen María o el Sagrado Corazón de Jesús.

Yo había estudiado con los hijos de los médicos, de los políticos, profesores, trabajadores de la alcaldía, de los bancos y uno que otro hijo de personas con prestantes negocios en San Agustín. En esos momentos de espera, sentía que el Colegio Cooperativo cultivaba una especie de clasismo sutil en los estudiantes; porque ser hijo de médico o de un negociante prestante es símbolo de poder, significa de algún modo estar por encima de los otros. A mí eso me fastidia, que en un pueblo existan personas arribistas y miren al resto de la sociedad por encima de los hombros. Ese tipo de comportamientos me generan nauseas.

Ser estudiante del Colegio Cooperativo en San Agustín es ser estudiante del colegio de los ricachones, decía la gente. Pero ¿qué ricachones? me preguntaba, si en San Agustín no hay ricos; acá cualquiera se cree rico por tener ciertas condiciones económicas y sociales diferentes al resto de la sociedad; por tener un empleo, ser un asalariado, tener un supermercado, un carro, una ferretería, un hotel, un restaurante, entre otros. Pero eso no los hace ricos, pensaba mientras esperaba a la rectora. Ricos los dueños de las empresas, de la gran industria, de fábricas, los grandes ganaderos o terratenientes. Pero acá no hay ricos. Y sí los hay, pues bueno, eso no los hace más que otras personas.

Mientras deambulaba en mis cavilaciones, me llamo la rectora para la entrevista. Me hizo seguir a su oficina y sentarme frente a su escritorio. El escritorio era de madera, al frente una silla cómoda y en la pared, reposaba un escudo del Colegio Cooperativo enmarcado como una reliquia, donde se apreciaban un águila y un cuaderno con una pluma. El salón era iluminado, con unas ventanas de hierro que daban a la calle. La rectora era una monja que vestía su hábito de color café, desde los pies a la cabeza. Era de estatura pequeña y el color de su piel trigueña. Tenía unas gafas que parecían lupas de cristal, con una cara redonda de semblante amable y gestos delicados. Recuerdo que ese día me dijo: “Buenos días señor Sergio, ¿cómo se encuentra?” Que me llamara señor era algo raro para mí. No me gusta. La palabra señor la asocio a señorío, a serio, a viejo, a bravo, a una persona con responsabilidades familiares, en fin,

pensaba para mis adentros. No me gusta que me digan señor, pero yo si utilizo la palabra, a veces, por cortesía o por costumbre cultural de los otros.

*-Bien señora rectora, con un poco de frio, y con ganas de realizar la entrevista de trabajo.*

*-Claro, a eso ha venido- dijo en tono neutral... -Cuénteme, ¿Por qué quiere ser profesor?- me preguntó.*

*-Para contribuir en la formación de estudiantes con espíritu crítico y creativo, con sentido social y humano. Para que el estudiante asuma una capacidad reflexiva ante la vida, ante su vida, ante la sociedad, ante la naturaleza. Para estimular el pensamiento y brindar capacidades reflexivas, despertando la curiosidad ante el mundo y ante la vida. Para que el estudiante se pregunte y cuestione lo que está establecido en la sociedad. Para que se pregunte por el sentido de las cosas.*

*-¿Y qué piensa de la religión señor Sergio?*

*- En realidad señora rectora, yo no tengo ninguna religión, pero he estado en esa búsqueda espiritual por muchos senderos religiosos. Estuve con los Gnósticos, los Krisna, los Mayas, la Ciencia Cósmica, con taitas, en varias comunidades alternativas donde se busca la espiritualidad, más allá de las religiones. Donde lo principal es ser mejor persona y seguir cierta ética que me permita una mejor convivencia con los otros*

*- ¿Cuáles son sus expectativas laborales?- preguntó.*

*- Por el momento, trabajar de profesor en un colegio, mientras finalizo la maestría en estudios culturales y pueda pasar mi hoja de vida a otras opciones laborales. Siento que a mí me gusta es la educación con adultos, pero para eso es importante la experiencia con el bachillerato. En el futuro quiero trabajar en una universidad.*

Me realizó unas cuantas preguntas más, que aún no recuerdo y me dio las gracias por la entrevista. Dijo que cualquier cosa se comunicaba conmigo, que tenía que analizar otras hojas de vida. En el fondo, yo sabía que ese trabajo no era para mí y tampoco era que estuviera interesado totalmente; sin embargo, me gustaba la idea de la entrevista como ejercicio, ¡que me iban a contratar si había dicho que yo no era católico!, que me gustaba estimular el pensamiento crítico y creativo a los estudiantes, que tenía una mirada crítica de las religiones, que había

viajado por Sur América a dedo en busca de comunidades alternativas, en fin sería un adefesio si me hubieran contratado. A lo mejor, luego de unas pocas clases me hubieran echado por decir aduciendo que profesor cuestionaba la idea de Dios, que criticaba a la iglesia, que criticaba la pedofilia de los curas. Me imagino que hubiera sido un escándalo en el pueblo, en medio de esta sociedad rezandera, camandulera y mojigata. En realidad, la primera entrevista de trabajo en términos laborales fue un completo fraude, pero me sentía contento porque le había dicho la verdad a la rectora de lo que yo pensaba y sentía. Es más, pensándolo bien, creo que no me contrataron era por la fama de mariguanero que tenía en algunos sectores de San Agustín, aunque yo ya había dejado esa costumbre hacía días, era una experiencia del pasado, del entrañable pasado que nos persigue como una fiera salvaje.

Pasaron los días, y la rectora nunca me llamó, ni siquiera para decir que no era seleccionado para el trabajo de profesor. No obstante, tenía claro que si quería conseguir trabajo de docente tenía que ser por medio de los políticos, quienes tenían cuotas burocráticas en la secretaria de educación departamental y estaban apoyando la línea del gobernador Carlos Julio Gonzales Villa. Es decir, si quería ser docente, tenía que conseguirme un padrino político, porque la otra opción era subir la hoja de vida a la plataforma del Banco de la Excelencia, que era la que se encargaba de seleccionar la planta docente del país. El Banco de la Excelencia es un sistema de méritos creado en el gobierno de Juan Manuel Santos y manejado por el Ministerio de educación nacional. Lo complejo, era que en las postulaciones quedaban asignados los que ya tenían experiencia y más títulos académicos. Esta era una opción poco viable, porque yo apenas salía de la universidad y no tenía ni un mes de experiencia. Me tocó entonces recurrir al bajo mundo del padrinazgo político, del que tanto había renegado y criticado.

En esos días, luego de preguntarles a varias personas si conocían a algún político cercano a la gobernación, recuerdo que por medio de un primo realicé el contacto con un ex alcalde de San Agustín, quien tenía buenas relaciones con el secretario de educación departamental. Le conté mi historia; le dije que quería ser docente y trabajar en el magisterio, que estaba buscando trabajo y que hacía un par de meses me había graduado de filósofo en la Universidad del Cauca. Me escuchó atentamente y asintió de manera positiva con la cabeza. Me dijo que iba a hacer todo lo posible para ayudarme a conseguir un trabajo.

Pasaron los días, y mientras estaba sentado en una banca del pasillo de la facultad de Santo Domingo de la Universidad del Cauca, contemplando la decisión de irme a vivir al Huila o quedarme en Popayán a trabajar como monitor en la maestría de Artes Integradas del Medio Ambiente con el profesor Mario Valencia, quien me había ofrecido ese espacio, me ingresó un correo electrónico al celular con la siguiente noticia: *“Si acepta la vacante de provisional definitiva para la Institución Educativa José Eustasio Rivera, ubicada en el municipio de San José de Isnos, en el área de ciencias sociales, por favor comunicarse y responder el correo lo más pronto posible. Por favor, acercarse a la secretaria de educación departamental del Huila y llevar los documentos solicitados”*. Fue una gran noticia. Estaba muy alegre y llamé a mi mamá y a mi compañera Natalia para contarles la buena nueva. Todos se alegraron. Me despedí del profesor William Mina y en menos de dos días ya me encontraba en la calurosa ciudad de Neiva, con algunos documentos solicitados para firmar el decreto como docente provisional. Cuando llegué a Neiva me encaminé a la Secretaría de educación, que se encuentra en el cuarto piso de la Gobernación del Huila, frente al Parque Santander. La fotocopia de la cédula de ciudadanía, la cuenta bancaria, la libreta militar, el diploma de filósofo, el acta de grado autenticado y los exámenes de salud me acompañaban en una carpeta. Al cabo de las cuatro de la tarde ya tenía todos los papeles y exámenes en orden. Me encontraba exhausto en medio del calor canicular.

Cuando me presenté en el primer piso de la gobernación, al fondo en un salón lleno de archivos, un par de secretarías me atendieron, me dijeron *“¿Usted es el que viene recomendado por el ex alcalde de San Agustín?”* Si señora les contesté sin sonrojarme ante la presencia de otros docentes que estaban a la espera de firmar el decreto. Seguramente los otros docentes también tenían padrinos políticos. En la hoja de vida estaba la recomendación del ex alcalde, con una firma que era notable. Suponía que las hojas de vida de los recomendados por padrinos políticos las seleccionaban, las demás hojas de vida tal vez iban a parar al basurero. Firmé el decreto y me regresé para San Agustín, aceptando que el padrino político si había sido efectivo, me ayudó a conseguir mi primer trabajo como docente.

Para el día 12 de marzo del año 2017 a las 10 de la mañana, ya me encontraba con el decreto en la mano en la Institución Educativa José Eustasio Rivera del municipio de San José de Isnos. Sentía nervios en mi vientre, como si un torbellino de mariposas emprendiera el vuelo. Un miedo



sutil invadía mi cuerpo y las manos me sudaban discretamente. El hecho de comenzar un trabajo de manera formal me asustaba un poco. Le presenté el decreto al señor de la portería y de inmediato me señaló el camino hacia la coordinación, ya que el rector no se encontraba en ese momento.

La Coordinadora Académica era la profesora Estela, una señora bajita, blanca, con el cabello tinturado de mono. Era una profesora amable, pero tenía que uno ser prudente en los comentarios para que no se expandieran como estrellas fugaces entre los demás profesores. La profesora Estela, meses después pidió traslado por el mal ambiente laboral: los chismes, las peleas con el rector y el cuerpo docente, la división entre padres de familia y docentes y la prepotencia del rector dañaron el ambiente. El rector parecía como un mayordomo que administra una finca, donde los docentes son sus súbditos. Ante esta situación, fueron varios los profesores que salieron de la institución, porque no aguantaron al capataz del colegio.

Ciertamente, la profesora Estela fue la primera persona que ante los estudiantes, de salón en salón, me presentó como el nuevo profesor de Ciencias Sociales para los grados sextos. En total, eran como cinco sextos llenos de jóvenes con ansias de conocer y aprender. Recuerdo que mi presentación era muy concreta. Les decía: *“Buenos días estudiantes, mi nombre es Sergio Andrés Arcos Muñoz, estudié filosofía en la Universidad del Cauca y de ahora en adelante seré su profesor del área de Ciencias Sociales. Estoy muy contento de ser parte de la familia GER.”*

Desde ese momento me convertí en profesor, esa era mi nueva identidad. Al principio era muy raro y extraño que todos en el colegio me nombraban *“Profesor, profe, teacher, maestro, profesor, profesor, profesor”*. Eso me impresionaba, me impactaba cuando los docentes más antiguos me llamaba de este modo, porque yo apenas había salido de la universidad, pero ya me reconocían como un compañero de docencia; no obstante, cuando tengo oportunidad, les digo a las personas *“en el colegio soy profesor, pero en la calle, a mí no me diga profesor, a mí, dígame por mi nombre.”*

### *Apuntes: filosofía intercultural en el colegio*

Los primeros días del mes de julio del año 2019, me presenté como profesor de religión en la Institución Educativa Carlos Ramón Repizo Cabrera del municipio de San Agustín Huila. Cuando llegué, la coordinadora académica me dio la bienvenida. Me presentó ante al resto de la planta docente en medio de unos pupitres que se encontraban algo apretujados, en un improvisado salón de clases que funcionaba como sala de profesores. Pero de sala de profesores no tenía nada, ni era sala, ni tenía privacidad, al menos, para atender los padres de familia y estudiantes; era un ambiente algo caótico.

En esos momentos, la coordinadora me llevó por todo el plantel educativo. Fuimos a la biblioteca, a pagaduría, a secretaria, donde la orientadora, a rectoría, presentándome como el profesor de religión. Recorrimos palmo a palmo el plantel educativo. Las canchas de microfútbol, los baños, los salones, el salón de mecánica. Toda la geografía del colegio iba quedando grabada en mi memoria. Recordaba que donde actualmente está el colegio, hacia unos años, estaba ubicado el cementerio central de San Agustín. Recordaba también que se trataba de un cementerio antiguo, donde las bóvedas se elevaban hacia el cielo el portón de la entrada era de un metal corroído por el óxido y los años como si fuera de una película de terror. Claro, a mí los cementerios nunca me habían gustado, por ser lugares fríos, grises, oscuros, trágicos, que me generan pequeñas sensaciones de miedo. Desde mi elección, preferiría que me cremaran y el polvo lo tiraran a la Laguna de la Magdalena y no me depositaran sobre el vientre de un ataúd en medio de llantos y lamentos. Me parecía trágico y desolador estar visitando las tumbas de los difuntos, con rosas y flores. Y peor aún, estar trasladando los restos de los difuntos cuando se cumpla el tiempo estipulado por las autoridades.

De un momento a otro, el lugar donde antes reposaban los restos de los muertos se había transformado en un lugar de vida. Allí conviven niños y jóvenes que corren, gritan pelean, se enamoran, envidian, sienten celos, que van uniformados, madrugan, estudian, tienen sueños, ríen, lloran, se le burlan de los profesores, hacen tareas o no las hacen, que no hacen caso, son indisciplinados, que les gusta jugar al futbol hasta saciarse. Era la vida sobreponiéndose a la muerte.

Cuando la coordinadora me entregó el plan de estudios del área de filosofía para los grados décimo y once, lo primero que sentí fue satisfacción y alegría, debido a que era el primer colegio donde iba estar a cargo de la orientación de filosofía. Sentía que por fin me correspondía el área en la cual me había preparado como estudiante en la Universidad; no obstante, lo primero que pude comprobar era que el plan de estudios era un plan eurocéntrico, basado solamente en los planteamientos de la filosofía occidental de origen griego y su culminación con la posmodernidad, pasando por la historia de la edad media y los pensadores de la modernidad.

Lo primero que pensé fue realizar un cambio en la malla curricular, pasando de un enfoque eurocéntrico de la filosofía tradicional, a una filosofía intercultural, donde se reconozca la multiplicidad filosófica del planeta. Pocos días después, le presenté la nueva propuesta de malla curricular a la rectora Edith María Serpa y al concejo académico de la institución. En la nueva malla curricular se incluían y reconocían otras perspectivas filosóficas del sur global, que han estado ausentes y marginadas por la lógica del eurocentrismo filosófico. Cambié la línea de tiempo construida por el romanticismo alemán como lo señala Dussel (2010), donde se enseña que la historia universal parte desde la antigüedad hasta la modernidad, excluyendo otros momentos de la historia de la diversidad cultural y filosófica del planeta.

En el primer periodo de la nueva malla curricular, trabajaba a los presocráticos, contextualizados en los problemas ambientales de la actualidad. En el segundo periodo las filosofías orientales (yoga y el zen), para contemplar otras éticas y visiones de mundo. En el tercer periodo las filosofías andinas y amazónicas del *Abya Yala*, con el objetivo de resaltar, reconocer y valorar el pensamiento filosófico de nuestro territorios. Para el cuarto periodo la filosofía de la edad media, a la par del *Ichin*, con la pretensión de resaltar las diferentes miradas en torno a la espiritualidad.

Para el grado once, en el primer periodo tenía planteado el empirismo y el racionalismo. En el segundo periodo las teorías del Estado, abordando autores como Marx, los anarquistas y los contractualistas. En el tercer periodo, la filosofía en Colombia con autores como Estanislao Zuleta y Fernando Vallejo, entre otros. Para finalizar, en el cuarto periodo se encontraba el pensamiento filosófico en América Latina y su cuestionamiento al proyecto moderno colonial.

Los conceptos de reciprocidad, complementariedad, relacionalidad, ciclicidad, *Pacha Mama*, buen vivir, karma, dharma, iluminación, reencarnación, yoga y servicio empezaron a ser parte del debate filosófico del salón de clases.

Recuerdo que algunos estudiantes del grado décimo y once me decían “*el profesor Pacha Mama*”, porque en clases hacía referencia a la tierra, la naturaleza, a la *Pacha Mama* como un ser vivo, que siente, que nos da la vida, la comida, el hogar, y que no es una máquina que está solamente para satisfacer las necesidades antropocéntricas de la economía capitalista, basada en el consumismo sin fin. Es decir, hacia una interpretación no colonial de la naturaleza, entendida como un organismo vivo donde “todo está vinculado”, “todo repercute en todo”, donde “todo está vivo y siente”, donde “todo está lleno de seres” según lo planteado por San Miguel de Pablos (2010) en su texto la filosofía de la naturaleza.

Hablar de filosofía intercultural, significa reconocer, legitimar, valorar, respetar y comprender otras formas de filosofar que han existido en el transcurso del tiempo y el espacio, pero que se encuentran marginadas o subalternizadas, por parte de la lógica de la colonialidad del saber y su respectivo eurocentrismo. Cabe recordar, en este orden de ideas, lo señalado por Walsh (2012):

Un segundo eje es la colonialidad del saber: el posicionamiento del eurocentrismo como la perspectiva única de conocimiento, la que descarta la existencia y viabilidad de otras racionalidades epistémicas y otros conocimientos que no sean los de los hombres blancos europeos y europeizados. Esta colonialidad del saber es particularmente evidente en el sistema educativo (desde la escuela hasta la universidad) donde se eleva el conocimiento y la ciencia europeos como el marco científico-académico-intelectual. (p.114)

De esta manera, se puede apreciar que la colonialidad del saber es un régimen epistemológico que no solamente opera y funciona en la universidad, también en el colegio, en todas las esferas del saber. Lo comprobaba con mi experiencia, al evidenciar una malla curricular de filosofía estructurada desde una perspectiva *euro-usa-logo-anthro-centrada*, que seguía reproduciéndose y legitimándose por medio de la institucionalidad del colegio, bajo los lineamientos curriculares establecidos por el Ministerio de Educación Nacional. Esto sucedía

bajo la postura de la colonialidad del saber y el eurocentrismo como única alternativa de conocer el mundo y comprender realidad. Por lo tanto, una forma de superar, trascender, reconocer y explorar otras maneras de filosofar, es generar un cambio en el currículo pensado desde un enfoque de la filosofía intercultural, que reconoce la diversidad y la multiplicidad epistémica y filosófica.

Para poder sustentar la propuesta de la malla curricular de filosofía intercultural ante el consejo académico de la institución Carlos Ramón Repizo Cabrera, tuve que internarme en algunos planteamientos teóricos de lo que se interpreta, conoce y comprende como la filosofía intercultural. A mi memoria llegaban los recuerdos de algunos autores que trabajaban el tema de la interculturalidad. Desde la perspectiva de Dussel el punto de partida, en torno a la interculturalidad, es reconocer los procesos históricos de la modernidad colonialidad, así como reconocer y comprender que en el aspecto académico, intelectual y epistémico, impera en la actualidad la colonialidad del saber y el eurocentrismo, que excluye y no legitima otras formas del que hacer filosófico, por lo tanto, ha construido y elaborado discursos y narrativas bajo las cuales se ampara su propio proyecto moderno colonial.

Pensaba en el filósofo Estermann, quién consideraba que la filosofía intercultural parte del reconocimiento y la evidencia de que existe una asimetría entre las diversas culturas, donde unas se sobrepone sobre las otras, en una percepción de superioridad en todas las manifestaciones culturales como el arte, la religión, la filosofía o la política. Un claro ejemplo es la asimetría que existe entre las filosofías que están al margen de la lógica del eurocentrismo filosófico, que muchas veces no las reconoce sino como saberes, como pensamientos. Por lo tanto, se hace indispensable en este caso, buscar la simetría entre la filosofía elaborada en el seno de la cultura occidental europea y las otras formas y manifestaciones de hacer filosofía no occidental como es el caso de las filosofías Maya, Azteca, de la India o del Ubuntu. La filosofía intercultural reconoce la existencia de otras formas de filosofar y apreciar el mundo, los seres humanos, los animales, la realidad y la naturaleza y sus formas de relacionarse. Estermann (2010) considera que lo intercultural es un acto de dejarse interpelar y se presente en:

El diálogo intercultural, donde las personas involucradas se arriesgan a un proceso de aprendizaje y transformación, abriéndose a la alteridad cultural. Un verdadero diálogo nunca es conservador, es decir: uno/a nunca sabe cómo saldrá de un diálogo. La propia postura e identidad pueden sufrir alteraciones a lo largo de un proceso de diálogo, y al final, uno/a ya no es la misma persona como el momento de haber iniciado el proceso. (p.42)

Este punto de “dejarse interpelar” por los otros y sus diferentes manifestaciones culturales o filosóficas es permitirse y abrirse al cambio, a lo que pueda pasar, a las transformaciones que puedan acontecer en la subjetividad, a la movilización que se pueda presentar en el pensamiento y las creencias. En este sentido, la filosofía intercultural, es una ventana, un trampolín para el conocimiento de otras formas de hacer filosofía e interpretar el mundo, que aportan en la transformación de la subjetividad.

En mi caso, había llegado a la filosofía intercultural desde mi experiencia y mis búsquedas existenciales; pero fui consciente de este proceso por medio del abordaje académico en el programa de filosofía, donde se reconocía la existencia de una filosofía intercultural. Si con la filosofía eurocéntrica, desde Descartes en adelante, había corroborado el surgimiento del individualismo como una figura histórica de la modernidad, con las filosofías andinas había comprobado el valor de lo comunal. Pensar en el bien común y no solamente en el bien personal, ahí estaba la máxima de los zapatistas: *“Para todos todo, para nosotros nada”* donde se busca el bienestar de la comunidad e implícitamente el bienestar del individuo. Es una lógica que rompe con el individualismo narcisista de la modernidad y plantea otras formas de vida más comunitarias.

Ante ello, puedo decir que la filosofía intercultural genera y produce una trasfiguración ontológica de la subjetividad en los sujetos que están abiertos a las otras formas de filosofar. La trasfiguración ontológica de la subjetividad es entendida como cambios y transformaciones que se llevan a cabo dentro de la propia subjetividad y en cada individuo que interactúa con las diferentes y diversas filosofías existentes a lo largo y ancho de la geografía del planeta tierra. Ir a la india o estudiar la filosofía *ahinsa*, remueve las fibras más íntimas de la sensibilidad.

Acompañar un proceso en un pueblo amazónico, bajo la tutoría de un chamán, moviliza la percepción dualista de la realidad. Caminar con la filosofía andina, transforma incluso la manera de entender la espiritualidad y la relación del hombre con la naturaleza. La trasfiguración ontológica de la sensibilidad debe ser entendida según Valencia (2016):

No como un devolverse hacia una existencia perdida u olvidada, sino avanzar, desde una subjetividad colonizada, hacia los mínimos ontológicos de una existencia libre y digna, física, ambiental, social, política, económica, cultural y estéticamente libre y digna, hacia una vida plena, hacia el buen vivir. (p.25)

En este sentido, la trasfiguración ontológica de la subjetividad es un movimiento disruptivo de la propia subjetividad colonizada, como lo anuncia Valencia (2016), que busca un cambio, que no se ajusta a los parámetros del actual mundo moderno colonial, que cree que se pueden tejer otras formas de estar y de sentir en el mundo. Es un cambio que no deviene de instituciones externas, sino que parte de la necesidad y búsqueda de cada individuo que se deja interpelar por otras filosofías, es la configuración de una subjetividad más humana, más justa, que enseña a vivir de manera más armónica con el resto de especies y la naturaleza. Es decir, la filosofía intercultural es un dejarse interpelar por lo otro, por los otros y sus posibles afecciones en la subjetividad.

Desde mi experiencia, puedo decir que la filosofía intercultural también es una especie de viaje interno, que permite la trasfiguración de la subjetividad. Acercarse a la filosofía intercultural es aproximarse a dimensiones desconocidas de nuestra propia subjetividad, que pueden ser removidas por el encuentro con los otros. En este orden de ideas, y siguiendo lo planteado por Estermann (2010), puedo afirmar que la filosofía intercultural parte de la necesidad de pensar el mundo en todas sus dimensiones, con el objetivo de construir otras formas de vivir y de relacionarse frente a la crisis del proyecto moderno colonial. No basta con la interpretación de una sola manera de hacer filosofía, sino que es necesario y urgente que entre la diversidad filosófica existente en el mundo moderno colonial, que se busquen soluciones a los diversos problemas que el mismo ser humano ha generado y co-creado por su actuar en el planeta tierra y que han puesto en riesgo su existencia.

### *Vislumbres pedagógicos*

Cuando los diferentes coordinadores académicos de los colegios (José Eustacio Rivera, Carlos Ramón Repiso Cabrera y Divino Salvador) en los que trabajé como docente de aula, me entregaban la carga académica, siempre quedaba perplejo al conocer las diferentes áreas que me correspondían orientar: Religión, Ética, Ciencias Sociales, Español, Artística y Filosofía. Eran las áreas que por lo general me estaban asignadas, teniendo en cuenta “mi perfil” educativo. Me correspondía orientar en unos casos, español, filosofía y religión; en otros, solamente sociales, y en otros, Filosofía, Artística y Ética entre los diferentes grados del bachillerato. Iba de salón en salón cambiando de asignatura y contenido de materia. Cuando uno llega a una institución educativa tiene que estar preparado para enseñar cualquier asignatura, más aún, si es en el área rural, donde la cobertura es menor y se tiene que hacer acompañamiento desde el grado sexto hasta el grado once.

En materias como Filosofía, Ética, Religión y Artística la asignación académica era de una o dos horas a la semana, mientras que Ciencias Sociales o Español era de cuatro a cinco horas dependiendo la institución. Me parecía que era muy poco el tiempo para trabajar los temas en una hora a la semana. Era como ingresar a saludar los estudiantes, llamar a lista, hablar unos minutos sobre el tema a desarrollar y revisar el taller o la tarea. Una hora es muy poco tiempo para una materia. Como mínimo cada materia debería tener tres horas para poder revisar y profundizar en el contenido y lograr que los estudiantes reflexionen sobre el mismo.

Todavía más complejo era que existía el caso de docentes a los que en su carga académica, solamente les correspondía orientar Ética, Religión o Artística en todos los grados, tan solo con una hora semanal. Esto me parecía muy complejo, porque el tiempo de clase es muy corto y no hay rigurosidad, ni profundidad en lo estudiado. Además, al docente asignado le correspondía planear clases con 10 temas semanalmente. Creo que esto va en detrimento del nivel educativo de los jóvenes de Colombia. La educación debe ser un acto de reflexión, un acto para aprender a leer y procesar las ideas, los conceptos, las categorías, los símbolos, las imágenes.

El problema no era solo el tiempo que se les dedicaba a los estudiantes en una materia, sino la cantidad de materias que se le asignaban en la carga académica a los estudiantes. 10, 12, 13, o



15 materias por grado me parecía un exabrupto. Ni uno cuando estudiaba en la universidad asumía tantas materias, les decía yo a los estudiantes. Les ponía el ejemplo de la carrera de filosofía, donde el máximo de materias al semestre era de cuatro seminarios y una electiva y solamente se trabajaba un tema semestralmente. Concluía que a los niños y jóvenes se les debe inculcar el amor por el conocimiento, el amor a la lectura, el amor al estudio, el amor a la educación; pensaba en la importancia del acto educativo en la sociedad. No obstante, en los colegios se atiborra al estudiante con demasiadas materias y el acto educativo termina pareciéndose a un camello, con tanta carga de materias encima. Muchos estudiantes sienten la fatiga del conocimiento y se aburren antes de tiempo.

A mi consideración, máximo deberían coordinarse de seis a ocho materias, dependiendo del grado que se encuentren cursando; esto con el objetivo de reflexionar detenidamente en los contenidos curriculares. Muchas veces el afán de los profesores o de las directivas académicas es culminar el año, desarrollando todo el plan de estudios de la malla curricular, consignado en las cartillas de editoriales como Santillana. Así, se trabajan los contenidos curriculares por encima, sin profundidad, ni rigurosidad, con énfasis en lo cuantitativo, no en la calidad de lo que se enseña y en lo que se aprende; además, se siguen lineamientos establecidos desde un escritorio en Bogotá, dados por el Ministerio de Educación Nacional, sin ser contextualizados a las necesidades de los territorios.

Me indignaba que el sindicato y Fecode no hablaran de estos temas, que deberían ser temas de discusión, debate y diálogo con instancias institucionales como el Ministerio de Educación y las diferentes secretarías departamentales. Los sindicatos se preocupan demasiado por el bienestar laboral de los docentes, pero no por el bienestar académico de los estudiantes. Comencé a considerar que una reforma a la educación es más que necesaria, urgente. El gremio del magisterio debe estar a la vanguardia en el cambio de la evolución en las políticas educativas del país, o bien motivarla. Imaginaba convocar a docentes, estudiantes, profesores, expertos en pedagogía, padres de familia y comenzar a reflexionar sobre un cambio y revolución educativa ajustada a las nuevas dinámicas de la crisis del proyecto moderno colonial en la cual está sumergida nuestra sociedad.

El mismo Estanislao Zuleta (1985) en sus conferencias y charlas decía que el bachillerato en Colombia era una ensalada, donde se mezclan las diferentes materias. Un revoltijo de conocimiento. Se pasa de un área a otra, sin mirar sus relaciones, sin analizar su importancia para la vida, la sociedad; sin contextualizar el contenido. Es un saltar de una materia a otra donde el estudiante se tiene que grabar y repetir una cantidad de información que la mayoría da por sentada y verdadera; no hay reflexión, cuestionamiento, ni profundización. El estudiante pasa de Ética a Matemáticas y de Matemáticas a Filosofía, sin asociar ni transversalizar los contenidos. El estudiante tiene que responder a cada profesor por una materia, sin observar los nexos con las otras áreas. Bajo esta lógica, la manera de comprobar que el estudiante ha aprendido la información, es el examen o un trabajo en el transcurso de cada periodo estudiantil. Y eso era lo que apreciaba como docente, una ensalada de conocimientos; cuando les preguntaba a los estudiantes por la relación de la Filosofía con las Matemáticas, raramente esbozaban sus pensamientos, sus divagaciones, sus dudas o sus especulaciones.

En este contexto, lo que más me asombraba era la cantidad de temas que se trabajaban durante un año escolar, que está constituido por cuatro periodos académicos, y cada uno de ellos está compuesto por 10 semanas. Ahora bien, en cada periodo, por materia se desarrollan de dos a cuatro temas; por lo tanto, se puede decir, que si un estudiante por año tiene en su carga académica 10 materias, estaría viendo al año un total de 80 temas de contenido curricular, la mayoría superficialmente. Es indica que, si fuera efectiva la planeación, el magisterio estaría formando genios, estudiantes superdotados en todas las ramas del saber, lectores potentes, críticos y humanistas con tantos contenidos curriculares, pero esa no es la realidad. Al año un estudiante debería estudiar unos 20 temas, abordados de manera interdisciplinar, rransversalizando los contenidos, pero esa tampoco es una idea cercana a la realidad de la educación colombiana. Toda esta experiencia me lleva a pensar en la necesidad de reflexionar, analizar y transformar el sistema educativo del país.

Por otro lado, recuerdo que el modelo pedagógico de estas instituciones era la pedagogía dialogante de los hermanos de Zubiria, promovida desde el Instituto Alberto Merani, estableciendo para el desarrollo de las clases una secuencia didáctica, que según Zubiría y Varón (2010) debe ser entendida en los siguientes términos:

Una estrategia para implementar sesiones educativas, y a su vez uno de los elementos didácticos del hexágono pedagógico, cuya función es especificar las fases y acciones que permiten desarrollar adecuadamente un proceso educativo. El conocimiento de las etapas y fases de las secuencias permite planear e implementar un acto educativo, logrando la sensibilización de los aprendices, la apropiación y la transferencia de las enseñanzas. Esto debido a que las etapas, fases y acciones propuestas desde esta estrategia metodológica, garantizan el impacto de los sistemas de la mente humana: afectivo, cognitivo, y expresivo. (p. 31)

Para cumplir con el proceso de aprendizaje según la pedagogía dialogante, se debe trabajar bajo esta secuencia didáctica, que a su vez tiene las etapas de inicio, desarrollo y cierre. Cada una de estas etapas está constituida por fases: motivación, encuadre, enunciación, modelación, simulación, ejercitación, demostración, fase de síntesis y de conclusiones. Pero en la práctica y la realidad del aula de clases, este tipo de metodología no se trabaja, no se desarrolla. La teoría supera a la realidad. Cada docente tiene su propia metodología para el abordaje de la clase y no está necesariamente desarrollando lo planteado por la pedagogía dialogante, a pesar de que el modelo pedagógico de cada institución sea el mismo. Se hablaba de pedagogía dialogante en las instituciones en las que estuve, pero en realidad no se conoce y mucho menos se desarrolla en la práctica. Parece ser que el aspecto pedagógico en las instituciones no es un asunto que genere reflexión entre el gremio docente. La pedagogía debería ser un tema de discusión, de debate, de análisis. A veces los docentes están más preocupados por cumplir con formatos institucionales que por plantearse preguntas relativas al acto de enseñar. Un punto de partida fundamental en la educación.

Para mí, ya era suficiente con que se cumpliera con los postulados centrales de la pedagogía dialogante, donde el reto de la educación es enseñar a pensar, a convivir y a comunicar por parte de cada estudiante. El proceso de aprender a pensar se me parecía el más complejo a desarrollar en el estudiantado ¿cómo se enseña a pensar?, ¿cómo el estudiante aprende a pensar?, ¿qué significa la palabra pensar en un estudiante de bachillerato?, ¿para qué pensar?, ¿cuál es la importancia de aprender a pensar en la sociedad contemporánea?, ¿qué significa pensar en Colombia? Todo esto en un contexto donde constantemente asesinan a líderes sociales, no se

tolera la diferencia ideológica, no se respeta por lo general la diversidad de creencias, la corrupción se transformó en un valor aclamado por algunos sectores de la sociedad; donde al que reclama tierras lo desaparecen del mapa, en muchas regiones impera la ley del más fuerte, del que porte las armas, del que controle el territorio bajo el régimen del miedo ¿cómo enseñar entonces a pensar situados en este contexto?

Creo que en los colegios de bachillerato donde trabajé, no se enseñaba a pensar, sino a transmitir conocimientos, datos, información. Como diría Zuleta (1995) “la educación reprime el pensamiento, así no se lo proponga, su acción se reduce a transmitir datos, saberes, conocimientos, conclusiones o resultados de procesos que otros pensaron. No enseña a pensar por sí mismo, a sacar conclusiones propias. (p.133). También puede retomarse la concepción de Freire (1980) para quien la educación consiste en:

La narración, cuyo sujeto es el educador, conduce a los educandos a la memorización mecánica del contenido narrado. Más aún, la narración los transforma en vasijas, en recipientes que deben ser llenados por el educador. Cuando más vaya llenando los recipientes con sus depósitos, tanto mejor educador será. Cuanto más se dejen “llenar” dócilmente, tanto mejor educandos serán. (p.72)

¿Cómo enseñar a pensar en un modelo educativo donde el educador, el docente, piensa que por el hecho de transmitir, informar y narrar los conocimientos; el estudiante está aprendiendo, al memorizar lo enseñado por él? Desde esta lógica de educación bancaria como la llama Freire (1980), el profesor es una persona que deposita datos e información en los estudiantes, pero no desarrolla su capacidad de pensar, sino simplemente llena las cabezas de contenido e información del estudiantado. Enseñar a pensar por sí mismo al estudiante es uno de los retos de la educación en Colombia como lo señala Zuleta (1995). Enseñar a pensar es enseñar a preguntarse por el porqué de las cosas: ¿por qué la corrupción?, ¿por qué las clases sociales?, ¿por qué de los problemas del medio ambiente?, ¿por qué la violencia en Colombia?, ¿por qué la pobreza?, ¿por qué la ignorancia?, ¿por qué estamos aprendiendo lo que nos enseñan los docentes y no otra cosa? Preguntarse cosas del cotidiano que tenemos mecanizadas: ¿por qué escuchar el reguetón?, ¿por qué el consumo de drogas?, ¿por qué se valoran unos conocimientos

y otros no?, ¿por qué existe el racismo?, ¿por qué no se enseña la filosofía de los pueblos andino – amazónicos?

Enseñar a pensar es enseñar a buscar el porqué de las cosas, de la vida. Enseñar a pensar es enseñar al estudiante a ser creativo, crítico, analítico, riguroso, a problematizar lo establecido, a dudar de lo establecido por las instituciones y la sociedad, a cuestionar la forma de vida de la especie humana en su paso por la tierra. Enseñar a pensar es enseñar a soñar con un mundo más humano. Enseñar a pensar es entender que la educación como lo explica Freire (1980), tiene un rol fundamental en los procesos de formación, al desentrañar las desigualdades de las realidades sociales en pro de desatar la creatividad, generar los cambios sociales en los excluidos, en los marginados, en los pobres y enseñar a pensar, que es también enseñar a soñar, a ser utópicos, a cambiar las condiciones sociales de los educandos.

Pero ¿Cómo enseñar a pensar en el colegio si gran parte de los docentes no tienen un vínculo amistoso con el conocimiento, con el saber, con la lectura, con los libros y con las teorías?, ¿cómo enseñar a pensar en el colegio, donde los modelos de autoridad docente, que perviven en su gran mayoría, son estilos de autoridad autoritaria según la pedagogía dialogante? Esto indica que se hace lo que el docente imponga, lo que el docente diga, lo que el docente mande, lo que el docente ordene. Es la figura del educador la que tiene un perfil impositivo, una esencia punitiva, un temperamento de régimen militar. El docente se siente y proyecta autoritarismo, al tiempo que anuncia: *“Yo soy el que sabe. Ustedes no saben nada”*. Y donde la actitud del estudiante termina siendo de sumisión, conformándose con hacer caso a las órdenes del maestro.

Por los comentarios de los mismos profesores en el pasillo, o en la sala de maestros, me daba cuenta de que la gran mayoría seguía reproduciendo el modelo autoritario, en su quehacer pedagógico, lo que indica que se ganaban el “respeto” con una pedagogía del miedo, punitiva e impositiva. En el salón ronda el miedo a la nota, al gran libro llamado El Observador, a las remisiones a coordinación, a la comunicación maestro-padre. Recuerdo que como director de curso pude establecer nexos de confianza y diálogo con algunos estudiantes. Comprobaba como a algunos docentes que manejan una pedagogía autoritaria, se les demuestra respeto en el salón

de clases, pero en el mundo interno del estudiante hay mucha rabia contenida y mentalmente frente a este ejercicio de autoridad, el estudiante divaga entre las groserías más potentes: *“viejo hijueputa” “profesor hijueputa” “coma mierda profesor, no me manda ni mi mamá ahora me va a mandar usted”*. En ese sentido, les decía a los estudiantes, en los diálogos y conversaciones, que ese tipo de docente autoritario ya no era el ideal de docente para esta época, que lo ideal era el dialogo entre el docente y el estudiante.

Conceptualmente yo venía trabajando desde la pedagogía dialogante, donde se propone un modelo autoritario como lo postulan Zubiria y Varón (2010). No obstante, cuando inicié como profesor, al no tener conocimientos pedagógicos, era un docente permisivo, no ponía reglas claras, cedía muy fácilmente a la presión de los estudiantes, tenía poca exigencia y auto exigencia en el proceso formativo. Con el tiempo, el estudio y la experiencia decidí comenzar a aplicar instrumentos de la pedagogía dialogante, en relación con los estilos de autoridad.

En mi práctica pedagógica yo trataba de trabajar desde los planteamientos Zubiria y Varón (2010) en torno al modelo de autoridad autoritativa, donde el docente tiene reglas claras en el salón de clases, negocia con los estudiantes por medio del diálogo argumentado, premia la meritocracia, siembra en el estudiante la auto exigencia y trata de fomentar la reciprocidad. Un modelo de docente con este tipo de características valora la comunicación asertiva en el ejercicio de la pedagogía dialogante.

En mi experiencia observé también la forma en que sigue vigente la educación bancaria en el bachillerato, tal como lo anuncia Freire (1980). El docente cumple un rol de informador, pero no el de estimular el pensamiento crítico y creativo. Además, pude evidenciar la necesidad de realizar grandes reformas en temas como el tiempo de horas de clase a la semana, la cantidad de materias y contenidos curriculares que se desarrollan en el año escolar y reconocer que el dialogo simétrico en la educación es fundamental para diluir esas barreras desproporcionadas entre el estudiante y el docente. El dialogo es el motor que mueve las ideas, las confronta, las empodera, las hace más amplias, más conscientes. El dialogo es ese puente comunicativo que permite construir el conocimiento con los otros.

***Ya no quiero ser policía, ahora quiero estudiar Filosofía***

Recuerdo que un mes del año 2019, mientras caminaba por las calles de mi pueblo de San Agustín, a la altura de la Calle de las artesanías, una señora me preguntó si podía hablar con migo. Dijo “*que no se demoraba. Que era un momento nada más*”. Confieso que me tomó por sorpresa. La señora era alta, de cabello color negro, delgada, más o menos de unos cuarenta y cinco años. Trabajaba en un restaurante y en sus manos se observaba el trajín de la vida. Percibía en su rostro un halo de cansancio y de preocupación, con unas ojeras que deambulaban en su rostro. En medio de los transeúntes del lugar me anuncio lo siguiente.

*-Profesor, yo soy la mamá del estudiante Brayan Steven Rodríguez, del grado once de la Institución Carlos Ramón Repiso Cabrera.*

*- Si señora, ¿en qué le puedo colaborar? - respondí.*

*-Lo que pasa es que estoy muy preocupada por mi hijo Brayan. Ahora solo se la pasa hablando de filosofía y lo nombra a usted constantemente. Me dice que ya no quiere ser policía y que ahora quiere estudiar filosofía en la Universidad del Cauca. Y lo que yo quiero es que Brayan se vaya a prestar servicio militar y luego sea un policía con estabilidad económica. Además, tengo algunos familiares en la ciudad de Popayán y ellos me han dicho que allá en la Universidad hay grupos guerrilleros que reclutan a los estudiantes más nuevos.*

Me sorprendieron por completo las apreciaciones de la mamá de Brayan. No podía creer como una madre prefería que su hijo fuera a la guerra y no a la Universidad. Es como si los valores estuvieran patas arriba. El culto a la guerra estaba por encima del culto por el estudio, del amor por el conocimiento. Entonces, le respondí de manera muy cortés:

*- De mi parte le puedo decir señora, que cada persona puede escoger y elegir qué quiere ser y a qué se quiere dedicar en la vida. Yo no les digo a los estudiantes lo que deben realizar. Cada quien tiene la libertad de elegir. En clase de filosofía si se ha reflexionado en torno a la profesión de policía o militar, ya que muchos estudiantes tienen el sueño de ir a la policía o ser militares y eso me genera cierta curiosidad. Pero nunca le he dicho a*

*Brayan si debe o no ser policía o filósofo. Por otro lado, Brayan si me ha dicho que quiere estudiar filosofía. Le dije que con lo que yo le pudiera colaborar contara conmigo. Y me parece agradable que Brayan quiera ingresar a la Universidad del Cauca, ya que es una excelente universidad. Allá no hay grupos guerrilleros como usted supone. Si hay movimientos estudiantiles como los de Camilo Torres, la Juco, los del Polo Democrático, pero no obligan a nadie a ser parte de ellos. Cada quien es libre, si quiere participar de sus actividades o dedicarse a estudiar su carrera.*

Cruzamos un par de palabras más y cada uno se fue para su lugar de destino. En realidad estaba contento porque sentía que la filosofía había cambiado la manera de pensar y de sentir el mundo en el estudiante. El sueño de ser policía en Brayan se había desaparecido, difuminado, ahuyentado de su imaginario, de sus pensamientos y ahora soñaba con estudiar filosofía. Sentía que le había arrebatado un hijo a la guerra, un soldado a la violencia, un joven a las barbaridades de las armas. Brayan había cambiado en su mentalidad el fusil por los libros, el camuflado por la identidad de filósofo, el cuartel por la universidad, el teniente por el profesor, las ordenes por la reflexión, los gritos por la argumentación.

Mi postura en el salón de clases era crítica frente a la violencia, ya sea del Estado o de los grupos al margen de la ley, legítima o ilegítima. No concebía cómo a principios del siglo XXI, la humanidad se continúe matando por la diferencia de intereses. Les decía a los estudiantes que me parecía un acto de barbarie, un acto macabro, un acto degradado del ser humano, concebir la anulación de los otros por medio de la violencia, de las armas y las bombas, me parecía aterrador e injustificable.

Frente a estas lógicas de las armas, la violencia y la guerra la poesía es como una catarsis para escribirle a la vida. El siguiente es un poema que escribí en una noche cualquiera de un día cualquiera, mientras miraba en los medios de comunicación la morbosidad de la violencia y del conflicto armado en Colombia. (Yo se lo recitaba a los estudiantes):



### **Las armas**

*Quememos las armas, de ellas hagamos panes*  
*Derritamos esos hierros fríos, que matan al hermano*  
*Y hagamos un corazón de miel*  
*Partamos los carros de la guerra*  
*Que son un ego de la estupidez*  
*Que de los aviones se disparen flores*  
*Y los cohetes y misiles se conviertan en mariposas*  
*Que los submarinos se trasformen en un caballito de mar*  
*Que las bazucas vomiten golondrinas*  
*Que las pistolas se trasfiguren en pinturas y recreen otro mundo*  
*Que las escopetas sirvan como garabato para bajar limones*  
*Que de los revólveres germinen los geranios*  
*Que las granadas se conviertan en manzanas*  
*Que los fusiles se revolucionen en guitarras*  
*Y que la guerra sea el triste recuerdo de lo humano...*  
*Derritamos todas las armas*  
*Y con ellas construyamos un mundo más humano.*

El relato que se encuentra a continuación, es un escrito que Brayan, ex estudiante del colegio Carlos Ramón Repizo de San Agustín, me envió vía WhatsApp, cuando le pregunté, luego de varias conversaciones, lo siguiente: - *Brayan ¿Cómo fue su experiencia con la filosofía en el colegio Carlos Repizo Cabrera?*-

*La filosofía en las instituciones de educación media siempre se ha menospreciado como una materia de relleno, con poco valor significativo. Como una materia que no importa dentro de la malla curricular. Un concepto y prejuicio que aceptamos y adoptamos la gran mayoría de estudiantes cuando llegamos al grado décimo. La palabra filosofía, es una palabra que parece de un contexto alejado a las dinámicas de la sociedad contemporánea (...) Personalmente, creía que la materia de filosofía era una pérdida de tiempo, pues nadie antes me había hablado de lo que era, o para qué servía. Y los*

*propios profesores no eran realmente filósofos, sino educadores que solo cumplen con la obligación de dictar la materia. Profesores que no estimulaban el pensamiento filosófico. Es por eso que mi ignorancia Acerca de la filosofía era inevitable. No obstante, mi perspectiva de la filosofía cambio totalmente en mi undécimo año escolar. Gracias a la llegada de quien sería nuestro nuevo profesor de filosofía (...) Durante las clases el maestro utilizaba métodos didácticos, interesantes e introspectivos. Por supuesto no podían faltar los debates, captando así la atención de los estudiantes, mientras que sugestivamente cambiaba nuestra forma de ver el mundo. (...) Las clases aburridas sobre biografías y citas de diferentes personajes era algo a lo que estábamos acostumbrados. Eso cambió totalmente. Las clases eran ahora más reflexivas, analíticas y argumentativas, con contenidos más interesantes, debates y polémicas que despertaban el pensamiento crítico y creativo. El profesor siempre nos interpelaba. Nos hacía dudar de nuestras creencias religiosas, culturales y sociales (...) Mi experiencia con la filosofía ese año fue gratificante. Un encuentro conmigo mismo, puesto que antes de conocer la libertad de pensamiento, mis metas y mis deseos se inclinaban al vacío. Siguiendo objetivos que no eran míos, objetivos que me habían impuesto en la familia. Mi familia quería que yo fuera policía y eso era lo que pensaba en ese momento. Sin embargo, encontré en la filosofía un espacio para la duda y la reflexión. Definitivamente todo cambió en mi vida con respecto a mi forma de pensar. El profesor, antes de darnos cualquier respuesta a nuestras preguntas, lo que hacía era sembrar más dudas, más preguntas, más interrogantes (...) Después de haber culminado mi bachillerato, decidí continuar mis estudios de filosofía en la Universidad del Cauca. Pues fue tal la inspiración y el hermoso encuentro con el libre pensamiento que no podía quedarme con el curso de filosofía en el colegio. Había tomado la decisión de estudiar filosofía y no ser policía.*

### ***Me voy a estudiar al exterior***

El 27 de febrero del año 2022 pase mi carta de renuncia a la secretaria de educación del departamento del Huila. En ella exponía, que de manera voluntaria deseaba renunciar a la vacante definitiva de docente de aula de la Institución Divino Salvador, del municipio de

Altamira, a partir del primero de marzo del año en curso. La razón principal de mi renuncia decía en la carta, era que iba a realizar estudios en el exterior, pero ¿qué estudios en el exterior? En realidad todo era una mentira, solo un pretexto para dejar constancia que por intereses personales abandonaba el magisterio. Pasaron como tres días y el sistema de atención del ciudadano (SAC) de la gobernación confirmaba y aceptaba mi renuncia, mediante un decreto que se notificó a la secretaria del Divino Salvador.

Fue una total sorpresa para algunos docentes de la institución la renuncia de mi parte al magisterio. Unos profesores creían que me había salido un mejor trabajo con un salario más jugoso y que por lo tanto abandonaba mi trabajo. A otros profesores, tal vez no les importaba y hacían caso omiso a mi renuncia. Otros creían que estaba como loco. Decían que por qué abandonaba el magisterio si tenía buenas condiciones laborales, si tenía la prima de medio año, la prima de noviembre, la prima de diciembre, los intereses a las cesantías, buenas vacaciones y los retroactivos pedagógicos. No concebían la idea de mi renuncia. Yo siempre les contestaba que mi renuncia era para irme a San Agustín, a trabajar en un proyecto turístico con mi familia. En realidad no daba muchas explicaciones. Era muy prudente cuando respondía a la pregunta de por qué renuncia al magisterio. No quería herir sensibilidades, pero sentía unas ganas “absurdas” de salir del magisterio.

Hay decisiones que se toman en la vida donde hay que asumir riesgos. En este caso, sobre todo las seguridades económicas que se invierten en los gastos de una familia. Afortunadamente siempre he contado con el apoyo de mi esposa Natalia Del Mar. Gozar de estabilidad económica en un municipio como San Agustín o Altamira, donde abunda el desempleo y la informalidad, es todo un acontecimiento. Pero esas son las incertidumbres cuando decidimos navegar por otros senderos de la vida. A veces nos aferramos a un trabajo como si fuera la única opción en un mundo lleno de posibilidades laborales.

En realidad, había varias razones de fondo por las cuales tomé la decisión de retirarme del magisterio, hacerme a un lado y continuar con otros sueños que se tejían en mi alma. Puedo decir que una de las principales razones para decidir renunciar al magisterio fue un diálogo que entablé con el profesor Mario Armando Valencia, con quien de vez en cuando cruzamos algunas

palabras por el celular, dejando aflorar algunos sentimientos y pensamientos de lo que está viviendo cada uno a nivel personal.

Recuerdo que eran los primeros días del mes de febrero cuando hablé con el profesor. Era una noche fría y las estrellas brillaban en el espacio sideral; las luciérnagas titilaban en el potrero como rayitos de arcoíris; uno que otro perro ladraba a la distancia, y yo me movía de un lado a otro como un desesperado hablando por el celular, haciendo una catarsis de mi profesión. Esa noche, hablamos de la Maestría en Artes Integradas con el Medio Ambiente,, de cómo había cambiado el enfoque en cuanto a contenidos, donde la crítica decolonial estaba relegada. Hablamos del programa de filosofía, aprovechando que ahora él era el nuevo jefe del departamento y de los posibles cambios para ajustar el contenido temático y curricular. Mario me dijo que quería generar más relación de la filosofía con la literatura, que quería consolidar la filosofía intercultural e ir construyendo el eurocentrismo en la carrera.

Me acuerdo que le dije que al pregrado de filosofía, le vendrían bien dos o tres electivas de pedagogía, para que es estudiante tuviera ideas elementales de su quehacer en la educación y no saliera sin conocimientos básicos. Todo esto, teniendo en cuenta que la mayoría de egresados del programa se dedican a la docencia y cuando llegan a un salón de clases no saben ni qué es la pedagogía dialogante o la pedagogía del oprimido de Freire o no saben cómo se planea una clase, cuáles son sus momentos, cuáles son los tiempos o qué didácticas realizar en el salón de clase.

Hablamos del agreste ambiente laboral entre los profesores del departamento y del canibalismo epistemológico. Por momentos me parecía como si esa “ballena blanca”, como Mario describe a Popayán en sus poemas, se lo tragara, lo absorbiera, lo quisiera estrangular. Me daba la impresión que el profesor se hacía la víctima y miraba enemigos en todo lado, incluso en el ambiente laboral. No se soportaba ni el mismo y las crisis existenciales lo perseguían como un perro rabioso.

Recuerdo en especial en un momento de la conversación, cuando me dijo yo estaba perdiendo el tiempo en el colegio, que uno allá no crece intelectualmente, porque lo que se hace principalmente con los estudiantes es formarlos en valores. Que el trabajo que no hacen los padres y la familia, se le descarga como responsabilidad al profesor. Me señaló enfáticamente

que terminara la Maestría en estudios interculturales y buscara otras opciones laborales en el ámbito académico de la universidad. Sus palabras me dejaron pensativo y meditabundo y las ganas de abandonar el magisterio comenzaron a crecer como una bola de nieve. De igual manera, en mi vida ya tenía como prioridad seguir estudiando para prepararme como docente en una universidad, solo que va pasando el tiempo y las ideas se van enfriando. Siempre es bueno que alguien nos ayude a mantenerlas vigentes.

No obstante, la idea de que la lectura y la actividad docente en un colegio solamente abordan aspectos formativos en los estudiantes como lo anunciaba Mario, no me convencía. Sabía que a algunos estudiantes se habían sensibilizado con la filosofía y les había cambiado su manera de ver el mundo, había transformado en algo sus representaciones de la vida. Sin embargo, eran a una minoría, solo uno que otro estudiante que se interesaba en la filosofía, a pesar del gran esfuerzo que yo hacía como docente y la voluntad para que los estudiantes trataran de pensar la vida filosóficamente y de estimular un *eros* con el conocimiento, un amor por el saber una conexión con el mundo de las letras.

Recuerdo que logré cautivar a varios estudiantes para que estudiaran filosofía en la universidad del Cauca. Para mí era satisfactorio cuando un estudiante tomaba esta decisión. Sentía que estaba cumpliendo con la tarea; sentía que mis conocimientos habían aportado en su vida, y no solamente porque decidieran estudiar filosofía, sino porque miraban el mundo desde otra perspectiva. Eso me motivaba y me fortalecía como docente, por eso trataba de dar lo mejor de mí en cada clase.

Por otro lado, me daba cuenta que ya habían transcurrido como cinco años en mi profesión como docente y el ambiente académico con los profesores no era el mejor. No por la convivencia y las relaciones interpersonales, sino por el malestar académico, o la decadencia intelectual. Cuando digo malestar académico, me refiero a que gran parte de los docentes no leen, no se actualizan, terminan repitiendo los mismos talleres de siempre con las mismas cartillas de siempre. Gran parte de los docentes no leen. No se compran un libro al menos cada mes. No tienen amor por el saber. En sus casas no tiene ni siquiera una pequeña biblioteca de sus autores preferidos. Para mí era duro llegar a la casa de un docente y ver que García Márquez, Don

Quijote de la Mancha, Vargas Llosa, Fernando González, Neruda, Kant, Dussel, Platón, Descartes, Newton, Estiben Hokin, Walt Whitman, Galeano, Marx, Mario Mendoza o el Popol Vuh, en un mar de miles de opciones, no eran autores que se reconocieran en la estantería; pero en cambio, las revistas de Veá, Ebel, Esika, y cuanta revista exista en el mercado de la estética, el chisma y la ropa, si estaban prestas para ser tomadas en cualquier momento.

En los escritorios de los salones de profesores, no es raro mirar este tipo de revistas que circulan como pan caliente. Se venden brasieres, bodis, medias, pantalones, vestidos, champús, comida, chicles, zapatos, sacos, esmaltes, cremas para la piel, pintalabios, tangas, pantis, blusas, jabón de loza y miles de productos más, sobre todo de estética. *“Mira este pantalón, te queda bien si lo combinas con estos aretes y esta correa. A mí me ha salido muy bueno, te lo recomiendo. Es garantizado.”* Generalmente, esas son las voces que se escuchan en las charlas de las profesoras. En vez de estar hablando de una novela o de una teoría filosófica, la mayoría del tiempo se habla es de revistas, de chismes del pueblo, que Pedro viene, que Pedro va. En fin, se habla de todo, pero rara vez de lo académico, de las reformas curriculares, pedagógicas, de los hallazgos experienciales. Las salas de los profesores por ratos se transforman en juntas de chismes y de ventas pos centros comerciales.

Yo me imaginaba que en la sala de docentes o en los pasillos del colegio, los diálogos con los profesores eran sobre Carlos Castañeda y todas sus expediciones; los lugares donde vivía Don Juan Matus y sus experiencias con las plantas de poder; el Coronel Aureliano Buendía y sus hazañas en la guerra. Sentía la necesidad de hablar sobre la crisis que estamos viviendo como humanidad debido a la irresponsabilidad en la relación del hombre con la naturaleza, del momento cuando se le dé fin al capitalismo; el fin de la guerra en Colombia; el comienzo de una revolución estudiantil liderada por los docentes; cuando en el país la educación sea un verdadero derecho para que todos los estudiantes, sin excepción alguna, puedan pasar por los pasillos y salones de una universidad. En verdad, era triste el panorama con docentes que no leen, que no disfrutaban de las historias y las fantasías de los libros.

Leer para Mendoza (2022) es un acto de desobediencia frente a las políticas de la productividad capitalista, y “por encima de todo, es una fuerza que significa emancipación,

resistencia, resiliencia. No deseamos igual, no soñamos igual, no anhelamos lo mismo. Navegamos por aguas prohibidas, profundas y muchas veces turbulentas” (p. 23). En mi experiencia en diferentes colegios, fue raro encontrar la excepción de profesores que fueran buenos lectores, que por lo menos cada mes se leyeran un libro. Es contradictorio ser docente y no cultivar el hábito y el placer de la lectura. Debería ser al contrario. Raro debería ser encontrar a profesores que no lean, pero es lo opuesto, raro es encontrar profesores que si leen. ¿Cómo estimular entonces la lectura en los estudiantes, si los docentes en su gran mayoría no se leen ni las historias cómicas de Condorito?, pensaba. ¿Cómo ser el catalizador de la lectura en los estudiantes, si los profesores no vivencian el placer por la lectura? ¿Cómo ser un ejemplo de lector, si a los profesores no les gusta leer o les da pereza o sueño? Estas son preguntas que uno como docente no debería pasar por alto. Nos quejamos de que los estudiantes no leen, pero en el fondo son los docentes los que no han generado un placer dionisiaco con la lectura. ¿Por qué no leían la gran mayoría de profesores? Tal vez porque la lectura, como dice Mendoza (2022): “nos modifica, nos transforma, nos otorga un poder incalculable. Leemos porque sabemos que un día moriremos, que somos finitos y que necesitamos un poco de trascendencia en medio de tanta banalidad y tanto sinsentido” (p. 22).

En fin, mi tedio por la docencia en los colegios fue creciendo como una montaña de los andes. Sentía que estaba pasando el tiempo y que los años hacían huella en mi vida y no me encontrara complacido con mi rol de docente. El contexto me afectaba. Ya no lo soportaba. Convivir en un gremio que no lee, que no se actualiza, que no se preocupa por la educación de los estudiantes para mí era fatal. Convivir en un medio académico donde los docentes hablan de los buenos actos morales y en la práctica compraban las pruebas de docentes para quedar nombrados de planta en el magisterio, me generaba una sensación de indignación. Convivir en medio de la conformidad me inconformaba, convivir, en medio de lo que Freire (1980) llama educación bancaria, me producía una sensación de desasosiego.

### ***Reflexiones finales o conclusiones***

Estas reflexiones finales son fruto de un largo recorrido investigativo autobiográfico, en el marco de la Maestría en Estudios Interculturales, luego de un proceso que me permitió mirar en retrospectiva algunas características del funcionamiento, operatividad y legitimidad de la colonialidad del saber frente a otras formas de ver, entender, y comprender el mundo desde una óptica de la filosofía intercultural. Por lo tanto, las siguientes reflexiones se tejen a partir de mi experiencia autobiográfica en el transcurso del tiempo y el espacio de mí recorrido por el sendero académico, intelectual y búsquedas existenciales que movilizan mi vida interior, mi propia subjetividad.

1. Es relevante anotar que los estudios interculturales, en el caso de la Universidad del Cauca, podrían proyectar y consolidar rutas metodológicas más claras y sólidas que permitan el desarrollo del pensamiento intercultural. Esto, teniendo en cuenta que desde los seminarios de investigación, se realizó una crítica a la metodología de investigación moderno-colonial pero no se consolidó una ruta metodológica clara.
2. La metodología autobiográfica fue una herramienta investigativa relevante que me permitió leer la realidad cognitiva de mi subjetividad. En este sentido, mi aproximación y relacionamiento con diversas formas y maneras de ver el mundo desde una perspectiva filosófica cambió y transformó mi lectura lineal y racional del mundo. Pasé de ver la naturaleza como una cosa, un objeto inerte y mecánico a percibirla como la gran casa viva, como la madre tierra que nos posibilita la vida y a quien debemos cuidar y proteger. Aprendí, desde las filosofías del sur global y a nivel teórico-práctico, que todo está interrelacionado y que el ser humano hace parte de ese macro universo. Por lo tanto, a nivel ético esta perspectiva conlleva a replantear la interrelación con los otros, seres humanos y no humanos, donde se genera un vínculo consciente de respeto y dignidad de la vida.
3. Aunque actualmente se habla de estudios interculturales en escenarios académicos; estructuralmente el Departamento de Filosofía de la Universidad del Cauca, sigue



reproduciendo la colonialidad del saber. La malla curricular es, en su gran mayoría, de carácter eurocéntrico a pesar de los avances y debates epistémicos que se han dado en el interior del cuerpo docente para la reformulación de una malla intercultural de filosofía. Los espacios ganados por las filosofías del sur global y el pensamiento filosófico latinoamericano, son gracias a las aperturas epistémicas de los profesores Mario Valencia y Rafael Rosero y su compromiso con las formas de conocimiento otras, que han estado al margen de la filosofía eurocentrica.

4. El ejercicio de exploración en mi propia memoria, me posibilitó una dinámica de introspección de mi subjetividad. Desde esta óptica, descender a los recovecos de la memoria no es un acto superficial y mecánico, sino que se realiza con el ánimo de aprender de lo vivido, contemplar los ires y venires, aciertos y desaciertos, luces y sombras que van tejiendo el cuadro de la vida. Recapitular las historias que se guardan en la memoria, permite aprender de lo vivido, reflexionar las formas actuales de vivir y proyectarse al futuro. Además, de reconocer mí historia intelectual en el trascurso de mi vida.
5. La educación en Colombia sigue siendo un privilegio y las realidades socioeconómicas continúan hoy día, determinando el acceso al conocimiento, aunque este esté regulado jurídicamente como un derecho.
6. El viaje se constituye como una herramienta que permite el acercamiento a otros conocimientos, contacta desde la propia experiencia la teoría con la praxis. Viajar es abrir los sentidos a nuevas formas de dinamizar las realidades socioculturales y el conocimiento de las mismas. Recuerdo que cuando partí de Colombia al cruzar la frontera, me sentía en principio vulnerable a esas otras formas culturales con las cuales me iba encontrando. El viaje moviliza la subjetividad. Comprendí que a medida en que iba viajando externamente de lugar a lugar, de comunidad en comunidad, de país en país, al mismo tiempo, se iba produciendo un viaje en el mundo interior subjetivo que me

hacia reconocer mis miedos, inseguridades, fortalezas, certezas, sueños, deseos y decisiones.

7. Los estudios interculturales se constituyen como una posibilidad de interrogar las rutas, lógicas y metodologías de producción de conocimiento; esto dado en la disputa que observamos entre el mundo académico, institucionalizado y la experiencia. La experiencia, lo empírico, la vivencia es un campo de producción de conocimiento que existe por fuera de los cánones parametrizados en lo disciplinar y científico del mundo académico; sin embargo, la experiencia ha jugado un papel fundamental en la construcción histórica del conocimiento.
8. Las búsquedas de conocimiento de otras realidades filosóficas, no solo se dan desde el punto de vista de la erudición mental; sino también por las búsquedas existenciales que nacen desde lo profundo de la subjetividad, con el ánimo de generar un crecimiento personal que se refleje en la interacción con la otredad. De nada sirve acumular una gran cantidad de conocimientos y teorías cuando no se aplica en la vida real con los otros. Aquí interviene la necesidad subjetiva de integrar los conocimientos con las vivencias prácticas de la vida cotidiana.
9. Los estudios interculturales por lo general se enfocan en conocer las realidades de exclusión e invisibilización, de justicia y raza, de los pueblos indígenas y afro descendientes. No obstante, sería de gran valor que puedan prestar más atención a otras formas de conocer y filosofar en el planeta Tierra como las filosofías y dinámicas culturales de oriente, tan profundas y milenarias que brindan concepciones diversas e interesantes de la vida interna del ser humano en relación con sus constructos sociales.
10. A las mallas curriculares escolares les urge una revisión profunda que reestructure el enfoque eurocéntrico, reconectando saberes ancestrales y filosofías de otras latitudes del mundo. Es decir que se consolide una malla curricular intercultural que posibilite otras miradas respecto al mundo de la vida y no solamente desde la visión occidental del

mundo. Pensar el mundo desde lo intercultural, es pensar el mundo desde la diversidad de conocimientos de las múltiples culturas.

11. Es vital reevaluar los modelos pedagógicos que se utilizan en el aula actualmente, para re direccionarlos en pro de otorgar herramientas más acertadas a los procesos educativos de las poblaciones estudiantiles actuales, donde el dialogo, la concertación, la argumentación sean las herramientas para interactuar con los otros y no la imposición de lógicas antagónicas desde pedagogías desactualizadas.
  
12. Al gremio docente, de las instituciones de educación media, le hace falta actualización teórica y conceptual, que lleve a los maestros a estar a la vanguardia en su ejercicio. Por ello se hace esencial que nos planteemos constantemente en estos espacios ¿Cómo lograr que el docente desarrolle un vínculo amoroso con el conocimiento para que esto pueda ser transmitido en el salón de clases?

## Referencias

- Blavafsky, H. (1987). *Isis Sin Velo*. España: Edicomunicación, S.A.
- Calambaz, E. (2022). Conversaciones en torno al programa de filosofía de la Universidad del Cauca. Entrevista con Sergio Arcos.
- Castañeda, C. (2008). *La rueda del tiempo*. España: Gaia Ediciones.
- Chiapponi, F. (2001). *Yoga, Teoría y Práctica*. España: Editorial LIBSA.
- Dasa, S. (1986). *Srila Prabhupada: Construyo una casa en la que puede vivir el mundo entero*. España: The Bhaktivedanta Book Trust International.
- Dussel, E. (2000). *Europa, modernidad y eurocentrismo*. CLACSO, 41-53.
- Dussel, E. (2005). *Trasmodernidad e interculturalidad (interpretación desde la filosofía de la liberación)*. UAM-Iz. México.
- Dussel, E.(2016). *Filosofías del sur: descolonización y trasmodernidad*. México: Edicionesakal.
- Estermann, J. (2010). *Interculturalidad: vivir la diversidad*. Bolivia: ISEAT.
- Frenkel, F. (2017). *Una Librería en Berlín*. España: Editorial Planeta S.A.
- Freire, P. (1980). *Pedagogía del Oprimido*. España: Siglo Veintiuno Editores.
- Grosfoguel, R. (2014) Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/ epistemicidios del largo siglo XVI. *Tabula Rasa*, 19, 31-58.
- Grosfoguel, R. (2011). Racismo epistémico, islamofobia epistémica y ciencias sociales coloniales. *Tabula Rasa*, 14, 341-355.
- Guerrero, H. (2021). *Asomarse Al Vacío (breves ensayos literarios)*. Bogotá: Ediciones País Utópico.

- Jattin, R. (2004). *Amanecer en el vale del Sinú, antología poetica*. Mexico: Fondo de cultura económico.
- Mendoza, M. (2022). *Leer es Resistir*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Nietzsche, F. (1982). *Así habló Zaratustra*. Colombia: Editorial la oveja negra.
- Ospina, W. (2003). *¿Dónde está la franje amarilla?*. Bogotá: Grupo editorial norma.
- Paramadvaiti, S. & Acharya, A. (2016). *Bhagavad Gita: la ciencia suprema*. Colombia: Editorial delfin S.A.S.
- Portilla, M. (1979). *La filosofía Nahuatl*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Quijano, A. (1992). *Colonialidad y modernidad-razionalidad*. Perú indígena.
- Quijano, A. (1999). ¡Que tal raza!. *Ecuador Debate. Etnicidades e identificaciones*, 141-152.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder y clasificación social. En CLACSO (Ed.), *Cuestiones y horizontes*, 285-327. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140506032333/eje1-7.pdf>
- Quijano, A. (2014). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. En CLACSO (Ed.), *Cuestiones y horizontes*, 285-327.  
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140506032333/eje1-7.pdf"
- Restrepo, E. & Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán: Samava impresores.
- Rosero, J. & Valencia, M. (2013). *Filosofía pluriversal: europeos pobre, dijo Jorge Luis Borges*. Samava impresores.
- Sábato, E. (1998). *Antes del Fin*. Bogotá: Editorial Seix Barral.
- San Miguel, P. (2009). *Filosofía de la naturaleza: La otra mirada*. España: Editorial Kairos.

- Serrano, A. (2022). Conversaciones en torno el programa de filosofía de la Universidad del Cauca. Entrevista con Sergio Arcos.
- Sousa, B. (2009). *Una epistemología del Sur*. México: CLACSO coediciones y grupo editorial siglo veintiuno.
- Tolle, E. (2009). *El poder del ahora: un camino hacia la realización espiritual*. España: Editorial grijalbo.
- Uribe, M. (1978). *Matar, rematar y contrarematar: las masacres de la violencia en el Tolima 1948-1964*. Bogotá: Controversia.
- Suárez, H. (2014). La educación un campo de combate. *Aquelarre*, (13).
- Valencia, M. (2014). Artes integradas, saber ambiental y poder: racionalidad ambiental como fundamento epistemico de las artes integradas y base de una estética critica intercultural en el contexto de la crisis civilizatoria. *Estudios artisticos conversaciones con el Abia Yala*. 15-28.
- Valencia, M. (2016). *Trasfiguraciones: Mudanzas ontológicas de la sensibilidad en la literatura digital latinoamericana*. Popayán: Samava Ediciones.
- Vallejo, F. (2007). *La puta de babilonia*. Colombia: Alfaguara.
- Vallejo, F.(2003). *El desbarrancadero*. Bogotá: Alfaguara.
- Villoro, L. (1993). Filosofía para un fin de época. *Revista Nexos*, (1).
- Wallerstein, I. (2005). *Abrir las ciencias sociales*. México: Editorial siglo veintiuno.
- Walsh, C.(2007). ¿Son posibles unas ciencias sociales/culturales otras? Reflexiones en torno a las epistemologías decoloniales. *Revista Nómadas*, 102-113.
- Walsh, C. (2012). *Interculturalidad crítica y pensamiento (de) colonialidad, ensayos desde el Abya Yala*. Quito- Ecuador: Ediciones Abya Yala.

Zorrilla, G. (2022). Conversaciones en torno al programa de filosofía de la Universidad del Cauca. Entrevista con Sergio Arcos.

Zubiria, A. & Varón, A. (2010). *Instrumentos para estructurar el pensamiento y la lectura*. Bogotá: Editorial Universitaria Alberto Merani.

**OTRAS FORMAS DE FILOSOFAR: UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO**

**SERGIO ANDRÉS ARCOS MUÑOZ**

**Directora:**

**Mag. Elizabeth Castillo**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

**MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES**

**2023**



